

# Saulum, el Sin Madre

Pablo I. Ramírez



# Capítulo 1

## Prólogo

El ejército de hombres armados avistó los jirones de humo negro por entre las paredes verticales que caían a pique del desfiladero cuando todavía faltaban horas de marcha para llegar al valle.

Caminaron raudos aún con la esperanza de llegar, no ya con tiempo de repeler al enemigo, sino para poder ahuyentarlo, quizás salvar vidas, o reconquistar el terreno cedido.

Los comandaba el experimentado general Aropetus, hombre corpulento de impresionante estampa. Cubría su cuello de toro y sus hombros con una capa de marta cibelina, gruesa, suave y negra, con la que se protegía del cortante frío de la mañana. Vestía una pesada armadura articulada de acero sobre una cota de mallas y sobrecota acolchada mientras que una faldilla de metal articulado y flexible casi le cubría hasta medio muslo, permitiéndole afianzarse con comodidad a la silla de su enorme corcel de batalla. Sus manos, enguantadas en guanteletes, sostenían una con serenidad las riendas mientras que la otra encajaba bajo el brazo el fabuloso yelmo con morro picudo coronado con plumas de faisán. Unas cejas pobladas blancas enmarcaban unos ojos grises astutos e inquisitivos y una barba color óxido, surcada de canas, acunaba unos labios finos y apretados.

Observó lúgubre los dedos de humo que ascendían hacia el cielo gris encapotado mientras guiaba firme a su garañón de manchas blancas y marrones por el accidentado sendero del desfiladero, indiferente a la caída de más de mil metros. Los cascos de la bestia resquebrajan el suelo de piedra a su paso y esquirlas rotas caían al abismo.

Con un pañuelo color crema ya empapado por el continuo uso, limpió las gotas de sudor frío que perlaban su frente y su cráneo poco poblado, mientras trataba de evitar recordar los fútiles esfuerzos que dedicase meses atrás con el propósito de poner sobre aviso a la Cámara de los Primeros sobre las posibles consecuencias de retirar los Tercios de las nuevas tierras colonizadas. Quizás no fui lo suficientemente vehemente, pensó crítico, reprochándose su falta de capacidad persuasiva.

Volviéndose hacia el ayudante de campo, le gritó sus órdenes con precisión y energía. Observó atento como estas eran dispensadas prestamente a los jefes de pelotón y luego hizo restallar riendas e hincar espuelas, al tiempo que arengó a las tropas más cercanas a él, escuchándose los ecos de su voz por toda la garganta rocosa.

Ya en el valle, alfombras de hierba se cimbreaban con la brisa y cubrían los ondulados montes que iban encontrando en su avanzar constaste.

El sonido de tambores y cuernos eran heraldo de la llegada del resto de compañías. El suelo retumbaba con el paso marcial de cientos de hombres. Su desplazamiento era como el de una gran ola de mar que implacable se dirige a romper contra las rocas. Quinientos caballeros, dos mil hombres de a pie, trescientos arqueros, ciento cincuenta zapadores, armados y pertrechados para una larga campaña. Los más duros de la guardia real, comandados por el brazo derecho del rey, entrenados y experimentados en las campañas de las guerras del sur.

Los hombres sudaban, tensos los músculos y duro el gesto. No estaban permitidas las paradas, evitando así retrasos en la marcha por lo que se orinaban encima maldiciendo en voz baja mientras apretaban con fuerza sus dientes afirmando sus manos en sus lanzas, sus arcos y sus aceros.

Todos miraban lóbregos al cielo, mudos como estatuas de mármol, sus miradas concentradas como punzones al rojo vivo, capaces de atravesar la carne. Sólo rara vez una carcajada grosera y descarada acompañaba el tamborileo de sus pasos de botas remachadas con clavos de acero. Muchos notaban el sabor de la sangre en la boca, los rostros demudados, como anticipando los hechos que estaban por ocurrir. Los nervios mariposeaban en sus estómagos; aguijones de miedo en sus vientres, y las mandíbulas apretadas rechinando los dientes. La muerte danzaba entre las puntas de las astas de los guerreros, clamando nuevas ofrendas de vísceras abiertas, sangre y huesos quebrados.

Los capitanes de sección gritaron órdenes y los hombres en formación se aligeraron para tomar posiciones en la cuenca del valle, siguiendo fieles al pie de la letra los mandatos de su general.

Aropetus, estudió con mirada crítica el terreno: está tranquilo porque lo elevado de la posición de sus fuerzas juega a su favor en caso de enfrentamiento y sabe que el espíritu animoso para el combate de los hombres también acompaña. Reconoce que llegado el caso, ellos lo darán todo.

Las monturas piafaban impacientes, expresando el estado de ánimo de los caballeros. Todos vieron la figura de un jinete recortarse oscura contra la niebla matutina, acercándose desde el extremo occidental del valle.

Se trata de un explorador que cabalga espoleando su montura como un loco, corriendo raudo como el fegonazo de un trueno. Cruzó la primera línea sin ser molestado y al ser reconocido, un par de jinetes se le unieron en escolta improvisada para guiarle hasta el general que aguardaba su

llegada con rostro pálido. No pasó por alto el abatimiento que se desprendía de él, su cabeza gacha y hombros hundidos que no auguraban nada bueno.

El explorador, un hombre de rasgos alargados y melancólicos de mirada escurridiza, saludó en un gesto rápido y sin más ceremonias relató con aire conciso y rápido el fruto de sus indagaciones. El general escuchó, su mirada perdida en las volutas de humo y en el perfil del horizonte occidental, atento a alguna señal de ataque u hostilidad del enemigo.

Un tic en el raballo de su ojo izquierdo quebrantó la frialdad de su expresión. Sus ojos grises se posaron en el hombre cayendo sobre él como una avalancha asesina, que al sentir el peso de esa mirada prefirió centrar sus ojillos de porcino en el suelo como si de repente encontrase algo sumamente importante que estudiar en el barro.

El ayudante de campo oyó al general susurrar una plegaria a los dioses y con contenida curiosidad le miró de reojo. Algo malo había ocurrido. Pero, ¿qué podía ya alterar el ánimo del torvo general? Se preguntó incómodo. El general se arrebuja en su capa que el viento tironeaba como un niño jugueteón y con un gesto seco dio permiso para el avance de las tropas, reclamando finalmente la cuenca del valle y todo su curso.

Se escucharon algunos suspiros cuando el rumor de la ausencia de enemigo se extendió entre las filas como las grietas de un cristal al resquebrajarse por un duro golpe. Pronto fueron acallados por las exigentes órdenes de los capitanes y lentamente, como el avance del invierno, las unidades de combate en formación – como piezas de ajedrez posicionadas por el general en un tablero imaginario – se apresuraron en asegurar la zona, situando sus divisiones por todo el valle controlando el terreno, tomando las posiciones altas con arqueros y reforzándolas con infantería ligera. Ocuparon palmo a palmo el valle, reconquistando la tierra, ahora ceniza y rocas renegridas. Cinco poblaciones reducidas a escombros, polvo y humareda que escocía los ojos tras las rejillas de los yelmos.

Los correos en sus monturas llegaron con la cadencia con la que caen los granos en un reloj de arena. Informaron de que no había señales de actividad del enemigo y de que hacía al menos un par de horas que había abandonado la zona. Aropetus, gélido como una escultura de hielo, asintió grave y le hizo una señal a sus ayudantes de campo indicándoles que le acompañasen a inspeccionar lo que quedaba de, a juzgar por las descripciones, la masacre.

Les acompañaba un sudoroso porta estandartes. Un joven pelirrojo de nariz pecosa y ojos legañosos que solemne en su función, se apresuró a seguirles la marcha. No podía el joven evitar que la nuez de Adán en su cuello subiese y bajase, mientras tragaba saliva, intranquilo. El muchacho

notaba como le dolía la boca del estómago y consideró por un instante bajarse de su caballo para vomitar, pero en lugar de ello espoleó a su montura para mantenerse a unos metros por detrás de su señor. Su general no pasó por alto la lividez de su rostro y detuvo un instante su montura para indicarle que bajase a aliviarse. El chico, con el rostro contraído aseguró el estandarte a su silla y se disculpó al tiempo que se apeaba del caballo, la vergüenza pintada en su cara. El chico corrió dando ridículos saltitos hasta desaparecer de la vista detrás de lo que quizás el día anterior fuera parte de un molino; ahora madera calcinada y piedra ennegrecida. Al rato se acallaron los ruidos de regurgitación y el muchacho reapareció con restos blancos como la leche aguada en la comisura de los labios. El general esperó con un pañuelo en la mano enmallada que le tendió solemne y le palmeó luego la espalda en un gesto de camaradería.

Algunos de los caballeros pensaban que el porta estandarte era un hijo bastardo de alguna de sus más añoradas amantes, explicando de ese modo el trato cortés y delicado que solía dedicarle.

Caramedes, principal ayudante de campo y hombre de confianza, dejó escapar una carcajada y de buen humor azuzó a su alazán para proseguir con la inspección poniéndose a la altura de un condescendiente general Aropetus.

Los ojos de los caballeros lloriquearon, enrojecidos y las gargantas re resintieron del aire seco. Las llamas todavía crepitaban y relamían como lenguas rojas las paredes de los pocos edificios que aún permanecían en pie.

El general contempló el panorama dominado por un talante reflexivo.

Mentalmente clamó venganza por los hombres y mujeres muertos al tiempo que elevó un rezo al cielo recitando en rápida plegaria los nombres de todos los dioses que conocía.

Los cadáveres formaban varias pilas informes de cuerpos calcinados.

Tras un rato de observar constató una anomalía: no había cuerpos de niños. En la última campaña al sur, era común ver cuerpos de críos mutilados. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Serían a estas alturas esclavos del enemigo?

- ¡Mi General! -Llamó una voz curtida, la de uno de sus hombres más veteranos- ¡Venga rápido a ver esto! ¡Se trata de los niños, son los niños!  
- ¿Por qué esa urgencia en la voz? Aropetus espoleó a su garañón, de nombre Rampante, para acudir a la llamada seguido del resto de su séquito. Parecía que la pregunta que apenas se había formulado a sí

mismo iba a encontrar respuesta.

En una porción extensa de campo no horadado por el fuego, tras unas lomas que delimitaban la linde norte del poblado, a unos tres kilómetros de este, Aropetus encontró más preguntas que respuestas.

Yacían al raso cientos de pequeñas figuras; unas echadas sobre otras, en grupos o parejas, muy pocos solos. Se escuchaban leves gimoteos, sollozos y algún grito aislado pero en general parecía reinar una pasmosa calma, calma que hacía aún más tétrico el panorama.

Eran niños; niños y niñas, arracimados juntos los unos con los otros, sus rostros sucios de ojos hinchados por las lágrimas, somnolientos y en apariencia aturcidos. Estaban todos vestidos con camisones para dormir, y parecía que sus cuerpos estaban inmaculados de daño. No presentaban heridas de ningún tipo, hematomas, cortes o contusión alguna. Nada.

Uno de esos chiquillos cuyo rostro se encontraba cubierto por restos de ceniza con surcos despejados por donde las lágrimas se habían deslizado por el contorno de las mejillas, se incorporó pesadamente apoyándose en el hombro de un compañero. Los miraba con un dolor y miedo insondable, la duda reflejada en sus grandes ojos marrones. Su pequeña boca rosada se abría y se cerraba.

No tendría más de nueve años.

- ¿Ha terminado ya el juego? – Preguntó tímido con voz infantil.

Aropetus se lo quedó mirando. Interrogó con la mirada al soldado y este se encogió de hombros. Parecía tan perdido como él mismo. Camedes negó con la cabeza también. El resto permaneció mudo de asombro.

- ¿Qué dices, chico? ¿Qué juego? – Preguntó a su vez Aropetus desde la altura de su montura de guerra. Por un momento se sintió ridículo, como si estuviera siendo objeto de algún tipo de broma pesada, sensación que encontró desagradable al instante, tentado de sentir indignación.

El chico elevó su mirada limpia al general y calló algo intimidado, remordiéndose los labios.

- ¿Podemos salir ya? – Inquirió el crío tratando de imprimir seguridad a su vocecilla. Aropetus captó el tímido gesto del niño apuntando hacia el suelo.

A escaso un metro de los pies del zagal, había dibujada, en la fina hierba del suelo, una línea blanca que se extendía en dos direcciones. La siguió con la mirada hacia el este y luego hacia el oeste. Parecía tratarse de una circunferencia, tan grande que, sospechó al instante, podía rodear al

grupo de niños.

La luz de la comprensión le iluminó. Alguien había dibujado en la hierba aquella tosca línea haciendo prometer a los niños que no la cruzarían hasta que viniese de vuelta a buscarlos, pero, fuera quien fuera el desgraciado, no había podido volver a por ellos para llevárselos mientras que los niños sí habían cumplido, permaneciendo allí aislados, el diablo sabe cuánto tiempo; muy probablemente toda la noche.

Aropetus sintió un estremecimiento al imaginar a los críos allí esperando al raso, ateridos de frío y atenazados por el pánico, mientras no lejos de ellos se escuchaban los gritos torturados de sus padres al ser asesinados. Hastiado dejó de jugar a las adivinanzas y la formulación de hipótesis para alejar de una vez de sus pensamientos aquellas espantosas imágenes que lo perturbaban.

- Sí, ya podéis salir. – Dijo imprimiendo a su voz toda la ternura que un viejo guerrero frío y despiadado como él pudo reunir.

**¡Hola! Bienvenido a esta historia. ¿Cómo has llegado a parar aquí? ¿El azar? ¿La suerte? Algo sin duda te llamó la atención.**

**Yo tengo una hipótesis que siempre pongo en práctica: lee al menos hasta la página 50 y luego juzga.**

**Los comienzos cuestan, son duros. Como poner en movimiento un tren, es un proceso lento. Te desafío a que llegues a la página 50 y luego tomes la decisión de si este relato merece tu atención o no.**

**La historia de Saulum es una historia corta, pensada para entretener para que se lea en unas pocas sentadas. Es totalmente independiente del resto de historias que publico, por lo que no esperes reencontrarte con este mundo o a algún personaje en ellas.**

**Si estás interesado por más obras mías, búscame en Wattpad, que es la plataforma donde soy más activo.**

**No me queda más que desearte feliz lectura. Tus valoraciones no inflan mi ego pero me dan una idea de cuanta gente se pasa por aquí y lee la historia. Por supuesto, iese me anima a seguir publicando!**

**Si quieres que te lea, no dudes en postearme un mensaje y me pasaré por tus escritos para dejarte mis impresiones.**

**Nos leemos!**

**Pablo**



## Capítulo 2

1.

Aropetus parecía ahora viejo y rugoso, encorvado bajo una manta de pieles a la luz del brasero. El brillo anaranjado de las brasas ponían de relieve las profundas arrugas de su frente y sus ojos eran pequeñas esquirlas luminosas en sus cavernosas cuencas. Sonidos del ajeteo del campamento le llegaban apagados tras la puerta de su gran tienda de campaña.

Como siempre exigía, la montaban más elevada y apartada de las tiendas donde pernoctaban las tropas, más bulliciosas y canallas que gustaban de arañar horas a la noche tocando música al calor de la hoguera compartiendo historias llenas de sátira y chanzas. Las tiendas de sus segundos y oficiales rodeaban la suya. Si tenían ganas de compartir el espíritu ocioso de la soldadesca, bajarían a unirse a ellos a sabiendas de lo mal que sentaba al General ser molestado en las horas largas de descanso.

Aropetus bullía inquieto arrebuñado en su manta, ajeno al leve temblor de sus manos ya ancianas que sólo dejaban de hacerlo cuando empuñaban las riendas de Rampante o la empuñadura de una espada.

Retrocedía mentalmente una y otra vez a los hechos de ese día y su mirada vagaba inconscientemente hacia el extremo de la tienda donde indicaba la dirección en la cual habían alojado a sus pequeños e inesperados huéspedes.

En cuarenta años no era la primera vez que había considerado los destinos de refugiados - los principales perdedores y víctimas de las guerras - y era reconocido por su alto grado de consideración y por la humanidad de sus decisiones, aunque interiormente se acusaba a sí mismo de exceso de practicidad y por su implacable lógica de estrategia. Habían sido muchas las veces - demasiadas, tal vez - que la urgencia de las circunstancias lo empujaron a abandonar a su suerte a víctimas de la guerra. Viejos fantasmas le perseguían en noches de insomnio; los rostros de los traicionados y abandonados se le aparecían y no respetaban su descanso.

También esas decisiones salvaron muchas vidas y cambiaron el signo de los acontecimientos, tornando en victoria lo que aparecían como anunciadas derrotas. Esos daños colaterales eran asumidos con la estoicidad del que no puede permitirse una lágrima ni dudar un segundo.

Por más que lo intentase o quisiera engañarse a sí mismo, ese pensamiento no le reconfortaba y sólo las mañanas y las obligaciones

conseguían borrar - más bien disipar - esos tormentos.

El temblor de la mano volvió a recordarle que su tiempo expiraba y que los últimos granos de arena de su reloj vital caían rigurosamente ensañándose con su cuerpo marchito. Pronta sería la hora del retiro a su villa y sus tierras con las que hacía ya un tiempo soñaba y planificaba sus últimos años de reposo. Cambiar la disciplina castrense por la del trabajo del campo. Pero ese recogimiento no sería el descanso esperado si los mismos fantasmas le increpaban en las horas de oscuridad en su lecho, si no encontraba redención.

Sus viglias de los últimos meses habían estado ocupadas con esos remordimientos y ahora un resquicio de luz se filtraba por los postigos de su consciencia pues una idea salvadora le agitaba en cuerpo y alma. El destino había puesto en sus manos a aquellos niños, a aquellas tiernas criaturas que ahora se convertirían en los ángeles de su salvación.

Un rozar de telas le sacó de su ensimismamiento.

- ¿Estáis de humor para compartir un vaso de vino, mi señor? – Era Camedes que mantenía alzada con una mano un pliegue del cortinaje de la puerta, manteniéndose educadamente fuera del umbral mostrando su rostro a la luz del candil para ser reconocido.

- Sírvelo amigo, que yo ya reposé mis nalgas en este catre y sólo las alzaré cuando mi vejiga me inste a ello. A propósito –recordó el general- no veo el orinal. Llama al chico y dile que lo traiga y me lo ponga a la vista. No quiero andar buscándolo a tientas en la oscuridad cuando el brasero quede en sus ascuas humeantes y se acabe el sebo de las velas. Ese chico se ganará unos azotes como tenga que volver a hacerlo una vez más por su torpeza y falta de memoria – dijo no sin humor -.

- Eso no hará falta – convino Camedes entrando en la tienda con una sonrisa torcida mientras se imaginaba ese espectáculo de dudoso gusto y agarraba por el asa una jarra y dos vasos que reposaban en una tarima cercana. – La tienes a tu diestra. Esta vez el chico ha sido diligente.

- Ah – Dio como única respuesta el guerrero, sin comprobar siquiera la localización del objeto. Había vuelto a un estado de meditación profundo ajeno al mundo que lo rodeaba visitando de nuevo mentalmente a sus fantasmas internos.

Camedes dispuso una pequeña mesilla entre los dos, a un lado del brasero, y colocó parsimoniosamente los dos vasos sirviendo en ellos el líquido color lila. Acercó el suyo a Aropetus en su lado de la mesa y acomodándose en un taburete acolchado elevó su vaso a la altura de sus ojos, removiendo el contenido para estudiar la densidad de este y el dibujo que perfilaba en las paredes del vaso. Lo olió y satisfecho se lo

llevó a sus labios para dar el primer sorbo. Consideró por un momento emborracharse esa noche a consciencia, pero luego esa idea se esfumó al contemplar la mirada febril de su acompañante.

- Hazme un resumen de lo que sabemos – instó el general con la mirada todavía perdida -.

Caramedes tuvo un instante de duda que duró un segundo sustituido rápidamente por la comprensión. Sabía exactamente lo que preocupaba la poblaba frente arrugada de su mentor.

Con ligero hastío canceló de su mente la grata expectativa de pasar una hora de charla ligera y entretenida con su superior y amigo y solícito se dispuso a satisfacer al general.

-El número de bajas civiles ascendía a unos siete mil en números redondos cuando el sol se ponía. Mañana continuarán con la cuenta. Habrían sido bastantes más si los niños se hubieran sumado. Diría que la cifra total está en los diez mil, la totalidad del censo de colonos. Sin los niños, quiero decir. El censo es de hace dos años. Ya sabes lo exigente que es el tal Tlavius del Ministerio de lo Social para estas cosas. Seguro que hizo un trabajo concienzudo y la variabilidad del error no debe sobrepasar los quinientos; entre granujas, ladrones y otros fuera de la ley. A lo sumo, en estos dos años, la población no habrá crecido más de... ¿qué?, ¿unas tres o cuatro mil personas? Estos granjeros fornican como conejos y no lo digo con acritud pues me figuro que las horas frías de invierno se harían muy largas y no se me ocurre otra cosa mejor que hacer para matarlas que acurrucarse junto a la parienta. El caso es que la vida era seguramente muy dura por aquí; muchas enfermedades y escasos recursos sanitarios del tipo que puedes encontrar en las urbes al otro lado de las montañas Thorbald. Gente dura estos colonos – concluyó no sin un tono de admiración.

- Trece mil es una cifra horrorosa – Terció el general con algo más de vida en el rostro.

- Toda una calamidad. Ya avisaste de ello al consejo – Dijo con cautela el atractivo oficial.

- No me lo recuerdes – respondió amargo. Se hizo un silencio que se rompió cuando Caramedes carraspeó para continuar -.

- Lo de los críos es todo un milagro por otra parte. El número exacto es de tres mil setecientos treinta y dos. Tenemos ya una lista con los nombres de sus padres. Es incompleta aún, son críos de moco y la mayoría está todavía recobrándose de la dura noche que han pasado. Algunos en estado de shock. Esta noche nadie les atenderá cuando se meen en sus catres. Pobres. – Divagó un instante para luego proseguir. – Como decía,

la lista es incompleta porque a algunos no hay manera de sacarles palabra. Sus edades rondan entre los cuatro y los doce. Cerca de dos mil son hembras y el resto varones. Algo más de la cinco docenas son lisiados o tiene algún tipo de minusvalía; ciegos, sordos, desfigurados, unos cuantos retrasados y un par de ellos sin una o las dos piernas. Hasta hay uno sin sus cuatro miembros – mencionó tiritando por la sola idea de vivir de esa manera - No es obra de los Curelingos: ya eran así antes. A estos no les doy muchas oportunidades de sobrevivir. – Este último comentario se ganó una mirada hosca por parte del general. Camedes comprendió que no estaba de humor para comentarios gratuitos e hizo promesa de guardárselos para sí. Con el deseo de tapar la falta, continuó con premura. – He hecho que Daledeborus se encargue de su cuidado y manutención. Su excelente trabajo con los animales y como responsable del avituallamiento de la tropa lo avalan y me pareció el más indicado para la tarea. Ahora tratan de recuperar fuerzas y duermen como angelitos. Los pobres estaban extenuados después de la peor noche de su vida.

- Has hecho bien – Aropetus asintió mostrando su acuerdo. El silencio se hizo entre los dos y como dos estatuas permanecieron quietos, sus cabezas agachadas ante los vasos de vino. Camedes volvió a probar el suyo mientras que el de Aropetus seguía a un lado, olvidado.

Las brasas rojas crepitaban. Pequeñas chispas saltaban de vez en cuando. Aropetus reinició la conversación.

- Si fuese tuya la decisión ¿qué harías con ellos?

- Creo que el tema no entraña mayor complejidad – caviló el oficial haciendo círculos con el dedo índice en el tapete de la mesilla – Serán llevados a las minas de carbón y hierro en el nacimiento del río, o a trabajar a los campos. Sabes como yo que a los críos no los va a querer nadie. Ya hay demasiados pillos muertos de hambre en las ciudades o bandas de ladrones por los caminos. Y a las niñas el futuro más benévolo es el de acabar de sirvientas baratas o mujeres de dudosa honra. Están condenados. – Dio por terminada su arenga vaciando el vaso de un trago. Miró con deseo la jarra e inició la logística para servirse otro. Decidió seguidamente que esa noche dormiría plácidamente ebrio y sedado de vino.

- ¿Y los monjes? – carraspeó la pregunta el general.

- ¿Esos santurrones de aliento rancio? – Preguntó en tono de sorna el capitán - Las hermandades de los Hijos del Dios Supremo no tienen asentamientos tan al norte: su caridad, me temo, les queda demasiado a desmano a estos chiquillos. Además, están demasiado ocupados extendiendo la palabra del Dios Supremo entre los pobres harapientos de las ciudades del rey e hinchando sus arcas a estancias de las donaciones

de esos nuevos ricos que han hecho su fortuna con el comercio de telas y trigo gracias a la especulación y que tratan ahora de expiar sus pecados haciéndoles concesiones a esos santurriones: ¡Qué piadosos ellos!

El general asintió rígido hincando la barbilla en el pecho de tal forma que sus rasgos quedaban en las sombras mientras reflexionaba.

- He pensado en otra cosa – comenzó el general pasándose la lengua por sus finos labios. Caramedes elevó interrogante una ceja aunque su interés se limitó a ese gesto pues el vaso en sus manos le parecía con diferencia lo más interesante de toda la habitación. No había probado bocado esa noche y estaba empezando a notarlo, apreciando la influencia de un agradable estado de ebriedad en sus estados iniciales. – He estado pensando en las fortalezas del Thorbald, ya sabes, las que mandó construir Seidar II como línea de defensa de la avanzadilla de conquista de las tierras de los Curelingos.

- ¿Te refieres a esas apostilladas edificaciones del cinturón exterior de la cordillera Thorbald? No son nada más que refugios de pastores ahora. – replicó con sarcasmo. Sus mofletes se llenaron al tratar de reprimir un eructo y sus ojos se abrieron de forma cómica al hacerlo – llenos de humedad y de alimañas.

- Esas son. Están en los picos del Thorbald y son: El Jorobado, Pedregal, Refugio de Gavilán, La Tronera, Rompegigantes, Ruego de Viudas, Muro de Tormentas, La Ventanilla, Canto de grajo y Puerta de Entrada. Los conozco bien porque en tiempos de mi instrucción eran parada obligatoria para cruzar el Thorbald a este valle antes de que todo el tráfico se desviase por el Desfiladero de las Viudas y el refugio del Gran Capitán. Muchas veces pernocté en ellos.

- Puerta de Entrada. Siempre me llamó la atención ese nombre. – Interrumpió Caramedes, más atraído por la conversación – El resto de picos guardan alguna relación con sus nombres pero este no.

- Careicarcatuun. Es curelingo y su traducción aproximada es Puerta de Entrada. A Rolf el Joven no le importó lo más mínimo cuando arrasó y conquistó el asentamiento Curelingo. Cureidaar la llamaban, una ciudad erigida desde la misma roca y cuya belleza sólo podremos imaginar si leemos lo que describen las crónicas. Mató a todos y nunca sabremos, creo, el porqué del nombre.

- ¡Ah, Rolf el Joven! ¿Ganaremos para nosotros alguna vez tal gloria con hazañas como aquella? – espetó burlescamente con un tono achispado de ebriedad.

- No lo creo, – replicó sucinto el general – pero no nos desviemos del tema. Esos alcázares son construcciones robustas, sus pilares están bien

construidos hondos en la roca viva y sólo necesitan unos pocos meses de trabajo para volver a hacerlos habitables. Sus enclaves son difíciles de encontrar si no se conoce como llegar a ellos, perdidos en la montaña y protegidos por el bosque. A mi modo de pensar fueron la clave de que se forjasen las leyendas que hoy conocemos; la conquista de la montaña al dominio Curelingo y que valientes guerreros como Rolf el Joven consiguieran tanto con tan poco.

- ¿Y qué tiene eso que ver con los críos? ¿Quieres convertirlos en soldaditos y armarlos para que guarden la frontera? Más útiles serían muñecos rellenos de paja y cubiertas sus cabezas de esparto con yelmos oxidados. – Un fuego centelleó febril en los ojos del anciano guerrero y con su mirada intensa detuvo el movimiento de la mano de Caramades en el acto de llevar el vaso de vino a sus labios. – Rectifico, ¡quieres de veras hacer eso! – exclamó asombrado.

- No solo eso, sino que me propongo instruirlos yo mismo, mi ebrio camarada. Reconstruiré esos viejos fortines y convertiré la sangre de granjeros, herreros, carreteros, pastores y carpinteros que corre por las venas de esos niños en la sangre de guerreros. No, no me mires así camarada, no es la ridícula idea de un viejo chocho. Mis manos tiemblan pero en mi cabeza todavía hay sustancia gris y poseo los conocimientos y la experiencia, ¡la vida! para verlo realizado.

- Um – Meditó Caramades, sobrio de repente. - ¿Crees que el rey te dejará hacerlo? – preguntó con la duda en sus ojos.

- Ya lo dijiste antes; a nadie importa donde vayan a parar ahora. Condenados dijiste. – afirmó con resolución.

- ¿Y de dónde sacarás los recursos? Esa empresa requerirá de una buena inversión. - replicó escéptico.

- El ejército me debe unos cuantos favores. Me haré con buena parte del dinero destinado a sufragar la defensa de la frontera. En realidad les estoy haciendo un favor. Nada menos que formar las futuras guarniciones que preservarán la seguridad, manteniendo alejada la amenaza de los Curelingos de sus hogares. Los politicachos del ejército darán grititos de placer cuando escuchen estos argumentos. No serán problema.

- Futuras, desde luego – interpeló agudamente- Dada la edad de los impúberes te llevará al menos siete años hacer eso.

- ¿No crees que llegue a tan viejo, bribón? – le espetó con una mueca.

- ¡No es eso! – rio campechanamente – Todos sabemos que eres más duro que el queso añejo para los dientes de una anciana. Es sólo que

parece una empresa que tardará en ver sus frutos.

- Estoy seguro de que me quedan aún bastantes años antes de retirarme a mi finca. Esperarán un poco más – decidió con una sonrisa torcida en sus labios con un tono más enérgico. Parecía haber recobrado algo de vida a los ojos del oficial-.

- ¿Y qué me dices de Salvelides? – El gesto de Caramades se ensombreció al nombrar al máximo responsable del ejército occidental y Capitán General de su Majestad el Rey Seadar IV.

- Ese será el primer y más duro hueso a roer. Cuento con tu capacidad persuasiva, tu elocuencia y tu educación cortesana. Abriremos el barril del vino máspreciado de mi bodega, ese que sabes que siempre me acompaña y guardo para un momento especial. – Habló lenta y elocuentemente. Camarades estudiaba su rostro atentamente y sus ojos parecían hacer cálculos mentales.

- ¿El barril con el sello rojo, ese que siempre te pido que abramos?

- El mismo - La sonrisa del general se ensanchaba por momentos. Sabía que era un buen plan. De todos era conocida la afición por los buenos caldos de Salvelides. Las pupilas del oficial también centellearon.

- Siempre pensé que el momento especial para el que lo reservabas era el día de la total aniquilación de nuestros enemigos los Curelingos, suponiendo que llegásemos vivos para verlo –comentó alegre -.

- Para lo que tengo pensado, casi es lo mismo. – admitió solemne a lo que Caramades asintió.

- Entonces brindemos por los regulares de Thorbald –exclamó elevando su vaso. Detuvo un momento el gesto, sus ojos hicieron un semicírculo hacia arriba mientras pensaba como buscando algo, hasta que lo encontró- ¡por los Sin Madre! – Aropetus tomó su vaso y chocó cristal contra cristal para luego apurarlo de un trago.

Esa noche conseguiría dormir de un tirón.

## Capítulo 3

2.

Saulum, a la temprana edad de siete años, no quería saber de nada ni de nadie porque nada le importaba. Había vivido feliz junto a su familia hasta que una escaramuza curelinga se había llevado la vida de su padre, su madre y sus hermanos adolescentes. Habían sido una familia de granjeros del norte de la marca y cuando toda la zona fue arrasada, muchos colonos perdieron la vida dejando a muchos huérfanos, entre ellos a Saulum.

El monarca de aquel entonces, Seadar IV decretó, aconsejado por su fiel amigo el General Aropetus, que los huérfanos fueran llevados a los alcázares situados en el extremo más septentrional del paraje boscoso conocido como Thorbald, donde serían entrenados para crear una milicia que defendería la frontera norte para que tal tragedia no se volviera a repetir. Los huérfanos crecerían para formarse como guerreros, para devolver al reino la tierra en la que perecieron sus padres.

Sin darles opción a elegir, los miles de huérfanos fueron guiados como ganado por los escarpados senderos de la montaña, entre frondosos bosques de engañosa belleza.

Fue una semana dura en la que Saulum vio como algunos de sus antiguos compañeros de escuela, allá en la comunidad granjera, fallecían de extenuación, sed, o preferían despeñarse al abismo llevado por el insoportable pesar producido por las pérdidas de sus familiares. Saulum asistía impávido a estas escenas y a diferencia de otros, él no apartaba nunca la vista, siempre miraba de frente al dolor. Algunos intentaban huir pero los soldados del rey prestamente daban con ellos y delante del resto les propinaban sonoras palizas que pretendían ser ejemplo para el resto. Estos no solían durar más de dos jornadas.

Llovió y los soldados no permitieron que los muchachos buscasen cobijo. Saulum, sombrío, era una cabeza erguida entre cientos de cabezas bajas apaleadas por las inclemencias del tiempo. Aquello tampoco le importaba.

Por las noches, ignorando los intentos de otros por iniciar conversación, buscaba una esquina y ocultando los ojos con sus brazos se sumía en sueños sin sueños. Noches negras demasiado cortas siempre, insuficientes para lograr el descanso ansiado, siempre atento de estar despierto antes de que la fusta del soldado diese la bienvenida al nuevo día.

El convoy de críos sucios y harapientos fue conducido como un rebaño cruzando frondosos bosques, ascendiendo por escarpadas montañas. Fue recorriendo un camino en zigzag siempre ascendente por trochas de piedras tan estrechos que apenas una carreta podía pasar por ellos y en



los que más de un caballo y mula de tiro hubo de ser despeñada al torcerse la pata a causa del traicionero camino.

La peregrinación tuvo como parada obligada cada uno de los alcázares, el cual más destartado y de aspecto desolador. El primero de ellos fue La Ventanilla; una inmensa mole de tres torres hecha de roca oscura rodeado de un alto muro en cuyos vértices aún se sostenían apenas unos torreones que, más que nada, amenazaban con derrumbarse sobre sus cabezas de un momento a otro. Fue ese mismo día en el enorme patio porticado de la fortaleza que los soldados de peto de cuero, rostros ocultos por cascos de metal y manos armadas con fustas y látigos separaron hermanos de hermanas, primos de primas, amigos de amigas. Fueron por entre las largas hileras apartando a un lado a las niñas para ir formando un grupo que poco a poco se iba haciendo más nutrido. Ellas lloraban en silencio o permanecían con la mirada fija en el suelo, temblando de miedo y frío, las unas arracimadas con las otras.

Saulum había perdido a padres y hermanos pero esa vez no echaría de menos a una hermana. Se sentía ajeno a aquel dolor o así prefirió permanecer. Fue entonces cuando algo dentro del joven se rompió más profundo y más dolorosamente de lo que nunca admitiría. Sus ojos se apartaron húmedos y enrojecidos.

Adquirió en ese mismo instante ese aire de distancia por el que luego sería conocido.

Los hermanos separados se gritaban despedidas y promesas de un reencuentro futuro poco probable y los lloros nunca cesaban. Saulum reconoció a varias de las chiquillas y una de ellas se lo quedó mirando con un ruego en los ojos. La impotencia que sintió entonces le quebró mucho más y ya no pudo reprimir las lágrimas. Apartó la mirada y con gesto seco se limpió los ojos.

A una orden dada en grito el grupo comenzó a moverse para abandonar la fortaleza en pos de un destino incierto.

Del grupo de niños, una décima parte se estableció allí, quedándose a su cargo una guarnición de soldados de caras feas y burlonas, con un capitán encargado de la instrucción y disciplina, además de con la misión de devolver al alcázar un nivel de habitabilidad aceptable. Con ellos quedaban también su parte correspondiente de utensilios, herramientas, útiles de cocina, cajas y sacas con reservas de carne, pescado, barriles de vino e incluso alguno con tabaco, jofainas con aceite, tarros de confituras, forraje para las bestias y semillas así como lo necesario para la subsistencia durante seis meses hasta que llegase el reaprovisionamiento en la primavera.

El resto siguió camino deteniéndose en cada alcázar, el cual más lleno de herrumbre y moho, para dejar allí a sus nuevos habitantes con un capitán asignado a su cargo, mientras que Aropetus y Camedes se reservaban el privilegio de tomar a su cargo la última de las fortalezas, la más grande y la posicionada a un nivel más alto y apartado de la montaña, aquella llamada Puerta de Entrada.

La fortaleza de la montaña era un edificio más ancho que alto rodeado por una empalizada de roca negra ubicada en algún lugar de la arbolada montaña. Parecía esculpida en la montaña; una torre central de plano hexagonal e inmenso diámetro descansaba en uno de sus lados en la roca subiendo paralela a la pendiente de la montaña. Diversos edificios también de piedra se arracimaban a sus pies pero ninguno tan imponente como la torre. Se trataba de las cocinas, almacenes, dependencias del personal, cuadras y una capilla. Para llegar a ella cruzaron tres portales guardados por guardias de mirada indiferente; correspondían a las tres murallas que en semicírculo guardaban a la torre desde el sur hasta el norte. Traspasado el último de los tres anillos, llegaron a una plaza de aspecto sombrío. Los pasos de los muchachos resonaban al golpear el suelo empedrado creando un eco que devolvían los altos torreones.

Aquel sería uno de los más tristes recuerdos para Saulum. Llovía y todas las caras parecían sombras grises, serias y rudas. Uno de los guardias arrojó una gran hogaza de pan al suelo encharcado y nada bastó para que los chicos se arrojasen como cuervos hambrientos peleando por los restos del pan húmedo y sucio. Contempló con congoja cómo los mayores pisoteaban a los más pequeños cegados por el deseo de supervivencia y arrebataban de sus manos el pan, ignorando las lágrimas que imploraban comida. Sintió deseos de protegerlos, de consolarlos, pero él era sólo un niño. Se sentía tan pequeño y tan impotente como ellos.

Los huérfanos fueron acomodados en estancias enormes semejantes a establos, con varios pisos de madera, con el suelo lleno de paja seca. Ese sería su lecho, su habitación, su hogar.

- Esta noche no habrá cena. Tratad de dormir. Con el toque de corneta a antes del alba os quiero despiertos a todos. Para el desayuno tenéis lo que dure en consumirse esta vela hasta esta raya – les enseñó una vela con marcas - y la instrucción dará comienzo con las primeras luces. Mañana conoceréis a vuestros instructores.

La voz del soldado fue intencionadamente ruda. Tras apagar las antorchas que iluminaban la estancia, cerró la puerta con un portazo y todo quedó a oscuras. Nadie tuvo fuerzas de hacer comentarios. Saulum se quedó mirando como hipnotizado la rendija de la puerta por la que se filtraba un resquicio de luz mientras se quedaba dormido. No le importaba nada.

La corneta siempre sonaba demasiado temprano. Saulum sospechaba en silencio que muchas veces antes de la hora. Simplemente había días que el sol tardaba más en salir que otros y siempre en la misma época por lo que no era cuestión de estaciones. El desayuno siempre demasiado frugal, demasiado rápido.

Prefirió aceptar lo que ocurría sin cuestionarse las cosas. Simplemente se limitaba a hacer lo que le pedían.

Les hacían correr por la montaña, cinco de siete días, hasta que amanecía. Este era quizás el único momento en el que ocurría algo que conmoviera a Saulum realmente: el amanecer. Raramente había dos amaneceres que se asemejasen, dos idénticos siquiera. Siempre de los últimos de la cola, elevaba la cabeza, de costumbre agachada, para contemplar la belleza del despertar del firmamento. El gozo que sentía entonces era breve, pero por unos instantes se evadía dulcemente del mundo absorto en la contemplación de la belleza del cielo.

Durante los primeros días, aquella carrera vespertina era suficiente para acabar con las pocas fuerzas del joven muchacho. Y aquello era apenas el comienzo de la instrucción de la jornada.

El resto del día era un arrastrarse de un lado para otro tratando de cumplir con las exigencias de un vociferante Aropetus que hacía las veces de instructor. Y Aropetus no se mostraba muy contento con ninguno de los muchachos. Nunca dejaba de expresar su decepción y su enojo por el rendimiento del grupo. En especial con un pequeño grupo en el que se encontraba Saulum.

La primera noche del primer día, Saulum, devorada la insípida cena, se dejó caer en la paja seca del suelo que tenía por lecho con distintas molestias: tenía heridas en las piernas desnudas después de correr entre zarzales; heridas en las manos tras caer de bruces en varias ocasiones con las manos por delante, así como de escalar entre puntiagudas rocas; ampollas en tres dedos de cada pie, esto es; seis, así como en las plantas de los pies; dolores en la musculatura de los tobillos y de los gemelos con un posible inicio de tendinitis detrás de la rodilla izquierda; un dolor ligeramente palpitante en una cadera; dolores en la espalda (otro ejercicio consistió en acarrear troncos de madera, desde una cañada a bajo nivel de la montaña hasta la fortaleza); una ceja abierta, (una de las veces no fue lo suficientemente rápido y fue a dar con una rama). En definitiva, un cansancio tan atroz que ni recordó haber visto apagarse las luces de la habitación.

Levantarse al día siguiente fue una verdadera hazaña en todo caso pero no mérito del muchacho, sino más bien mérito de las habilidades

persuasivas del instructor. Aquel día no fue menor en intensidad y el estado en el que llegó fue todavía más penoso si cabe. El médico tuvo tarea con él antes de dejarle ir a la cama (de nuevo cayó como un leño en el lecho). Sobra enumerar sus penalidades.

Como fuera, Saulum sobrevivió a todo y a más y no todos pudieron decir lo mismo. Los que no perecieron (escaso número después de todo) fueron mandados a realizar otras tareas. Acababan de pinches de cocina, carpinteros o en tareas similares. Estos fueron los afortunados. A otros simplemente se les expulsaba y no se les volvía ver.

La instrucción incluía la práctica en el manejo de armas. Saulum no tenía preferencia por ninguna en especial. Era malo en el uso de todas ellas. El instructor organizaba competiciones individuales o por parejas y Saulum siempre hacía un papel desastroso. Sus compañeros lo machacaban con crueldad. Lo que ocurría es que él se limitaba a defenderse y nunca contraatacaba o rara vez lo hacía. El combate acababa con la espada del adversario en las costillas del muchacho o con la paciencia del adversario, que hartado, se arrojaba sobre Saulum para apalearlo.

Cuando era por parejas el asunto se volvía algo peliagudo. Nadie le quería de pareja porque todos conocían ya su falta de pericia, o más bien falta de entrega. Sus parejas acababan a gritos con él, sobre todo los que al ser más competitivos, sabían que con Saulum no tendrían nada que hacer. Abusó de la paciencia de Aropetus por lo que acababa siempre emparejado con otro chaval también muy torpe, un muchacho ligeramente grueso y bajito, que por robusto, había permanecido todavía en el grupo. Los dos formaban la pareja más risible y payasesca que se conocía de todas las guarniciones. Eran el hazmerreír de todos.

Cierta vez, antes incluso de que esta pareja de hecho quedase instituida del todo, Saulum hizo parejas con un muchacho de nombre Fedalar. Fedalar era uno de los alumnos más destacados y motivados del grupo. Poseía una envidiable habilidad con el arco y la espada tampoco se le daba mal.

La prueba de aquel día situó a los dos en mitad de un pantano, brazo con brazo, unidos por una fuerte soga. Por parejas, tenían como objetivo sobrevivir el máximo de tiempo sin ser cazados.

Falte decir que el papel que hicieron juntos fue bastante mediocre. Fedalar no dejaba de increpar a un Saulum taciturno y abstraído que más que correr tropezaba con las cosas, incómodo por estar con un brazo atado a su compañero. Patoso, trataba de seguirle sin demasiada convicción, dejándose llevar, simplemente, algo burlón por el afán competitivo que dominaba a su colega y que le era ajeno a sí mismo.

- ¡No es solo un juego, niño! – Le decía jadeante mientras tiraba de él con tirones bruscos y malhumorados. – No puedo permitir que me humillen por tu culpa, ¡desgraciado! Maldito seas, ¿he de tirar de ti todo el tiempo?, ¡Vamos, vamos, podemos hacerlo mejor!

No llegaron muy lejos. Para desgracia de Fedalar fueron la segunda pareja en ser cazados de casi cien parejas que jugaban (la pareja del gordito fue la primera en ser prendida). Y era solo la primera parte del juego. Los cazados se volvían cazadores y...bueno, obtuvieron juntos la peor puntuación del día, incluso superados por la pareja del gordito.

El enojo de Fedalar fue sonado. Delante de todos, para entretenimiento y divertimento del público, dejó muy claro quien había sido la parte ineficaz de la pareja y no lo dijo con palabras suaves. Gritó toda su frustración y con permiso del instructor subrayó cada palabra con golpes malintencionados añadiendo escupitajos que dirigía a la faz del joven. Todavía atado a Fedalar, Saulum se lo quedaba mirando con una expresión indiferente. “Es sólo un juego” decían sus ojos, mudo el gesto.

Con la cara roja e hinchada, la mirada preñada de furia, hizo un amago de querer abrirle la cabeza, pero algo en la postura de Saulum le hizo cambiar de idea. Existía algo en la profunda indiferencia que manifestaba o en su calma aparente: como una advertencia muda en el brillo de sus ojos que lo instaba a contener su gesto violento, cosa que hizo finalmente aunque algo reluciente. Aceptó entonces la cuchilla que le ofrecía el instructor y de un tajo rápido cortó las ligaduras que les unían y se fue dándole la espalda. Saulum, ignorando las burlas de los demás, se arrojó sobre una parcela de hierba para aprovechar el momento de inactividad y así poder descansar y recuperar algo de las fuerzas perdidas. Sus labios dibujaban una sonrisa plácida y enigmática.

Esa sonrisa no pasaría totalmente desapercibida para todos. Altero la recordaría.

Altero era uno de los muchachos huérfanos que como Saulum y Fedalar había entrado a formar parte de aquella milicia sin mediar más voluntad que la de los dos primeros. Era un muchacho alto y rubio de ojos azules y rostro angulado que adquiriría especial atractivo cuando expresaba seriedad.

Era un líder nato.

Por aquel entonces era muy joven todavía pero ya empezaba a ejercer naturalmente ese magnetismo que poseen los llamados a ser líderes. Rápido y decidido a la hora de tomar decisiones, hábil en el trato con los demás, diestro en chanzas y bromas, de consejo certero y de palabra correcta. El amigo perfecto. Era también el más diestro con las armas, el más rápido, el más fuerte y el más inteligente, un estratega nato y pronto

el ojito derecho de Aropetus. Él, como el más observador, fue el único en ver la sonrisa. Y tomó buena nota. Altero no era de ese tipo de personas que fácilmente se deja engañar por las apariencias y aunque Saulum era de todo menos de apariencias (Altero tenía claro que Saulum era un ratón con una espada, un pato con el arco, una marmota con el cuchillo, una gallina escalando y una vaca corriendo) sí encontraba algo desconcertante en la actitud de Saulum que le dejaba con incógnitas que no era capaz de despejar, era una sensación parecida a la de ver una sombra por el rabillo del ojo que siempre le eludía por más que se volviese a toda velocidad para sorprenderla: nunca estaba allí. Por ejemplo, si era tan malo en el ejercicio del oficio de guerrero, como dejaba siempre bien patente, ¿Por qué conseguía siempre llegar después de las carreras tan duras a las que les sometían? El último quizás, pero siempre dentro del tiempo impuesto por Aropetus. Muchas veces rozando el límite, pero siempre dentro de él.

Aunque era un desastre, siempre hacía lo que se le pedía y alguna vez había visto en él atisbos de algo, pero tan breves que parecían ilusiones. Muchos otros habían sucumbido y él allí seguía. Por eso Altero no reía con la misma intensidad que el resto. Saulum parecía cumplir las reglas como el resto pero tal y como él empezaba a verlo, Saulum tenía sus propias reglas; vivía conforme a ellas y eso le hacía distinto. Por eso Altero empezó a respetarlo. Aquel día, cualquier otro se hubiera roto ante tal despliegue de ira como el que Fedalar le había dedicado. Incluso el mismo Altero hubiera dudado de sí mismo. Y desde luego nadie hubiera sonreído después de aquello. Nadie.

Así que, después de un par de incidentes de parecido calibre, Aropetus optó por poner al gordito con Saulum. El gordito se llamaba Badera y desde aquel mismo instante tanto Badera como Saulum fueron más felices.

Badera era otro tipo irreductible a pesar de las perrerías continuas de sus compañeros. Nada afectaba a su carácter campechano, siempre riendo y hablando de todo. Saulum, que era todo lo contrario, más bien taciturno y callado, encontró en Badera el compañero perfecto.

Saulum casi nunca estaba de humor para hablar pero a Badera esto no parecía importarle, más bien todo lo contrario; tenía a alguien que siempre escuchaba. Y muchas veces conseguía arrancarle sonrisas a su umbrío compañero. A Saulum sinceramente le divertía como aquel chico gordito podía hablar tanto y de cosas tan dispares. Podía perfectamente estar haciendo malabarismos para sostenerse a una rama en un ejercicio de instrucción en el que tenían que aguantarse y desplazarse mientras otros les tiraban proyectiles de barro, y hablar de cómo recordaba a su madre hacer pastelillos de hojaldre o cierto acontecimiento de dudoso interés sobre un cabritillo y una cornada en su trasero. La escena de verle

llo de arañazos, con pegotones de barro pegados a su cara, hablando, era de lo más cómica. También hablaba en las largas marchas bajo la lluvia y en cualquier otro penoso ejercicio.

Parecía hacerle bien a él. Parecía necesitar a alguien que le escuchara. Por eso Saulum callaba y le escuchaba.

En los momentos en los que Badera parecía realmente roto o abatido, Saulum le preguntaba y le animaba a hablar. Entonces Badera olvidaba lo mal que lo pasaba y seguía haciendo lo que tuviera que hacer, incluso con mayor motivación y entrega que antes. Mutuamente se hicieron aquellos años más livianos el uno al otro.

Cada ejercicio de instrucción puntuaba y ellos era los últimos de la jerarquía, rayando la expulsión pero manteniéndose a flote como un naufrago luchando por sobrevivir a las olas inclementes. Altero en cambio, era el primero; con diferencia el mejor de las diez fortalezas.

Año tras año, Aropetus veía crecer su satisfacción al contemplar su obra, detectando destellos de grandes guerreros en muchos de aquellos niños huérfanos - antaño hijos de pastores y porqueros - que ahora crecían duros y fieros bajo su entregada tutela.

Una tarde de verano, Saulum corría detrás de Badera dominado por uno de sus habituales ataques de melancolía.

Formaban parte de un grupo de seis. Se trataba de otro de los ejercicios ideados por Aropetus en el que por grupos habían de servirse de un mapa incompleto para orientarse por el bosque. El objetivo era encontrar un tesoro oculto y hacerlo más rápido que el resto de grupos y aunque encontrar el tesoro no había llevado más que media mañana, el camino de regreso al punto de encuentro había supuesto más dificultades de las esperadas al líder de la cuadrilla.

El muchacho miraba sin comprender el mapa dándole vueltas para tratar de leerlo pero sin ningún resultado. No entendía cómo podía haber dado con el tesoro y ahora era incapaz de regresar sobre sus pasos. Por más que miraba el sendero no reconocía ningún signo y desde luego aquella parte del bosque le parecía totalmente desconocida.

Otros miembros del grupo hacían recomendaciones pero sin ningún éxito puesto que por más que caminaban parecían adentrarse más y más en el bosque. Hacía horas que habían tenido el último encuentro con un grupo rival y a esas alturas por más que agudizaban el oído no captaban sonidos de nada que pareciera humano, sólo ruidos del bosque o un silencio que

incomodaba a los muchachos.

Saulum asistía indiferente a las discusiones entre los muchachos que cada vez se hacían más acaloradas. La actitud de sus compañeros le hastiaba y con desgana se acercó a sentarse en una raíz para contemplar su alrededor; se trataba de un pequeño claro entre árboles de espeso ramaje que crecían inmensos ocultando el cielo. Una mullida alfombra de hierba y musgo verdecía por todos lados y algunas florecillas de color blancas y violeta crecían junto con los arbustos lamiendo la falda de los árboles. Sintió la tentación de tumbarse y dormir pero el hambre que sentía, hacía que su estómago emitiese ruidos graves.

- Tengo hambre - dijo a nadie en particular.

Uno de los muchachos enzarzados en la discusión le escuchó y estuvo de acuerdo. Arrojó el mapa a un lado para impresión de sus compañeros y abandonó el grupo para escalar a una de las ramas más baja del árbol más cercano. Pasado un rato volvió con ocho huevos de perdiz, ave que abundaba por aquellos parajes agrestes.

El grupo, concentrado en la tarea de procurarse sustento, olvidó la precariedad de su situación y dio por perdido el ejercicio resignándose finalmente a no obtener puntos ese día. Un joven de cabello del color castaño rojizo e incipiente barba en las mejillas encendió un fuego rodeándolo con piedras e improvisó una pequeña barbacoa a base de palitos y ramas. Entre su equipo contaban con unas cacerolas y utensilios suficientes para cocinar una buena tortilla.

- ¡Fíjense! ¡Setas, he encontrado setas! – otro zagal de cabellos de rizos dorados y sonrisa infantil enseñó a los demás su hallazgo orgulloso de sí mismo con los ojos brillantes; eran efectivamente algún tipo de hongo y parecía comestible por lo que no produjo ningún tipo de temor en ellos.

Badera se ofreció a cortarlas y prepararlas proponiendo una tortilla con setas para el almuerzo. En media hora tenían ante sí una succulenta tortilla y como buenos compañeros se repartieron el manjar para zampárselo a gusto a la sombra de un nogal. Mientras comían discutían el mejor camino a seguir y como no llegasen a ningún acuerdo prefirieron postergar la decisión hasta después de una merecida siesta.

Saulum atendía la conversación sólo a medias negándose a participar en ella mientras daba buena cuenta de su plato. Sin saber cómo, se encontró al cabo de un rato conversando con uno de sus compañeros, un chico moreno de incipiente bigote con el que no había hablado nunca antes. Hablaban de nimiedades, de estrategias con la espada, de recetas de cocina de campaña, de cómo comenzaban a tener pelo en las axilas o el



cambio del tono de la voz de alguno de los chicos mayores.

Continuaron hablando de leyendas, de anécdotas de los Sin Madre, criticando a tal o a cual, contando chistes al final y riendo suelta y despreocupadamente. No supo cómo, hubo un momento en el que todos hablaban a la vez en voz alta y todos participaban de la conversación. Los chicos con los que apenas había tenido trato pusieron ahora en su conocimiento multitud de historias de las cuales había permanecido ignorante hasta entonces, la información corría fluida de unos a otros y la risa andaba floja.

Saulum extrañado de su propia inclinación por abrirse a sus compañeros, fue más o menos consciente de que el cambio que en él se producía tenía su eco también en los demás de una manera asombrosa. De repente, contempló con cierta inquietud mezclada con regocijo, como los rostros de sus compañeros se estiraban exageradamente en sonrisas que parecía podía desencajar sus mandíbulas. Ojos excesivamente abiertos de pupilas dilatadas le miraban aprobadoramente y le instaban a hacer locuras. Sintió ganas de levantarse y dar saltos, correr y trepar a los árboles y no encontrando motivo para contenerse, eso hizo. Una imagen psicodélica se le quedaría grabada; los cinco muchachos trepando por los árboles haciendo ruidos como si se tratasen de bestias del bosque, aullando o ululando a placer y riendo a carcajadas como nunca hubiera pensado que podía alguien reír. Desvestidos, sólo con taparrabos corrieron por el bosque a la caza de enemigos invisibles, luchando imaginariamente contra ellos, improvisando estocadas que hendían el aire. En sus cabezas delirantes, los curelingos caían derrotados por su empuje y se sentían héroes invencibles.

Horas después fueron despertando uno a uno del extraño sueño, con dolor en sus brazos, espalda así como en sus mandíbulas. Se miraban los unos a los otros desconcertados, mirando con sospecha los restos de la tortilla que quedaba en la sartén.

- ¡Te voy a dar setas a ti! – Imprecó uno de los muchachos.

La tarde moría, el sol se ponía detrás de las montañas y pronto se haría de noche. Los muchachos recogieron sus cosas y dubitativos estudiaron el mapa. Saulum aun asombrado por la experiencia de aquella tarde, deseó que esta no hubiera terminado y que aquella sensación de empatía con sus compañeros continuase sin acabar jamás.

Miró a los demás y entendió que ya no era lo mismo. Permanecían callados y preocupados. Estaban obsesionados con la reprimenda que recibirían de Aropetus en cuanto llegasen a la fortaleza y no pensaban en otra cosa.

Suspirando se acercó a ellos.

- Yo sé cómo llegar a la fortaleza. Seguidme. ¡Vamos, Badera!- No dando tiempo a los chicos de que le asaltaran a preguntas salió corriendo a marcha ligera con Badera pegado a él. Los demás encogiéndose de hombros fueron detrás suyo rezando para que fuera cierto. Al cabo de hora y media avistaron la fortaleza en la distancia y los muchachos comenzaron a reír.

Uno de ellos se volvió a Saulum.

- Todo este tiempo sabías el camino, ¿verdad? - Saulum se encogió de hombros y asintió con la cabeza. - ¿Y por qué no dijiste nada?

- No me preguntasteis - dijo, volviendo a encogerse de hombros.

## Capítulo 4

3.

Los siguientes años serían los más fugaces de su vida, y de alguna manera, los más dilatados. Los días transcurrían y sólo dejaban una sucesión de breves amaneceres solitarios rodeado de sus anónimos compañeros de Compañía y de los largos monólogos de su único amigo, Badera, que consistían en prosas extensas llenas de un surtido inagotable de anécdotas reales o inventadas. Al final del día, la paja seca aguardaba a su acalambrado cuerpo que hacía un ovillo en una esquina abandonándose al descanso que siempre resultaba demasiado breve y efímero.

Pero mientras se sucedían los años en la fortaleza de la montaña, reconstruida y reacondicionada para la existencia castrense que llevaban en lo profundo del bosque, la vida proseguía fuera de allí siguiendo el natural devenir de los acontecimientos.

Seadar IV murió en unas condiciones algo calamitosas.

Compartía la bañera con catorce muchachitas - veintisiete años de diferencia la que menos, contando a la baja - y tras hacer el amor con ocho de ellas allí mismo, quiso acercarse a por un poco más de vino y otras sustancias de consumo privado antes de proseguir con la hazaña. El más bien mezquino rey murió al darse con la cabeza en uno de los bordes de la bañera de la que se esforzaba por incorporarse. Poco afortunado, resbaló al apoyarse mal, dando un rápido traspies que nada ni nadie pudo hacer para detener. Cuando la parca fue a su encuentro se lo encontró hecho un guiñapo en el suelo de baldosas azules, con la cabeza vuelta en una postura poco apropiada para la vida y abierta como un melón rebozado en su propia sangre roja (no de sangre azul como tanto gustase de jactarse en vida). Aquella situación fue demasiado escandalosa como para que su Primer Consejero pudiera ocultarla a la opinión pública.

El revuelo fue Real.

De lo que menos se preocupó nadie es del estado de quebrantamiento emocional en el que quedó la reina despechada. La pobre señora, incapaz de tener hijos - más tarde ella descubriría feliz que no era ella la infértil - fue dejada de lado. No había herederos y aquello representaba un gran dilema.

Un dilema Real.

Se solucionó todo con un rápido, efectivo y bienvenido golpe de estado. Malquevich, un Señor de la Guerra aclamado por el pueblo, muy famoso

por sus exitosas campañas en el oeste anexionando nuevos territorios, se hizo con el trono de roble que había quedado vacante y que se encontraba en el fondo de la gran sala oval del enorme salón de piedra del palacio. Supuso en realidad que muchos grandes poderes suspirasen tranquilos por primera vez en mucho tiempo. Malquevich era un hombre algo embrutecido y de toscas maneras pero nada tonto, con más de dos dedos de frente (en el sentido tanto literal como metafórico: tenía una gran frente). Su brazo duro supuso la supervivencia del reino en muchos sentidos.

Se trataba de un reino fronterizo en continua guerra con los vecinos y la mano cada vez más lerda con la que en los últimos años Seadar IV había llevado los asuntos de estado ponía en riesgo intereses mercantiles dejando inquietos a la nobleza y a la emergente y enriquecida burguesía.

Una de las campañas más desastrosas de los últimos tiempos fue la misma en la que los curelingos - vecinos en extremo belicosos - tres años antes habían arrasado la frontera norte en la cual quedaron sin familia Saulum, Fedalar, Altero y Badera, entre otros cientos de huérfanos. Seadar IV sería el último de su dinastía cediendo el paso a una oligarquía dirigida desde las sombras por la aristocracia y la burguesía con un solo hombre visible delante. Malquevich pasaría a ser nombrado Canciller al no poseer rastro de sangre real (aunque quizás sí, quién sabe: el padre de Seadar IV, Solder VI, era más bien promiscuo y tenía muchos bastardos, todo lo contrario que su hijo, que era solo mujeriego. Una de las amantes preferidas del regio hombre era precisamente la madre del nuevo Canciller) y dirigiría el destino de la nación como el esclavista maneja el látigo.

En cualquier caso, Malquevich jugaría un papel protagonista en relación a los huérfanos. Él creó oficialmente las milicias que ya Caramedes había bautizado con el no poco llamativo nombre de Los Sin Madre, apadrinados por Aropetus, el avejentado general que con fino genio, firme dirección y buen hacer, los había estado adiestrando no falto de la adecuada dosis de compasión, en lo más profundo de la espesura de Thorbald, cuyo cometido sería guardar la frontera norte y quizás, con los años, recuperar el terreno cedido a los curelingos.

Por esa razón, Los Sin Madre tenían que ser de los cuerpos más duros y mejor entrenados.

Las fuerzas armadas apenas habían mantenido a raya todos esos años a los curelingos y sus arremetidas se habían vuelto cada vez más cruentas y encarnizadas. A pesar de que no habían conquistado más terreno desde entonces, su insistencia no había cesado un ápice manteniendo su empuje constante.

Esto fue lo que impulsó a Malquievich a graduar, con dos años de anticipo, a Los Sin Madre.

Fue una ceremonia algo grotesca. Malquievich, subido a una caja de patatas anunció a gritos con una voz de timbre asombrosamente semejante al de una mujer - chocante, porque su cuerpo era toda una ebullición de hormonas masculinas, de formas musculadas de brazos y pecho cubiertos de pelo. Incluso de su cabeza nacía una grasienta cabellera que sólo raleaba en el centro de la coronilla - que el Regimiento quedaba constituido: Los Sin Madre.

Los Sin Madre lo compondrían diez Compañías de entre unos doscientos y doscientos cincuenta hombres distribuidos por los diez alcázares y cada Compañía tendría a su vez unos diez Pelotones o Lanzas de entre veinte y treinta hombres.

Además, presentó el escudo de armas del Regimiento; un dibujo de trazos infantiles y apresurados representaba un oso - el animal más agresivo de la zona- en la acción de tratar de echar abajo un árbol. Entre los muchachos alguien comentó que parecía la figura de un señor obeso esforzándose por mear en el tronco de un árbol.

Después de eso, Malquievich dio los nombres de los encargados de Lanza - Altero uno, Fedalar otro - a los cuales les dio un abrazo de reconocimiento, abrazo que todos recordarían siempre por el olor a fruta pasada que exudaban las axilas del dirigente.

Saulum, en un sorteo posterior, acabaría bajo las órdenes de Altero, lanza que pasaría a ser parte de la Séptima Compañía de Los Sin Madre.

No obstante todo lo anterior, obligado es explicar que Los Sin Madre eran reconocidos dentro de la jerga del ejército regular pero oficialmente este no era su nombre exacto o formal. No podía serlo porque se pensó que las connotaciones del nombre no eran demasiado positivas para la moral de las tropas así que el nombre oficial era el de Osos Rampantes. No obstante, siempre se les recordó por Los Sin Madre y su sucesiva mención en boca de los militares le dio la oficialidad que le faltaba sobre el papel.

Badera no coincidió en la misma Lanza, así que Saulum, a falta de su compañero, volvió a su retraining anterior, ocupando el último puesto del orden jerárquico, en un sitio gris y cómodo al final de la fila.

Los días en la Lanza de Altero no serían demasiado distintos; no había ya los juegos de competición ni peleas de espadas de madera, pero las largas caminatas bajo la lluvia, las patrullas y las agotadoras carreras vigilando el perímetro que tenían asignado para defenderlo de los curelingos, se

asemejaban bastantes a los de los días de instrucción.

Pero esto fue solo al principio. Las cosas cambiaron muy precipitadamente y la existencia de Saulum dio un vuelco.

Como cada mañana, equipados con lo justo y lo necesario para la ronda de vigilancia en la frontera, la Lanza de Altero, en fila de a dos, con Saulum el último junto a otro hermano de armas, inició, antes que despuntase el sol, la agotadora marcha por la montaña arbolada.

Saulum se conocía de memoria cada palmo del recorrido y cabizbajo se limitaba a llevar el ritmo impuesto por Altero, su vista fija en los pies del compañero que tenía delante, mientras rumiaba pensamientos sin importancia.

- ¡Defendedos!, ¡Defendedos! – La voz de Altero dando órdenes sonó extraña, en un tono agudo desconocido y llena de una impronta de urgencia que otras órdenes pasadas no habían tenido, por eso Saulum en un primer momento no supo cómo interpretar lo que estaba pasando. - ¡Permaneced unidos, no rompáis la línea!

Saulum trató de comprender qué pasaba pero las espaldas inquietas de sus compañeros más altos no le dejaban ver así que dubitativo desenvainó la espada. Lo que sí parecía obvio era que algún suceso de cierta relevancia estaba teniendo lugar.

Por el rabillo del ojo, notó que junto a su compañero más próximo algo se acercaba. Sin pensarlo, apartó a su compañero de un empujón y con su espada detuvo la estocada destinada a este. Con una sola mano y ágiles movimientos se deshizo de su mochila mientras que con la diestra, empuñando el acero como el alocado agujijón de un mosquito, desviaba las hábiles estocadas de su adversario. Una pequeña voz en su mente gritaba desesperadamente: "¡Estás luchando por tu vida!" y así, de repente, encontró de golpe toda la motivación de la que antes había carecido en sus años de instrucción luchando con todo el coraje de que era capaz.

Fue la primera vez que algo empezó a importarle.

La escaramuza podía haber durado minutos u horas porque la percepción del tiempo y de todo lo que le rodeaba había cambiado de una manera surrealista. Corría de un lado para otro, espada en mano, segundo miembros, hundiendo la hoja en la carne o golpeando los rostros enrojecidos y crispados de ira y odio de sus enemigos. Ayudaba a sus compañeros y les cubría las espaldas, buscaba siempre la posición más ventajosa, rogaba la ayuda de quien estuviera más cerca y trataba de orquestar una mejor defensa o un ataque, animando a los demás, jaleándolos rompiendo de salvajes arremetidas la línea de ataque del

adversario, llevando la acción a los flancos más desfavorecidos, haciendo tambalearse la estrategia del enemigo.

Altero, aún ciego por la adrenalina y el apremio por defenderse, no dejó de percatarse de esto. ¿De dónde había salido aquel guerrero? Gracias al empuje de Saulum, el grupo había conseguido; primero deshacerse de la garra del miedo que atenazaba sus corazones, y segundo y más importante, se habían deshecho de la presa que el enemigo había pretendido urdir para acabar con ellos, y por último, habían tomado una posición más alta y más favorable de terreno, puesto que todavía se encontraban en inferioridad numérica. Con pericia, Altero fue llevando al grupo más arriba, ascendiendo la ladera de la montaña arbolada, obligando al enemigo a perseguirles hasta que para su alivio, este desistió y reuló, regresando al lugar de donde muy probablemente habían venido: Curelingia.

Más tarde, de vuelta en la fortaleza de la montaña, Altero escribiría un informe y daría noticia a sus superiores del enfrentamiento. Este sería el primer encuentro registrado de Los sin Madre con los curelingos.

Fue casi un milagro que la Compañía de Altero no sucumbiera.

A ojos de los demás ya eran unos veteranos y las demás Compañías y Lanzas de Los Sin Madre se acercaban a estos para felicitarlos y preguntarles como había sido la batalla. Todos relataban gestas exageradas e inflaban sus historias con detalles ficticios tales como abultar el número de enemigos que habían abatido bajo sus mandobles (exagerando hasta tres veces más su número real) o que los enemigos habían rogado piedad chillando como perros apaleados. Sólo en privado compartían el verdadero relato de lo ocurrido: la mayoría había permanecido tan confuso y paralizado por el pánico que simplemente se habían limitado a guardar la línea evitando torpemente las hojas de los curelingos.

También se les preguntó cómo eran los tan temidos curelingos. Ninguno de ellos había visto uno nunca de cerca o si lo habían hecho, eran tan jóvenes que ya los retazos de memoria se habían deshilvanado en sus mentes.

Al fuego de los candiles, sentados o tumbados entre la paja, sorbiendo el vino con que se les había premiado por repeler el ataque, los muchachos trataban de responder lo mejor que podían:

“Son altos...como dos hombres...su piel es violeta...ino!, es malva, bueno, rosada o así...rojiza en realidad...isu sangre es negra!...iera azul oscura, idiota!...pues me parecía negra...el ojo de tu culo es negro subnormal...sus ojos son rojos oscuros (aquí todos estuvieron de acuerdo

y callaron mirando fijamente al suelo o al techo), no tienen pelo, son más bien trenzas que nacen en su frente hacia atrás y algunos tenían como extensiones, trenzas que le caían en sus espaldas...es cierto, y no llevaban armadura ninguna, solo sus pechos al descubierto y una especie de taparrabos o pantalón corto...no recuerdo si llevaban los pies descalzos...es verdad, yo tampoco...uno llevaba botas, lo recuerdo porque alguien me empujó y casi caigo de bruces contra él...hablaban raro ¿verdad?...sí, emitían sonidos extraños, guturales...llevaban sables de diseños extraños, casi tiemblo de recordarlo...eran bonitas, yo quise llevarme una pero pesaba un quintal...eres tonto tío...calla boñiga..."

Altero escuchaba a sus compañeros distraído, sumido en sus propias reflexiones. Buscó con la mirada y allí, en una esquina oscura, al margen de los demás, yacía Saulum, ocultando su rostro con un brazo tal y como siempre hacía cuando trataba de dormir. No podía saber si ya dormía o sólo escuchaba la conversación sin participar en ella. Recordó de nuevo la lucha de esa mañana y repasó las escenas de sus actos por vigésima vez. Recordaba haber visto a Saulum luchar como un animal acorralado, pero sin el descontrol de un animal. Sus movimientos habían sido premeditados, calculados, salvajes pero ejecutados soberbiamente, con elegancia, como si bailase al son de una música armónica que sólo él escuchaba. Recordó como su empuje había animado a otros a romper el orquestado ataque de los curelingos y estos se habían visto obligados a recular.

Aquello había sido del todo desconcertante.

A la mañana siguiente, la Lanza de Altero fue reforzada, supliendo las bajas, llorados compañeros que no volverían a ver nunca más. Obligado por las nuevas órdenes, pasaría a contar bajo su mando el doble de hombres, dirigiendo él solo el destino de la Compañía de Puerta de Entrada. Ya no se limitarían a patrullar las montañas. Bajo un mando centralizado experto, Los Sin Madre se dedicarían a hostigar la frontera, buscando la confrontación allí donde contaban con mayor ventaja; en el bosque de la montaña.

Altero, al pasar revista, se acercó a Saulum para decirle algo, quizás felicitarle por su valiente actuación. Cuando llegó al final de la fila se encontró al mismo Saulum que había conocido siempre; un muchacho cabizbajo y ausente. Permanecía callado y en ningún momento elevó la mirada para encontrar la suya. No sabiendo que decir, se alejó para ir al frente y encogiéndose de hombros decidió concentrarse en la tarea de tener que dirigir a sus hombres.

Los siguientes meses fueron de combates y carnicerías constantes. Los Sin Madre lo hacían muy bien. Mantenían a los curelingos a raya e incluso



habían conquistado terreno. Los largos años de dura preparación obtenían ahora su fruto y Malquevich se frotaba las manos satisfecho en su morada en la capital al escuchar las nuevas que llegaban de la frontera de manos de los mensajeros. Los muchachos luchaban de una manera desesperada a la cual los curelingos no estaban acostumbrados. Luchaban así porque no tenían nada que perder salvo la vida, cosa que no parecían apreciar demasiado y por eso eran tan efectivos y mortíferos.

Con el tiempo, Altero se hacía más experimentado y dirigía mejor a sus hombres, tratando siempre de conseguir el mínimo de bajas amigas por el máximo de las enemigas. Miraba mucho por sus hombres y esto ellos lo sabían y apreciaban, por lo que ciegamente cumplían sus órdenes.

Entre sus hombres, la progresión que más le sorprendía era la de Saulum.

Quizás no había vuelto a destacar tanto como en la primera escaramuza pero seguía siendo más destacable que la mayoría de ellos y con un rendimiento por encima de alguno de sus mejores hombres o de aquellos que habían tenido carrera más brillante durante los años de instrucción. Seguía siendo callado y discreto pero había detalles que Altero no dejaba pasar por alto: había notado que en plena lucha Saulum hablaba con sus compañeros, les daba instrucciones de cómo proceder. Los demás le escuchaban y hacían lo que les decía. En momentos críticos en los que incluso Altero había perdido el control - como por ejemplo cuando por la presión del enemigo quedaba rota la comunicación entre los soldados de delante y los de retaguardia - Saulum se las había arreglado para mantener a los hombres unidos y repeler los ataques o volver a juntar las líneas. En ocasiones en la que había que huir, Saulum despreciaba la propia vida dándola por los demás, perdiéndose en heroicidades tales como enfrentarse él sólo a tres de esos formidables curelingos para dar tiempo a las lanzas a posicionarse cuando la línea de arqueros había sido sorprendida sin cargar los arcos aún, inspirando en los demás acciones atrevidas de un descaro poco común que hacía que la moral de las tropas se elevara como la espuma de una cerveza recién tirada.

Su respeto por aquel hombre aumentaba cada día.

Cierta vez, la batalla había sido especialmente cruenta. Alguien de los mandos superiores no había hecho bien su trabajo haciendo mal las cuentas y la oposición encontrada triplicaba la esperada. En plena desbandada, uno de los compañeros había tenido el infortunio de torcerse el tobillo y estaba vendido al enemigo. Saulum, huyendo de los últimos, se lo había encontrado llorando, sosteniendo la espada esperando a que llegasen los curelingos. Reconoció a su compañero. Era uno del grupo de amiguetes de Fedalar, uno que había sido especialmente cruel en bromas

y chanzas contra Badera y él mismo durante años. Rogando la ayuda de algunos compañeros, Saulum abatió a tres de los primeros curelingos en llegar y arrojando su mochila al suelo se echó al muchacho al hombro y como pudo, trató de huir apartándose de la dirección en la que más probablemente perseguirían al resto del grupo.

En silencio, auxiliando al muchacho que cojeaba lastimeramente, encontraron el camino de regreso a Puerta de Entrada y tras nueve horas recorriendo kilómetros de agreste geografía, lo consiguieron. La Compañía estaba allí y les habían dado por muertos. Fue la primera vez que Saulum tuvo una noción directa del aprecio que el resto del grupo le tenía. Incluso Altero se acercó a darle la bienvenida.

Esa noche, mientras el resto se preparaba para dormir y comentaban en susurros los acontecimientos del día, el muchacho se acercó cojeando al lugar donde Saulum trataba de conciliar el sueño.

- Saulum, Saulum, escucha.

- ¿Qué quieres?

- Quería darte...darte las gracias por lo que has hecho hoy...por salvarme la vida.

- No tiene importancia. Vete a dormir...descansa y cura ese tobillo. Te necesitamos sano lo antes posible.

- Pero quiero agradecértelo, me siento en deuda contigo...Nadie habría hecho lo que tú hiciste por mí y no sé cómo compensarte.

- No creo que haya nada que tú puedas hacer ahora así que olvídale y ve a dormir. Con tus agradecimientos será suficiente.

El muchacho, desconcertado, dio media vuelta y con la cabeza gacha se fue renqueante y aún con el ánimo inquieto.

- ¡Eh, espera!, hay algo que puedes hacer por mí.

- ¿Sí, qué es?

- No vuelvas a meterte con nadie. No te rías de nadie. Líbranos de tu lengua cruel. Que nadie sufra más por tus insultos. Eso te pido.

Muchos, que habían observado en silencio, comenzaron a reír quedamente cuchicheando entre ellos. El muchacho se alejó para buscar su cama mientras Saulum clavaba su vista en su espalda, sus ojos brillantes

reflejando la luz de los últimos candiles.

Altero, que también observaba, le alabó en silencio.

Era una guerra y como toda guerra ésta también tenía sus bajas y Altero se quedaba sin oficiales. El último de ellos, apenas un crío de catorce años, moría desangrado echado en una roca a la intemperie en lo más profundo del bosque bajo rociadas frías de agua de la lluvia de principios del invierno. Altero contemplaba como expiraba, frustrado sin poder hacer nada, espectador de la impotencia de los médicos por mantenerlo con vida. Con lágrimas en los ojos y visiblemente alterado fue a recorrer la fila de hombres cansados echados por el suelo hasta encontrar al que buscaba.

- Felicidades Saulum, eres mi nuevo segundo. Deja tu puesto en la fila y ven conmigo al frente.

Saulum elevó la vista lentamente, como saliendo de un letargo. Las gotas de la lluvia resbalando por su frente, recalando por sus pálidas mejillas.

- ¿Qué?

Altero, acabada su paciencia, fue a agarrar por las solapas de su chaqueta al muchacho y a fuerza lo levantó del suelo para ponerle de pie.

- ¡Estoy más que harto de tu actitud evasiva y ya va siendo hora de que tomes parte de lo que pasa a tu alrededor! Hace tiempo que acabaron los años de instrucción y todo el mundo sabe ya que no eres el pato que pretendías hacernos creer que eras, ¡se acabó la farsa!, ¿me oyes? ¡Y por los dioses que vas a ser mi segundo!

- ¿No hago ya suficiente?, ¿No es suficiente con seguir las órdenes, con hacer lo que me pedís que haga? – sonaba su voz lastimera.

- ¡Pues esta es otra orden entonces!, ¡Ven, te digo, porque ahora, lo quieras o no, tienes más responsabilidades!, ¡Se acabaron tus días de andar tratando de esconderte y de quedarte al margen!

Saulum permaneció callado, evitando la mirada directa de su superior. Altero quedó anonadado por su actitud. Saulum estaba allí mismo pero al mismo tiempo parecía no estar. ¿A dónde iba? ¿Cómo era capaz de tener esas ausencias y huir del mundo de esa manera? Como hipnotizado se quedó mirando las gotas que resbalaban por su nariz aguileña mientras pensaba esto. Relajó la presa sobre el muchacho dominado repentinamente por un arrebató de compasión posando sus manos sobre

los hombros del chico. Tomó aire exhalándolo en un largo suspiro lento y quedo.

- Saulum – dijo más tranquilo – Te necesito.

Vio como el joven se esforzó por mirarle a los ojos. Eran unos ojos cansados, viejos, casi sabios; los ojos de un niño de doce años asustado pero lleno del más inquebrantable coraje. De repente, Altero se encontró mirando a un desconocido, pues en la mirada de Saulum había algo que no había visto nunca antes. No supo por qué, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda desde el nacimiento. Un escalofrío de pavor. Pero la sensación fue breve y luego desapareció como si nunca hubiera existido.

De nuevo, el Saulum de siempre, le devolvía la mirada con aquellos ojos avellana.

- Está bien – capituló finalmente.

- ¿Sí?

- Sí, de acuerdo – expresó esta vez con más ánimo.

- Bien, no se hable más – sentenció mostrándole una sonrisa. Era la primera sonrisa sincera de Altero ese día.

- De acuerdo.

- Lo siento, he sido muy brusco. Bretany ha muerto allí atrás casi en mis brazos y he creído volverme loco.

- Lo sé.

Saulum abrió los brazos y Altero los aceptó abrazándolo también, llorando en silencio tratando de controlar las embestidas de la emoción que lo embargaban.

Alguien gritó la noticia y Los Sin Madre se levantaron para felicitar a Saulum demostrando su alegría con gritos, enarbolando sus brazos cerrados en puño, jaleando y cantando.

El mes siguiente Altero y Saulum hablaron mucho. En realidad Altero hablaba y Saulum escuchaba. Saulum comenzó a sentir cierto respeto por Altero compartiendo la mayoría de las opiniones de este en lo concerniente a estrategias, lo cual acrecentaba el grado de unión entre

ambos comenzando a sentirse cómodos el uno con el otro.

El segundo mes, Saulum comenzó a participar de modo más activo y discutió con Altero ciertas ideas de cómo organizar mejor la defensa o cómo coordinar mejor el ataque de las distintas Compañías. Altero escuchó, comprendió y luego compartió con sus superiores estas ideas que más tarde se pondrían en marcha.

Al tercer mes, Altero fue ascendido a señor de Compañía bajo el benévolo auspicio de Aropetus, quien pasaba la mayor parte de sus días postrado en su cama de la torre asesorando en estrategia militar a su protegido, con lo que Saulum ascendió a capitán y obtuvo el mando de la Lanza, quedándose de nuevo solo.

Bajo su mando, la Lanza se convirtió en una de las más activas en la frontera y de las mejor organizadas. El número de bajas era siempre el menor y su efectividad mortífera. Saulum contaba con la lealtad de sus hombres y estos respondían con el cien por cien el cien por cien de las ocasiones.

## Capítulo 5

4.

Al principio, su nuevo rol, le vino grande. Simplemente no se adaptaba.

Andaba malhumorado la mayor parte del tiempo y su entrecejo siempre fruncido en un signo de preocupación constante. Aceptó sus nuevas responsabilidades aunque aún sin saber muy bien porqué. Quizás porque la gravedad de la situación lo requería. Quizás por la insistencia con la que Altero se lo había exigido o más bien por el respeto que ese hombre le había ido inspirando los últimos meses. Simplemente atajó el hecho de que así debía ser.

Corría perpetuamente pegado a la sombra de Altero pendiente de sus órdenes y con toda la presteza de que era capaz, pasaba la voz y cuidaba de que se cumpliesen en una tensión constante e ininterrumpida, dando instrucciones marciales a voz en grito, siempre infatigable, corriendo de un lugar al otro. Muchas fueron las ocasiones en las que la ausencia de Altero obligaba al muchacho a tomar decisiones no siempre sencillas, a aceptar los errores y las alabanzas cuando estas venían con su de continuo humor estoico.

Saulum, en un principio, pensó que carecería del carisma suficiente para inspirar confianza y lealtad en los hombres, pero pronto, el discurrir incesante de los hechos le hizo olvidarse de sus dudas y ponerse a la tarea con toda la firmeza de que era capaz de reunir.

Y no le salió tan mal, sino todo lo contrario.

Con los meses fue ganando en confianza y hasta llegó a un grado de desenfado tal como para desobedecer órdenes directas prefiriendo el propio criterio o incluso improvisar maniobras de su propia inventiva. Esto a veces traía de cabeza al propio Altero que con enojo asistía a esos desplantes aunque este no podía negar la inteligencia y pericia de su segundo por lo que prudentemente callaba o dirigía sus rapapolvos intencionadamente con buen criterio.

Los Sin Madre se preparaban para repeler una ofensiva a gran escala de los curelingos en la frontera norte. Era una zona frondosa de difícil acceso pero los curelingos, a tenor por los informes de los ojeadores, estaban decididos a llevar a cabo tal empresa. Lo escarpado del terreno hacía difícil tanto el ataque como la defensa por lo que ambos bandos tenían las mismas posibilidades.

El cuerpo de estrategias del ejército meditaba qué hacer delante de un mapa desplegado sobre la superficie de una mesa colosal mientras Altero

y otros jefes de Compañía discutían con expresiones serias los pros y contras de una línea de acción. Bujías de aceite crepitaban iluminando la carpa. Una tos áspera se hacía audible por encima de las voces. El viento fuera hacía mover las ramas densas de hojas que producían ese distintivo sonido parecido al del caer de gotas de lluvia.

Era una reunión poco ordinaria: el ejército, vitalizado por el ascenso del tirano había ganado en presencia y poder. Consideraban que Los Sin Madre no eran suficientes para mantener la frontera contra los curelingos. Fue frustrante comprobar que desde la llegada del ejército a la gran montaña los encuentros con los curelingos se contaban por derrotas. Los viejos generales curtidos en proezas en el sur habían querido hacerse con el control arguyendo su mayor experiencia como única credencial suficiente. Para ellos, Los Sin Madre seguían siendo unos huérfanos sin guía. Unos salvajes de la montaña, analfabetos e ineficaces.

Saulum estudiaba con ojos vacíos el mapa, hastiado de discusiones sin fin y de hurañas caras. Los ojeadores, con la cadencia de un reloj, entraban apresurados jadeantes y sudorosos en la tienda de campaña, reportando las últimas novedades. Estas no eran buenas. El avance estaba teniendo lugar y no se hacía nada. El ejército con su maquinaria burocrática estaba perdiendo la guerra.

Altero, cansado de lidiar con viejos generales inflexibles hizo unas señas al resto de jefes de Los Sin Madre y se dispuso a abandonar la carpa. Uno de los generales le interpeló que esa actitud podría ser considerada como de traición por lo que hubo de frenar su arranque.

- No llegamos a ningún acuerdo y la frontera cae hecha pedazos. ¿Pretendéis que me quede aquí con los brazos cruzados? Los Sin Madre somos hombres del bosque, no de carpas ni de reuniones de estrategia. Así ha sido siempre hasta que el ejército comenzó a interesarse por la frontera.

- Altero, cuida tus modales y mantén un tono de respeto hacia nosotros. Esta situación no es nada que el ejército no pueda solventar en un santiamén. Está decidido. Mantén a tus tropas en la retaguardia. Servirán de refresco a las nuestras en caso de que lo necesitemos.

- Estás infravalorando la capacidad de mis hombres. Serán un desperdicio en la retaguardia.

- Mi señor, Altero tiene razón. He formado a estos muchachos durante todos estos años y es mucho de lo que son capaces. – Aropetus habló, sorprendiendo a todos pues había estado sentado en un butacón en una esquina cubierto de mantas hasta los ojos.

- No lo dudo pero no es lo que se está discutiendo aquí. Sólo tienen que acatar las órdenes y ya saben cuáles son. Ahora, pueden irse.

Airados y molestos Los Sin Madre abandonaron la carpa. Altero parecía tener toda una tempestad rondándole la frente. Saulum, algo más rezagado, observó a los soldados, regulares de la capital, pertrechados con petos de acero, escudos en forma de elipse con animales en pose de amenaza dibujados en ellos, marchando hacia el frente en ordenada formación y paso marcial. Le parecieron fornidos, hombres bien adiestrados pero pensó que no tenían nada que hacer contra los curelingos. Altero se volvió hacia él mientras marchaban y le hizo una señal para que se acercara.

- ¿Qué piensas?

- No tienen nada que hacer.

- Ya. ¿Y nosotros?

- He estado pensando.

- ¿Y...?

- Vamos a retirarnos hasta la cornisa del este. Hacia los barrancos. Lo haremos de modo que parezca una huida pero hay que hacerlo ordenadamente. Que crean que lo han conseguido. Entre los alerces, abetos y píceas nosotros seremos más fuertes. Haremos lo que mejor sabemos hacer, golpear en el abrigo del bosque.

Altero se volvió a mirarlo para mantenerle la mirada asintiendo pensativo.

- Hay algo más.

- ¿El qué?

- Estudiando el mapa me he dado cuenta de que existe algún tipo de asentamiento por esa zona. Los generales no lo mencionaban nunca en los planes que hacían pero me ha parecido importante. Parecía algún tipo de hacienda rica, algo así como un castillo de un noble, ¿en mitad del bosque?

- Ya, sé a lo que te refieres. Son las tierras de Elidante.

- ¿Quién? – Preguntó Saulum con la confusión pintada en sus ojos.

- Elidante es un anciano ricachón que empleó su fortuna en reconstruir un viejo torreón del ejército, convirtiéndolo en su morada de verano.



Imagínate, la frontera en guerra y ese viejo chocho se va a retirar sus últimos años a una zona en guerra.

- Bueno, ¿y es un problema?

- El vejiga de buey se hizo rodear de un harén de prostitutas a parte del servicio que tenga a sus órdenes. Habrá que mandar a alguien para darles aviso y de que hagan el petate. Ocupate de todo Dadrian. Saulum, amigos, venid, organicemos la "retirada".

La férrea defensa del ejército de Malquevich no pudo con la segunda ola de atacantes y fue machacada sin piedad. El terreno fue utilizado más inteligentemente por los curelingos que en amplias batidas obligaban a retroceder a las mal organizadas líneas del ejército defensor. Los generales increpaban, sus rostros rojos y las venas marcadas en frente y cuello, la saliva salpicaba con cada orden pero cada una de ellas en vano, la comunicación entre la retaguardia y la vanguardia rotas y en desbarajuste caótico. La guadaña curelinga segaba las vidas de curtidos hombres de campañas del sur. La retirada para salvar la vida no se hizo esperar: las armas eran arrojadas al suelo para ganar ligereza al correr, pero igualmente caían pues lo escarpado de la montaña en esa zona hacía complicado el ascenso; única vía de escape y a la sombra de los alerces, la sangre de los hombres era derramada.

Los Sin Madre asistieron impertérritos a la masacre, casi ajenos del dolor de sus aliados. Tal había sido la situación los últimos meses que más que aliados parecían usurpadores.

La hora en la que iban a luchar por lo suyo había llegado.

Los ojeadores avisaron del avance ordenado curelingo y tal como se había pactado Los Sin Madre, las diez compañías al completo, iniciaron la retirada, no sin antes marcar algún cuerpo con alguna saeta perdida disparada con mala idea para así azuzar al enemigo y animarlo a emprender la persecución. Los Sin Madre, altamente disciplinados, no perdieron en ningún momento la cabeza y con la frialdad del que sabe lo que hace fue llevando al enemigo por donde era su voluntad.

Los grupos se dividían, con el objeto de dividir también a los perseguidores. Se revolvían a veces para iniciar amagos de encuentros cara a cara pero en eso quedaban, en aislados amagos para luego reemprender prontamente la huida. Los Sin Madre conocían mejor el bosque y sus ágiles y robustas piernas les llevaban de piedra en piedra, de raíz flotante a raíz flotante como si de cabras montesas se trataran. Más de un curelingo quedaría asombrado con tal destreza y agilidad en el movimiento. Eran como sombras entre las sombras: rápidas, inquietantes,

mortales.

Saulum, con su Lanza de veinte de Los Sin Madre era de los más adelantados. El cansancio se hacía notar pero no podían cejar todavía, no cuando estaban tan cerca de conseguirlo.

De vez en vez, un silbido particular llegaba a sus oídos a través de la densa espesura del bosque. Eran señas pactadas por ellos. Le informaba de que todo iba según lo previsto y la buena noticia le permitió relajarse un poco. Pero la relajación no duró mucho: un explorador se había adelantado hasta el torreón del viejo Elidante y volvía con expresión contrariada.

- El viejo ha huido pero ha dejado atrás a su harén y a la servidumbre.

- ¿Cómo? – Saulum todavía trataba de calcular las consecuencias.

- El torreón está lleno de mujeres. Son al menos quince. La mayoría son jóvenes que no llegan a la quincena y un par supera el medio siglo.

- Que les den. Están condenadas. – Isilbrur, un gran muchachote de más de cien kilos de peso bufó y pateó el suelo mientras miraba hacia atrás en busca de curelingos.

- Damiloveq. Guía al grupo. Dirígete a la derecha del torreón. Tengo que ver eso con mis propios ojos. – Saulum corrió junto al chico que hacía las veces de explorador y se dejó guiar por este. En cuestión de instantes, con zancadas vigorosas ambos subían las escaleras que llevaban a la abertura del torreón. Una gran puerta reforzada que solo hubieron de empujar para entrar, daba a un pequeño patio interior. Dentro del edificio el chico guio a Saulum por unos pasillos hasta dar con una sala principal. Al irrumpir los dos en esta, varias figuras que había en su interior se levantaron precipitadamente y elevaron delante de si unas espadas herrumbrosas.

Las manos que las sujetaban temblaban de puro pánico.

Saulum pudo verlas mejor: se trataba de un grupo de unas quince mujeres tal y como el chico las había descrito. Vestidas con togas de seda algunas o camisones con capuchas que ocultaban sus rostros, sus gemidos y lloriqueos no ocultaban su género. Ojos llenos de intenso miedo le devolvieron la mirada inquisitiva. Eran ojos enrojecidos e inflamados por las lágrimas. Unas se interponían entre él y las demás en un sentimiento protector, que aunque fútil, el joven encontró muy valeroso.

Saulum no dijo nada. Dudó un instante y luego tomó una decisión.

- Compañero escucha esto: vuelve al grupo y di a Daviloveq que guíe al grupo y que no se salga de la ruta establecida. Toma este mapa y entrégaselo, él sabrá que hacer.

- ¿Y tú?, ¿Qué vas a hacer?

- Aun no he terminado. Volverás aquí de vuelta con otros cuatro, que serán...a ver, espera, Ferald, Damel, Isilbar.... y Traguerd. Diles que se apresuren. Apresúrate tú también. Ve, ¡ahora!

Saulum observó al explorador marchar corriendo y luego se volvió a contemplar al grupo de mujeres. Sin saber muy bien a quien dirigirse, refirió una pregunta al grupo: - ¿Por qué no abandonaron el lugar cuando se les advirtió del peligro?

- Nuestro señor nos ha abandonado. – Una joven de labios llenos, ojos verdes y cabello dorado le contestó acercándose a él. Sus manos, a la altura de su pecho, se aferraban a la capa que la tapaba.

- No había monturas suficientes para todas y el único carro tirado por bueyes estaba ocupado por el viejo cabrón. Aquí hay mujeres ancianas que no podían andar por los caminos embarrados de la montaña. Su salud es débil. Decidimos el resto quedarnos y defender nuestras vidas. – Otra joven se acercó a la primera poniéndose entre esta y Saulum. Su rostro enmarcado por un cabello castaño casi mugriento era menos agraciado que el de la primera mujer, pero sus ojos eran más intensos y ardían con un fuego extraño. Eran unos ojos casi bonitos a pesar de que el resto no acompañara en belleza.

- Eso ha sido estúpido. Debieron huir mientras tuvieron ocasión.

- No sé quién se cree usted que es para decidir si nuestros actos son estúpidos o no. Tenemos armas aquí y las utilizaremos. ¡No necesitamos a ningún hombre! – Una tercera muchacha se unió a la conversación. Era más niña que las dos primeras y sus ojos llorosos expresaban un odio intenso. Saulum dudó en pensar si ese odio no lo había ocasionado él con algo que hubiera dicho.

- No digas tonterías niña. El hombre tiene razón. Nos hemos comportado como unas yeguas menopáusicas y sin sesos. Y temo que todo esto por nuestra culpa.

- Madre, ¡No digáis eso!, ¿Cómo íbamos abandonaros? ¿Cómo cabe en vuestra cabeza que íbamos a tener el coraje de dejaros morir a manos de esas bestias? - La joven de ojos intensos habló entre gemidos y jadeos mientras ayudaba a incorporarse a una arrugada y encorvada mujer.

- Soy una vieja inservible que ya todo lo ha hecho en esta vida y que nada más tiene que ofrecer, ¡y no me rechistes! Mire, joven señor,- Sus ojos grises se elevaron para encontrar los del muchacho. - la verdad es que estas niñas son muy niñas, más llevadas por el corazón que por la cabeza. No pensaron demasiado en las consecuencias y ahora ya es demasiado tarde. Os ruego que si algo podéis hacer por ellas os estaría eternamente agradecida y desde el cielo rezaré por vos y vuestra suerte. Son medio tontas todas pero las quiero como si fueran de mis mismas entrañas Algunas incluso lo son, ¿no es así mi niña? – Dijo volviéndose a una de ellas acariciándola el cabello y limpiando las lágrimas que le caían por las mejillas.- Mírelas que inocentes y que desvalidas joven señor.

- Seremos inocentes pero para nada desvalidas madre, ¡se lo demostraremos!

- Mira que saliste cabezona Baradawen. Tu insolencia ya era un castigo, ¡pero esa bravuconería es toda una maldición, muchacha!

- No tendrían nada que hacer contra los curelingos. Mucho menos con esas espadas oxidadas, reliquias de guerras pasadas. – Saulum se quedó observando curioso la espada que sostenía la muchacha llamada Baradawen: una hoja con vetas color óxido y filo agrietado y se preguntó de dónde habrían salido. – Pero no las van a necesitar. – Saulum mudo el semblante a otro más serio y elevó la voz para ser escuchado por todas. Empleó la misma voz que empleaba con sus hombres para prepararlos para la lucha. – Señoritas escuchen; cada una de ustedes se avituallará con comida para tres días de camino: sobre todo pan, galletas de cereales, frutos secos, algo de queso, carne seca y una cantimplora de agua por persona. Lleven una muda de ropa, no más. Algo de ropa interior limpia y manténganla seca en lo posible. Disponen de diez minutos. ¡Muévanse! – Nadie se movió ni hizo amago de moverse. Se le quedaron mirando como ciervos delante del cazador y luego se miraron entre ellas con ojos llenos de incertidumbre. La más niña, la de los ojos con odio pareció dispuesta a soltarle una réplica pero la vieja se la adelantó.

- ¡Vamos estúpidas, moveos! ¡Haced lo que os dice! ¿O es que tenéis pensado quedaros aquí a esperar a que los diablos rojos vengan a abrirnos las tripas y a comérselas! ¡Vendrán con sus falos iniestos para introducirlos en vuestros inexpertos coños de vírgenes! ¡Haced lo que os dice!

La joven a la que la vieja llamó por su nombre, Baradawen se le quedó mirando con inquina, sus labios apretados en gesto hostil pero al final bajó la mirada ante él y fue a buscar sus cosas, dejando a la vieja madre a una de las niñas más jóvenes.

Cuando llegó el resto de compañeros, las mujeres estaban ya casi listas. El ojeador saludó a Saulum, le susurró algo al oído y luego despidiéndose del resto abandonó la sala echando una última mirada al grupo de mujeres. Traguero, un joven alto y espigado de cabello color pajizo escupió al suelo al ver el panorama.

- ¿Qué diantre pasa aquí? ¿Qué es esto? ¿De qué prostíbulo han salido estas? – La niña, la de los ojos impregnados de odio, escuchó el comentario y con un grito se lanzó contra el asombrado guerrero pero la muchacha de ojos verdes la alcanzó antes, deteniendo su impulso y se la llevó aparte, tratando de tranquilizarla susurrándole al oído mientras esta trataba de deshacerse de su presa.

- Muchachos. Esta es una misión de escolta. Hemos de llevarlas con vida al otro lado de la montaña, hacia el valle.

- Pero ¿cómo, Saulum? – Dalem era el mayor de todos. Una mata de pelo rojo le tapaba parte del rostro. – ¿No deberíamos estar con el resto de los muchachos? Van a necesitarnos cuando nos revolbamos para patear el culo a esos rojillos.

- ¡Sí claro! – Isilbar era el más joven y el de menor estatura. Agarraba con nerviosismo su arco con una mano mientras que con otra acariciaba las plumas de la saeta que tenía lista para lanzar en cualquier momento. – Esto es una completa pérdida de tiempo. Míralas. No hay manera de que crucemos la Grande con esas dos ancianas. Nos retrasarán tanto que los ojeadores curelingos no tardarán en dar con nuestro rastro y con nuestras cabezas.

- No suelo estar de acuerdo con el cabeza de chorlito pero esta vez Isilbar tiene razón, Saulum. Mejor volvamos con el resto. – Ferald, el más robusto de los seis daba la espalda a los demás mientras estudiaba los contornos del bosque en busca del enemigo.- Esta misión tuya tiene todos los trazos de ser un desastre. Además; con mujeres por medio esto está gafado de todas, todas.

- ¡Ya podéis largaros que nadie os ha pedido que vinierais! – Otra muchacha a la que hasta ahora Saulum no había escuchado hablar fue la que así habló en tono agrio.

- ¿Y qué le pasa a la histérica esta? – Ferald se volvió para encarar a la chica a la que superaba en varios palmos de altura para mirarla desde arriba con arrogancia.

- Haya paz muchachos. – Saulum comenzaba a perder la paciencia y se interpuso entre ambos, empujando a su compañero a un lado mientras sostenía la mirada de la joven. Esta bajó la mirada reprimiendo un comentario y volvió a la fila de las demás mujeres. – Escuchen

compañeros: ya saben que no soy de esos que se tome muy en serio esto de la jerarquía militar o que guste de dar órdenes, por lo que en este caso tan extraordinario no lo voy a hacer y sois libres de volver con la Lanza. Sólo os ruego que escuchéis lo que tengo que decir.

- ¡Habla ya entonces, hombre! – Bufó impaciente Traquerd mientras se limpiaba el sudor de la frente y vigilaba por las troneras la venida de algún posible enemigo.

- Hay un paso no lejos de aquí por los barrancos, vosotros lo conocéis. Sabéis que es un laberinto que sólo nosotros Los Sin Madre conocemos. Si andamos algo ligeros, con disciplina y organización podemos hacerlo. El bosque es nuestro aliado. Sois los mejores y por eso os he mandado llamar. Sé que juntos podemos hacerlo.

- Has acertado en eso último que has dicho compañero, ¡Somos los mejores!

- ¡Di que sí, amigo! – Ferald sonreía a cara de perro y su expresión se tornó terrorífica. Algunas de las muchachas se atemorizaron un poco y se apartaron detrás de sus compañeras.

- No me parece mal plan Saulum y existen probabilidades de éxito. Pero contéstame a esto amigo, ¿Por qué arriesgar la piel por este grupo de...mujeres?

Saulum creyó adivinar lo que Dalem había estado a punto de decir: la palabra "zorras" apareció en su mente nítida como rocío de la mañana bajo la luz del alba. Al ver pintadas el ultraje y la indignación en algunas de las caras de las muchachas entendió que estas también habían entendido el tono de las palabras del guerrero. Saulum regaló a su compañero la expresión más seria que pudo componer. En su mandíbula se dibujaron finas líneas de tensión y su entrecejo fruncido arrugó su frente.

- Por nuestras madres, amigo. Por nuestras madres.

Ferald se volvió hacia Saulum y su sonrisa desapareció por completo de sus labios. Los dedos nerviosos de Isilbar dejaron de acariciar el plumaje de la flecha. Traquerd se apartó de la tronera un instante y también centró la atención en Saulum. Dalem se pasó la mano por su mata de pelo rojo.

- Muy bien. ¡Nos vamos! – Ferald se acercó al grupo de mujeres y con voz tronante las arengó. – Formen parejas y nunca se separen de la persona que tengan a su lado. Formen en fila india y no pierdan de vista a la persona que tengan delante. Andaremos a buena marcha y es importante

esto: no se pierdan de vista las unas a las otras.

Baradawen, quien se había proclamado portavoz del resto ya a esas alturas se acercó implorante al hombretón. - ¡Nuestra madre no puede andar! Va a necesitar ayuda.

- Esperen un momento. – Dalem abandonó la sala y al rato volvió con lo que parecía un par de baldas recias de una estantería, probablemente de las cocinas. Con un cuchillo y telas improvisó un banco que podía ser llevado por dos personas sosteniéndolo en cada extremo, anudado a los hombros con cuerdas para hacer más leve el peso. Las ayudó para que acomodasen a la madre en ella. Dos de las jóvenes más robustas no tuvieron problemas para llevarla en volandas, tan poco pesaba la mujer anciana. Lo mismo hizo con la otra anciana la cual no dejaba de dar las gracias con voz ahogada mientras dedicaba bendiciones al joven pelirrojo y a las muchachas que la llevaban.

Felard pronto tuvo dispuesto al grupo y con una señal indicó a Saulum que todo estaba listo. Saulum se volvió hacia Isilbar y Traguerd y les indicó que fueran primero a inspeccionar la salida. Raudos salieron del torreón y al rato se escuchó la señal que indicaba que el camino estaba expedito. El grupo, encabezado por Saulum y cubierto por Dalem y Ferald en la retaguardia se dispuso a abandonar el patio interior del torreón y salir al bosque.

Saulum escrutó detenidamente el bosque a sus espaldas y repentinamente sintió una gran urgencia. Los ruidos habituales del bosque estaban ahora apagados, como si el mismo bosque sintiera miedo, como si esperara, como si supiera de que una gran catástrofe iba a ocurrir.

En lo alto del cielo azul observó el vuelo de una gran ave, un halcón, probablemente una de las aves de Citrino, jefe de cetrería de Los Sin Madre. Hacía guardia y señalaba la posición del enemigo. Saulum casi pudo distinguir el filo blanco de sus alas y eso le hizo temer; quizás la huida había sido emprendida demasiado tarde.

Corriendo a la retaguardia ayudó a incorporarse a una de las jóvenes que había tropezado y la animó a apretar el paso. Con susurros apremiantes las hostigaba tratando de ser lo más sensible que las circunstancias se lo permitían. Dalem llegó a su altura y vio también en sus ojos la alarma. Saulum asintió grave y con una señal le indicó a él y a Ferald que limpiasen las huellas tras ellos, tarea a la que se pusieron raudos.

Saulum, ahora en la retaguardia, contemplaba el lento paso del grupo y notaba crecer en su interior la impotencia. Otra de las jóvenes calló abriéndosele en la caída la mochila y quedando su contenido esparcido por el suelo. Algunas de las más jóvenes chillaron y se abalanzaron torpemente a ayudarla. Saulum, en la apoteosis de su frustración las

interpeló duramente y las mandó callar con un gran enojo pintado en su cara a lo que las muchachas enmudecieron y a la luz del mediodía también parecieron palidecer. Con un empujón devolvió a la muchacha a la fila. Traguerd que retrocedió al notar que algo iba mal atrás se ocupó de rehacer la fila y las mandó continuar mientras Saulum trataba de recoger del suelo lo que se había caído: fruta, bolsas de carne seca en su mayor parte, pero también algo más que hizo que Saulum se sintiera traicionado: había piezas de oro y plata, lo que parecían ornamentos de algún tipo extraídos torpemente, quizás de la cabecera de una cama o algo parecido. Saulum no se detuvo en analizarlo para saberlo mejor. Malhumorado no dijo nada pero sí metió la comida en la mochila mientras que el oro lo metía en otra bolsa y lo apartaba para llevarlo con él.

Con mal gesto devolvió la mochila a su dueña y adelantándose se acercó a Baradawen para mostrarle lo que había encontrado.

- Sí alguna de ellas lleva más quiero saberlo. Creo que dejé bastante claro que sólo llevarían lo necesario. Esto nos retrasa. – Baradawen le miró dura y altaneramente pero luego pareció recapacitar y apartó la mirada para clavarla en la espalda de quien tenía delante.

- Les diré que arrojen el oro.

- ¡No! No quiero que vayan arrojando el oro por el camino, isólo faltaría ir señalando nuestra ruta a los curelingos! ¡Arrojémonos a sus aceros ya, en lugar de postergar la muerte! Seguirán caminando con la carga y diles que aceleren o moriremos todos. Y una cosa más, diles que permanezcan calladas, no quiero un grito más o yo mismo les cortaré la garganta.

Baradawen se volvió a él con una mezcla de miedo y odio en los ojos pero ante la insistencia de la mirada de Saulum sólo pudo asentir y callar. Vio en sus ojos que podría cumplir su amenaza y prefirió la cautela a la confrontación.

Saulum se detuvo hasta quedar en la cola. Con hastío ató el saco con el oro a su cinturón y esperó a ver regresar a sus compañeros, los cuales no tardaron.

- Hicimos un buen trabajo y por el momento creo que no nos han detectado. El halcón de Citrino vuela ahora más al oeste pero no me fío. Esos curelingos plagaran de ojeadores el bosque y es cuestión de horas que encuentren el rastro. – Felard no dejaba de mirar en derredor. Su cabeza afeitada era un reguero de sudor y venas marcadas.

- No perdamos la calma. Una vez en los barrancos en lo más profundo de la montaña podremos relajarnos un poco. Ahora tenemos trabajo de pastores. Azucemos a esas ovejitas para que se den prisa. – Al comentario los dos muchachos rieron entre dientes por lo bajo y apretaron



el paso para alcanzar al grupo que ya se perdía por un recodo.

A la media hora de huida furtiva. Baradawen se apartó de la fila y se acercó a Saulum en silencio buscando sus ojos como pidiendo hablar.

- Dime.

- Las niñas se cansan de llevar el peso. – Se refería a las que transportaban a las señoras mayores. Saulum se volvió a mirarlas y percibió el cansancio en sus ojos sus rostros y sus gestos.

-Turnaos entre vosotras. Detendré un momento la marcha. Apresuraos. – Baradawen permaneció a su lado sin parecer haber terminado. - ¿Qué más ocurre?

- Sólo tres más de nosotros podríamos hacer de porteadoras. El resto son niñas más débiles o demasiado jóvenes para llevar el peso. – Sus ojos se volvieron implorantes hacia él. Saulum emitió un leve suspiro y se alejó de ella marchando al frente de la comitiva.

- Traguerd, Isilbar. Detenemos un momento la marcha.

- ¿Por qué?, ¿qué ocurre?

- Traguerd ve con la muchacha. Ya sabes cuál. Tienes que ayudarla a transportar a las viejas.

- Pero Saulum, ¿te has vuelto loco? No quiero que un acero curelingo me encuentre llevando a una de esas viejas condenadas.

- Traguerd...

- ¡Por el fuego de los infiernos! ¡Elige a otro en mi lugar!

- Ayudaremos por turnos. Primero tú, luego Isilbar, luego Dalem. – Saulum parecía tajante.

- Venga muchacho, ¡Saulum te ha dado una orden, no nos tengas aquí toda la tarde! – Divertido le imprecó Isilbar mientras palmeaba la espalda de su compañero.

- ¡Cállate tú, come mocos!, ¡que ya voy! – Resignado, el muchacho aseguró su arco como pudo junto a la aljaba además de ajustarse la espada y sin añadir nada más se acercó a un lado de la silla improvisada y con un gemido de esfuerzo elevó a la anciana ayudado por Baradawen. Esta, ante el empuje del joven, casi se vio sorprendida resbalando brevemente hasta punto de caer, pero las muchachas que estaban detrás la sujetaron a tiempo. A la señal el grupo se puso de nuevo en

movimiento.

La siguiente hora de marcha transcurrió en absoluto silencio. Las mujeres parecían haber aprendido a mantener la boca cerrada, ni a quejarse se atrevían. La gran montaña era un muro que se extendía hacia el cielo cuando llegaron a su falda. El bosque se hizo más denso y agreste dificultando el avance pero nunca lo justo para detenerlos. Los guerreros se sintieron entonces más a gusto ocultos en lo más profundo del bosque pero no por ello bajaron la guardia. El estrecho sendero serpenteaba por la poblada montaña: los arbustos de bayas crecían casi por encima de sus cabezas golpeando sus rostros y sus piernas desnudas. Espinas malintencionadas dejaban surcos sangrantes en las mejillas y un desagradable escozor que enrojecía la piel. Las raíces flotantes eran traicioneras y más de un pie, incluso pies entrenados, trastabillaban prometiendo una aparatosa caída. El cielo azul iba cambiando de tonalidad según el sol descendía constante hacia su escondite tras el horizonte pero el clima se mantenía seco y la temperatura era agradable. No obstante, en torno a la cumbre de la Grande, unos cúmulos de nubes iban haciendo presencia y parecían listas a descargar de lluvia. El bosque pareció ganar en sonidos: ya las perdices y otras aves emitían sus cantos y más de una vez atisbaron a lo lejos grupos de ciervos sorprendidos en pleno manjar o alguna liebre correteaba con las grandes orejas pegadas al cuerpo zigzagueando por entre la maleza.

La lluvia los encontró todavía caminando y aunque Saulum captó las miradas implorantes, las ignoró dando instrucciones de que la marcha no debía detenerse. Hacía ya tres horas que habían partido y calculaba que habrían andado un trecho nada desdeñable pero aún no habían llegado a la falda de la Grande y dado con el paso a través que les conduciría al valle.

## Capítulo 6

5.

La lluvia caía ahora torrencial y los rostros grises de las mujeres expresaban una silenciosa resignación. Saulum dio la bienvenida a la lluvia. Esta limpiaría de huellas el sendero, dándoles una inapreciable ventaja sobre posibles perseguidores. Sonrió y se permitió ser optimista. Sediento, abrió la boca para recibir la sabia del cielo.

- Saulum, la puerta. – Isilbar tiró de su manga para señalarle más adelante. Efectivamente; dos columnas de piedra natural se elevaban equidistantes hasta quince metros del suelo. La abertura entre ellas, de la amplitud del pecho de un hombre, dejaba adivinar unos escalones de roca que ascendían hasta perderse.

Era lo que Saulum esperaba encontrar desde hacía un buen rato.

- Fantástico. Hagamos una parada de una hora. Acamparemos en alguna de las terrazas, pero antes de seguir hay algo que debemos hacer.

Bajo una de las columnas se habría un resquicio seco donde el grupo se arrellanó agradecido del descanso. Algunas de las muchachas utilizaron hojas para llenar las cantimploras y refrescarse o probaron algún bocado. Las ancianas descalzaban a las más pequeñas y les masajearon los pies para liberarlos de la tensión y mantenerlos secos mientras durase el reposo. Ferald y Dalem salieron en reconocimiento mientras el resto se permitió un momento de relax.

Saulum arrojó la bolsa que contenía el oro al suelo en medio de las mujeres sentadas y se dirigió a ellas.

- Quiero que se deshagan de todo el oro que estén portando y lo arrojen ahí. – Sus palabras fueron recibidas con inusitada frialdad y miradas hostiles. – Creo que no comprenden. Normalmente soy parco de palabras y detesto explicarme cuando lo único que espero es que se cumplan mis órdenes. Con ustedes haré una excepción puesto que evidentemente no son mis hombres ni están a mi mando, o al menos eso es lo que creen. Así que me explicaré lo más que me permita mi escaso don de palabras. No me he ganado vuestra simpatía ni lo pretendo. No soy simpático. Ustedes no se dan cuenta de lo cerca que han estado de perder la vida. No tienen ni la más mínima idea. Tampoco se dan cuenta del peligro que corren aun ahora porque no conocen al enemigo al que se enfrentan. No voy a entrar en detalles ni contarles historias para meterles miedo. Sólo quiero que entiendan esto: estamos inmersos en una guerra y el enemigo no muestra clemencia. Si no somos más rápidos que ellos nada podré hacer para protegerlas. Si nos atrapan...Lo pondré de este otro modo: he

adquirido libremente la responsabilidad de llevarlas a un lugar seguro y estoy totalmente comprometido con esta intención pero necesito que me ayuden. He comprometido también a mis hombres. Si siguen sin colaborar, en el momento en el que nos alcancen los curelingos, les prometo que ordenaré a mis hombres que huyan, dejándolas a su suerte, porque no seré responsable de la muerte de mis hombres solo porque un grupo de mujeres avaras prefirieron cargar con oro a caminar más ligeras.

- Pero, ¿qué será de nosotras cuando consigamos atravesar la montaña y estar a salvo en el valle? ¡El oro nos asegura un futuro! ¡Sin él no tendremos sustento! - Imprecó Baradawen.

- Siguen sin comprender – Dijo Saulum meneando la cabeza. – Si nos alcanzan no habrá futuro. No quedará nadie que se gaste su oro.

El silencio se extendió y las caras sombrías se miraron las unas a las otras. Una de las más jóvenes, Kaela se llamaba, la que le mirase con odio allá en el Torreón, fue la primera en hurgar en su bolsa y comenzó a extraer objetos para arrojarlos junto al hatillo que Saulum había arrojado al suelo. Sus ojos verdes sostuvieron su mirada. Sus pequeños labios se apretaban en una fina línea. Cuando hubo terminado se elevó de hombros como diciendo que eso era todo y regresó con las demás. La anciana madre sonrió y se la acercó para darle un beso en la frente y susurrarle al oído palabras de apremio por su valor. El resto, ante el gesto de aprobación se animaron a imitar su ejemplo.

Cada una de ellas portaba algún tipo de objeto de valor que arrojaron junto con los otros y las mochilas se notaron entonces menos llenas. Al cabo de un rato, la última había arrojado una caja labrada con bajorrelieve en cuyo interior Saulum halló alhajas y pendientes de diseño hermoso.

- Me alegro profundamente de que la razón haya imperado al fin. Espero que todo lo que está es todo lo que es y que podamos mantener a partir de ahora, sino una relación de agrado mutuo, sí una de respeto y honestidad. Nuestras vidas van a depender de ello. – Sin decir más se volvió hacia Isilbar y le indicó que le ayudase a recoger todo el oro de las mujeres. Cuando lo tuvieron en varias bolsas dio instrucciones para que junto con Traguerd se adentrasen en la espesura y lo ocultasen sin dejar posibles rastros para los curelingos.

- ¡Eh, amigo! Estas joyas son realmente preciosas. ¿Pasaría algo si me quedase con algunas de ellas? - Traguerd admiraba maravillado un collar de oro en cuyo extremo colgaba un diamante.

- Traguerd, no les pedí que lo entregasen para que te lo quedases tú. Ellas han cumplido, no traicionemos ahora su confianza en nosotros. No somos

bandidos de poca monta.

- ¡Era una broma hombre! Aunque esta piedra es condenadamente bonita. Anda vamos pequeño – dijo Traguerd dirigiéndose a Isilbar y guiñándole un ojo a Saulum – vamos a cavar un buen agujero donde enterrar estas bagatelas.

Protegerlas. No pensaba en otra cosa y se sentía estimulado. En ocasiones dedicaba unos segundos en preguntarse en cómo le iría a Los Sin Madre. Pensó en Altero y esperó que no se enojase demasiado con su nueva desobediencia, pero pensó que la participación u ausencia de cinco hombres no marcaría mucha diferencia, Seguramente podrían pasar sin ellos.

Aquello que hacían era de algún modo más importante, no era sólo luchar con el enemigo sino poner vidas a salvo. Pensó en cómo hasta ahora su rol había sido el de un guerrero, el de hacer la guerra y decidió que le gustaba más su nuevo papel como pastor de este rebaño tan peculiar, salvaguardar la vida en lugar de arrebatarla.

Saulum se descubrió a sí mismo observando con interés a las mujeres. Le parecían seres extravagantes y ajenos a todo lo que hasta ahora había conocido. Recordaba a sus hermanas cuando por primera vez pisaron el bosque pero hacía ya tiempo que las habían separado y apartado de la frontera salvo las pocas que portaban arcos y espadas que eran las menos. Las encontraba dulces y frágiles Sus gráciles y felinos movimientos despertaban en él admiración. Era algo que no sabía bien como definir; la gracia y dulzura frente a la robustez y torpeza de los hombres. Aun en el peligro, las mujeres se mantenían enteras, se ayudaban entre ellas y daban ánimo constante.

Una de ellas mojó un paño y con una sonrisa limpió la cara de una de las más pequeñas mientras le cantaba en susurros una vieja canción para el camino. Esa imagen se quedó grabada a fuego en la mente de Saulum. Añoró ese mismo gesto para sí mismo, ese cuidado, ese cariño. Entonces pensó en lo rudo del trato entre los hombres y no pudo recordar la última vez que escuchó un gesto de aliento de algún compañero o unas buenas palabras. Era él el que las daba pero nunca las recibía. ¿Distinguía acaso eso a un líder de los demás?

No pasaría mucho antes de que la tarde diera a la noche y Saulum juzgó que las mujeres necesitaban el descanso con urgencia, la jornada había sido dura y aunque no estaban fuera de peligro ni mucho menos pero más no podía exigirles, ni siquiera en conciencia. Eligieron una terraza desde la

que tenía una vista impresionante del bosque y de las montañas. Si había una guerra allá abajo desde allí arriba sólo se percibía calma y quietud, tanta que invitaba a la relajada reflexión, a sentir la brisa en la cara y quizás fumar algo de tabaco compartiendo una buena conversación.

En eso pensaba Saulum pero resolvió que tal atractivo plan no podía ser posible por el momento así que dio instrucciones a todos de que nadie se asomase por miedo a ser localizado por algún par de ojos que buscase al azar entre las paredes de la montaña. El camino aun continuaría un trecho en ascenso hasta convertirse en un paso muy poblado, una especie de pequeño valle que discurría por entre las faldas de las montañas creando un desfiladero natural. Hubiera preferido llegar allí pero por hoy era más que suficiente y casi estaba satisfecho. Sin más temores dispuso para que las guardias quedaran establecidas.

Cuando se indicó que allí pasarían la noche, la primera reacción de las mujeres fue caer rendidas allí donde les pilló la noticia. Se arrojaron las unas sobre las otras y suspiraban de alivio o de dolor al masajear sus doloridas extremidades y ni fuerzas para hacer comentarios tenían.

Esto no duró mucho; como hormiguitas laboriosas se dividieron por grupos y se repartieron las tareas: unas hacían de cenar mientras otras se ocupaban de los sacos de dormir y limpiaban de piedras el suelo para hacerlo más confortable así como recolectaban hierbajos para hacerlo más mullido y confortable. Las que estaban más ociosas se ocupaban del cuidado de las niñas más jóvenes; las peinaban con peines de hueso extrayendo de sus cabellos restos de ramas prendidas a ellos o las limpiaban con trapos que humedecían con agua de las cantimploras, pasándolas por sus brazos, cuello y cara.

Limpiaban también como podían sus ropas pero no había mucho que hacer en este sentido así que desistieron. Cómo Saulum no les dejase prender un fuego la cena no era caliente pero sí digna de la mesa de un rico. De nuevo descubría cómo habían desoído las instrucciones dadas y habían traído consigo algo más que nueces pan y queso. Abrían latas y envasados de cristal del que extraían salmón, endibias, maíz, hígado de cerdo así como extravagantes salsas y mantequilla roja. Ante la ceja levantada de Saulum y del resto de compañeros, las muchachas escondían la cara con un claro sentimiento de culpabilidad pero los muchachos prefirieron no hacer ningún comentario, quizás también cansados por el duro día y en silencio se concentraron en las viandas más humildes que habían traído consigo. Saulum también abrió con parsimonia el envoltorio que mantenía en buen estado la cecina y le dio un bocado no sin antes mirar con cierta envidia a las muchachas. Un sorbo de vino de su bota y la primera estrella en el firmamento le hicieron olvidar cualquier pensamiento oscuro y, como de costumbre, prefirió mantenerse al margen de las conversaciones de sus compañeros que risueños comentaban esto y

aquello.

Distante andaba su mente cuando la cercanía de una presencia le hizo aterrizar de nuevo al mundo. Enfrente estaba la chica rubia, la de las preciosas facciones, junto a la muchacha de ojos llenos de odio. Kaela la llamaban recordó en ese instante. Se las quedó mirando sin entender muy bien. Kaela mantenía una expresión solemne mientras que la de cabellos dorados sonreía con placidez. La menor le tendía algo pero no lograba entender que querían.

- ¿Qué sucede? – Acabó por preguntar Saulum.

- Queremos compartir con vosotros el postre. Se trata de pastel de membrillo. Lo ha hecho Galindra. - Su voz sonó plácida y cálida. Cómo un bobalicón se la quedó mirando y por fin bajó a los ojos de Kaela y después al plato que esta le acercaba. Un poco torpe fue a tomar el plato entre sus manos y con curiosidad estudió lo que este contenía.

- ¡Es para que te lo comas tonto! – Saltó Kaela con gesto apremiante. La mayor de ellas le dio un empujón amonestatorio y la atrajo para así.

- ¡Mira que eres siempre tan burra!

- Tranquila, no me ha molestado. ¿Cómo te llamas pequeña? – Pregunto Saulum.

- Me llamo Kaela y ya no soy pequeña, itengo ocho años!

- ¡Es verdad que ya no eres pequeña! Perdóname, ¡es que se te ve tan menudita que es normal que se confundan contigo! A menudo es una ventaja ser pequeño. Nosotros comparados con los curelingos somos pequeños y eso en el bosque es una ventaja. Nuestra baja estatura la llevamos con mucha honra. Como puedes ver. – Indicó dándose un ligero golpe en el pecho. La chiquilla sonrió y por primera vez pareció intimidada, quizás avergonzada por algo.

- ¿Y cómo te llamas tú? – Preguntó la mayor. Saulum se volvió hacia ella a tiempo de notar cómo se sonrojaba un poco la joven.

- Me llamo Saulum y soy un Sin Madre. – Contestó empezando a sentirse turbado sin saber por qué. - ¿Y tú?

- ¿Y qué es un Sin Madre? – Quiso saber Kaela algo más atrevida tras la desviación de la atención.

- Anda niña no le molestemos más. – Dijo agarrando del brazo a la menor

y tirando de ella para alejarse. - Me llamo Seridide. ¡Espero que te guste!

¿Qué me guste qué? Se quedó pensando mientras la observaba alejarse hasta que recordó el pastel de membrillo. Tomó la cuchara y se metió una buena porción en la boca y sintiéndose aún aturullado se concentró en los sabores. Observó como al resto de compañeros también les habían invitado a pastel y los muy tontos daban muestras exageradas de lo que les gustaba y sonreían como los niños que eran.

Dalem charlaba animadamente con una chica casi tan alta como él que se había sentado a sus pies mientras este se acababa el plato. Una de las viejas cayó también en la cuenta de esa inesperada muestra de atención y con un grito seco y bajo la mandó volver al grupo a acabarse su propio plato. Saulum percibió con regocijo como los ojos de Dalem seguían los movimientos de la joven y captó cierto desasosiego que no supo interpretar. El pelirrojo debió darse cuenta del escrutinio y al darse la vuelta, Saulum sólo pudo ver unos ojos inexpresivos donde antes ardía un fuego. Dalem agachó la cabeza y taciturno se concentró en lo que quedaba del dulce.

Algo había pasado delante de sus mismos ojos y era incapaz de darle nombre a aquello. ¿Qué había pasado y porque se sentía tan confuso? Su mirada se cruzó con la de la mujer más vieja cuyos ojos más sabios parecían reírse de él pero sin maldad y se preguntó qué pasaría por su mente, qué cosas sabían sus años que su juventud ignoraba. Pero esos ojos prefirieron no decir nada más.

La luz era ya muy escasa y la luna no había salido todavía por lo que el grupo se preparó para pasar la noche y ese día nada más sucedería digno de relatarse.

Isilbar, el más joven de los hombres del bosque, despertó al resto cuando todavía no era de día. Remolonas, las muchachas con los ojos aun legañosos, recogían sus bolsas con aparente malhumor quejándose de lo temprano de la hora pero pronto las mayores acallaron las quejas y entre bostezos y desperezos fueron despertando. Un frugal desayuno consistente en algo de pan queso y agua fue todo lo que comieron antes de reemprender el camino. Al término del desayuno la luminosidad aumentó lo suficiente para hacer visible una niebla que lo cubría todo. Había bajado la temperatura drásticamente al borde del comienzo del día y la niebla ocultaba la bella visión panorámica de que disfrutasen la noche anterior con lo que en el ascenso solo vieron su manto incólume. El rocío bañaba las hojas de los árboles cubriéndolas de pequeños ojos brillantes que devolvían la propia imagen de quien miraba como si de miles de pequeños espejitos se tratasen, las telas de las arañas parecían ristras de perlas en cuyo centro la araña paciente esperaba a que el sol evaporase



tan impertinente fenómeno.

Las más niñas, maravilladas por la espesura de la niebla jugaban a apartarse del camino para esconderse y tenían loco a Traguerd que corría a por ellas para devolverlas a la fila para su regocijo. Su risa limpia y juvenil rompía el silencio de la mañana arrancando sonrisas de las mayores e incluso de algunos de los jóvenes montaraces. Saulum, algo más flexible que la tarde anterior permitió estos juegos durante un rato pero luego mudo su rostro a otro más adusto y mandó a las niñas volver, cosa que hicieron raudas y obedientes para sorpresa del muchacho.

Durante la primera media hora, las muchachas parloteaban en voz baja entre ellas mientras caminaban, bastante animadas olvidando ya el anhelo de un par de horas más de sueño pero la siguiente hora de duro caminar agotó las energías para las charlas y todos mantenían un rígido silencio sólo roto por algún comentario casual, cómo si necesitasen de cada aliento para cada paso que daban.

De vez en cuando, Dalem, el más retrasado de los jóvenes, volvía para dar informes negativos a Saulum: no parecía que nadie les siguiese. Saulum comenzó entonces a fantasear con que lo habían conseguido, eludiendo a los exploradores curelingos. Supuso que la presencia masiva de Los Sin Madres en los bosques era un objetivo más importante además de representar una amenaza más presente a tener en cuenta. Eran buenas noticias sin duda y eso le puso de buen humor. No obstante, ordenó a Dalem que continuase con sus comprobaciones periódicas: no había motivos para confiarse y así se lo dijo. Saulum observó cómo el muchacho dedicaba una mirada intensa a la joven de la noche anterior antes de irse. La joven pareció ruborizarse y Saulum se sintió aún más consternado. ¿Qué estaba pasando? Se preguntó si debía hablar con Dalem sobre ello pero no consideró que fuera el momento. Decidió postergar una posible charla la cual dudaba de que debiera tener lugar.

Los descansos eran obligatorios; las mujeres no tenían el fondo físico requerido para tal marcha y además se sucedían los turnos entre muchachas y jóvenes para llevar a las dos mujeres mayores con lo que el avance no era del todo el esperado. Ya no era solo la urgencia por poner a salvo las mujeres puesto que parecía que no existía ningún peligro o amenaza. Entre los muchachos se preguntaban cómo discurriría el enfrentamiento en el bosque y algunos anhelaban volver para apoyar a sus amigos. El mismo anhelo tenía Saulum y por eso mismo hubiera preferido ir más rápido para acabar cuanto antes y volver con Los Sin Madre y poder ayudar. Se planteó dejar a Dalem como guía y ordenar el regreso al resto pero un intuitivo instinto de supervivencia le convenció de lo contrario; no hasta que estuvieran totalmente a salvo. Hasta que eso ocurriera seguirían en misión de escolta.

Ya no se sentía pastor.

Para Saulum, el grupo de muchachas había pasado de ser mero "ganado" a ser personas con caras familiares, nombres, voces propias e historias que iba conociendo poco a poco: Nosiona era el nombre de la matriarca, de la mayor de las mujeres. Tenía cerca de setenta años y hasta hacía poco había tenido una salud de hierro sólo horadada por los últimos estresantes acontecimientos. Había sido institutriz al servicio de la familia Careides por más de treinta años y en ese trabajo había sido espectadora del auge y caída de una de las familias más poderosas de la nación. Encargada de la educación de los hijos, había cuidado de que no les faltase nada. Más tarde se ocuparía del resto de la casa, desde ordenar que las chimeneas se limpiasen antes del invierno hasta procurar que las alacenas estuvieran repletas del grano y las bodegas del vino. Había sido amante del joven señor aunque la relación había estado más cerca de la violación que del verdadero amor y de esta habían nacido tres de las niñas que caminaban, entre ellas Baradawen, la mayor.

Baradawen, según contase Nosiona, no había emitido una sola palabra hasta los siete años de vida y se rompió tal mudez voluntaria sólo para señalar con el dedo a uno de los consejeros del señor: había estado abusando de ella o al menos lo había intentado porque la joven había resultado ser muy asertiva vigilando su propia integridad. Aunque muy joven, supo decidir por sí misma que aquellos manoseos no eran correctos y se atrevió a denunciar tal injusticia. No volvió a callar nunca más y desde entonces denunciaba toda injusticia de que era capaz de nombrar, convirtiéndose en guardiana del resto de hermanas.

Otros miembros del grupo eran Dilise, Anion y Ctedd, concubinas traídas desde el sur. Su belleza era simplemente arrebatadora y tenían turbados a los muchachos y secretamente también a Saulum quien trataba, mediante un trato imparcial y algo distante, que no se le notase. La dureza del camino, la suciedad y el vivir a la intemperie no parecía gustarles demasiado y eran las que peor parecían estar pasándolo: sus labios torcidos en gesto de disgusto, las primeras siempre en mostrar desacuerdo casi en cualquier cosa; nada estaba a su gusto.

Dada la edad del señor, las concubinas se limitaban en su trato diario a satisfacer cualquier petición de este. Al hablar de los servicios que prestaban, Ctedd suspiraba por el tiempo pasado, por la comodidad y la buena vida perdida. Un día de servicios con el señor podría haber sido perfectamente bailar horas para él, tocar algún instrumento, servirle las uvas y llevárselas a la boca para que él juguetón lamiera sus dedos, dejarse acariciar, jugar con él, regalarle los oídos con alabanzas, recostarlo en su hora de la siesta o leerle antes de dormir párrafos del Vida de Dioses de Ariscas Betreburus, su autor preferido de entre los clásicos. Saulum trataba de imaginarse a sí mismo llevar una vida como esa y no pudo por menos que fruncir el ceño y apartar tal pensamiento de

su cabeza con cierto disgusto.

Ctedd era graciosa rayando en el ingenio y Saulum reía entre dientes sus comentarios tratando de ahogar las carcajadas para no hacer demasiado ruido. Le hacía gracia el aire desenfadado y la picantez de sus chistes. No parecía tener pelos en la lengua y las escenas que le pintaba eran de lo más coloridas, del todo hilarantes. Saulum notó que Seridide le miraba con disgusto y no supo interpretar porqué, pero poco importaba porque un nuevo comentario sardónico de la concubina le hacía olvidarse de todo y acaparaba su atención. Se encontraba de veras a gusto con ella.

Doblado un recodo del camino, los caminantes se deshicieron en comentarios de asombro ante la belleza del lugar: una caída de agua de al menos diez metros de altura daba a parar a una tranquila laguna. La corriente cruzaba el camino y seguía su recorrido en descenso desembocando en otra poza profunda no lejos de la laguna principal.

Excitadas, las mujeres hablaban alborotadas entre ellas y Baradawen a la cabeza se acercaron a Saulum. Cuando estuvieron a su altura trataron de recomponer el gesto. Saulum se la quedó mirando mientras esta parecía querer buscar las palabras.

- Las muchachas y yo hemos pensado que, cómo parece que ya no hay peligro...hace tiempo que ninguna de nosotras tomamos un baño y....

- Muchacho, imira mis uñas!, iestán negras! Y mis sobacos huelen peor que los escusados de los hombres, ipor no hablar del estado de mi pelo! – Ctedd tomó la palabra acompañando a cada palabra por exagerados gestos de sus manos. – Si me haces caminar un solo kilómetro más con tanta mierda pegada a mi cuerpo, icreo que me volveré loca!

- Sólo pedimos una hora para asearnos y limpiar nuestra ropa, eso es todo. – Baradawen retomó la conversación en tono de súplica, olvidado ya el tono de exigencia que emplease los primeros días. La expresión con la que se quedó mirando al muchacho hizo que este desviase la mirada para poder pensar mejor, turbado como estaba. Buscó la mirada de Ferald que se lo quedó mirando encogiéndose de hombros. Se volvió hacia la laguna y también sintió un pinchazo de deseo de poder refrescarse en sus aguas y retozar en ellas.

Todas las mujeres le miraban en un silencio opresivo.

Al final con gesto de la mano, vencido por los ruegos, dio el visto bueno. Las niñas irrumpieron en gritos y vítores que Ferald se apresuró en acallar aunque todas continuaron sonriendo de satisfacción.

Los muchachos se reunieron junto a los helechos sentados en unas rocas junto a la orilla y miraban ociosos a las muchachas hacer sus preparativos

para el baño. Las muchachas se los quedaron mirando en gesto expresivo y cómo estos no reaccionasen Dilise, una de las concubinas se les acercó:

- Queridos protectores nuestros. De verdad que agradecemos vuestra presencia con la cual nos sentimos infinitamente seguras. No sabéis cuanto, de veras. – Los muchachos asintieron adustos y se la quedaron mirando con la misma expresión de no entender nada. – Pero, no sé cómo decirlo, nos sentiríamos más a gusto si nos dejarais tomarnos nuestro baño a solas y en completa intimidad. Hay cosas que una mujer no enseñará a un hombre hasta la noche de su boda y su cuerpo desnudo es una de esas cosas.

- ¡Venga ya, Dilise, Que sabemos que tu cuerpo ya lo han visto más de un hombre! – Dijo en grito Traguerd guiñándole un ojo, con lo que los guerreros irrumpieron en carcajadas.

- Muy gracioso querido Traguerd y muy sensible por tu parte. Es cierto que yo ya estoy lejos de sentir ninguna vergüenza de enseñar mis atributos pero aquí hay mujeres que tienen virtudes que prefieren mantener ocultas para reglarlas a los hombres de quienes se enamoren y no pienso permitir que ningún paleta como tú alimente asquerosas fantasías con estas mujeres tan puras, así que ¡ya te estas yendo! – Fue entonces cuando los muchachos también rieron pero esta vez de la cara de su compañero.

- Bueno compañeros – Intervino Dalem incorporándose de su asiento de roca. – creo que está claro de que no nos quieren aquí. Dejemos que se tomen su baño tranquilamente. ¡Vámonos!

- Está bien – Dijo el más joven, Isilbar. – Pero que nos avisen cuando terminen que yo también quiero darme un baño.

- Yo no pienso meterme en esa agua después de que hayan estado estas, ¡puedes pillar cualquier cosa! – Comentó jocoso Ferald. Algunas niñas le escucharon y le abuchearon tratando de salpicarle con agua.

Los guerreros se adentraron el bosque a un distancia prudencial con la que las mujeres tendrían la intimidad que pedían y no tan lejos como para no poder acudir en caso de ser necesarios. Desde donde estaban podían escuchar sus risas y chanzas. Parecían estarlo pasando de miedo. Traguerd sacó una bolsita de su macuto y mientras hablaba se liaba un cigarrillo.

- ¡Sí que son listas! Ellas allí chapoteando y nosotros aquí condenados al ostracismo.

- ¡Ostracismo! Mira que eres exagerado muchacho. Ten paciencia que ya nos tocará a nosotros. – Dalem arrancaba hierba del suelo y la arrojaba al

aire para observarla caer.

- Lo que no entiendo es porque no nos podemos bañar todos juntos, ¿tan distintos son sus cuerpos a los nuestros? Me parece una soberana majadería. – Traguerd miraba intensamente en la dirección de la laguna, tratando de captar algo.

- Yo las entiendo.

- ¿Qué vas a entender tú, Saulum?

- Pues que quieran estar solas. Las mujeres siempre me han parecido más vergonzosas.

- Pero, ¿qué vas a saber tú de las mujeres? ¿Conoces a muchas tú?

- ¡Las mismas que tú imbécil!

- Daría lo que fuera por verlas. – Isilbar hablaba consigo mismo.

- ¿Qué has dicho chico? - Ferald se volvió hacia su compañero.

- Nada hombre, nada.

- Creo que a nuestro pequeño amigo le gustaría ver un par de buenas tetas. – Ferald estalló en ruidosas carcajadas.

- ¡Dime que tú no! – Se revolvió hacia él.

- Seguro que se te pone una mujer delante, te las enseña y te caes redondo del susto – Volvió a reír tanto que se le saltaban las lágrimas.

- ¡Seguro que no! – Isilbar de un salto se escabulló entre los arbustos en dirección a la laguna.

Todos se quedaron petrificados.

Dalem estaba blanco y Traguerd apenas recordó exhalar el humo de su cigarrillo. Fue el primero en levantarse, apagó el cigarrillo, apartó el macuto a un lado y dedicando un guiño a los demás se fue en pos de su amigo. Saulum no podía creer lo que estaba viendo. Ferald imitó a su compañero y riendo por lo bajo fue en pos de ellos. Dalem se quedó mirando a Saulum totalmente paralizado.

- Eso no está bien, joder. Esos cerdos van a ver a desnuda a Lati. - ¿Lati? Saulum estaba en shock total y entonces se le encendió la bombilla. Dalem estaba enamorado. No es que Saulum supiese mucho del tema pero pensó que debía ser aquello de lo que hablaban las historias que

contaban los instructores en las largas acampadas cuando decían que tal o cual héroe estaba enamorado de su doncella. Eso debía ser.

Curioso, siguió a Dalem tratando de no hacer ningún silencio, temeroso de la reacción de las mujeres si les descubrieran. Los encontró a todos tumbados ocultos a escasos metros de la laguna, sus ojos de pupilas dilatadas parecían mirarlo todo con una gran avidez. Dalem, en susurros les impelía a que retrocedieran, les ponía su mano sobre sus ojos para evitar que vieran pero los otros se lo quitaban de encima como a una mosca molesta. Saulum atraído por la curiosidad se atrevió a echar un vistazo y su aliento se retuvo al contemplar el desnudo de Baradawen. Sus ojos no pudieron apartarse de los blancos senos y lo oscuro de sus pezones. Le pareció algo maravilloso, simplemente sublime. Dalem se volvía pesado y Ferald se volvió a darle un empujón con lo que el muchacho tropezó con la mala suerte de que cayó rodando hacia la orilla saliendo del escondite de los muchachos.

Las muchachas emitieron agudos chillidos y raudas buscaron sus ropas o se sumergieron para ocultar su desnudo. Dalem, encendido por la vergüenza se las quedó mirando sin saber que decir. Pero no todo eran expresiones de sorpresa ultrajada o sensación de sentirse traicionadas sino que reían divertidas por ver a los jóvenes allí. Isilbar salió del escondite y mientras se quitaba las botas de campaña emitía un salvaje gañido y con un gran salto se zambulló salpicando a todo el que se encontraba cerca. Traguerd raudo le imitó pero no antes de quitarse casi toda la ropa exceptuando su ropa interior. Entre carcajadas Ferald se agachó para sostener a Dalem y aprovechando su mayor robustez elevó al muchacho y le arrojó con la ropa puesta al agua para luego seguirle a él.

Todos parecían reír, incluso Nosiona que primero tenía un gesto severo, dulcificó sus facciones y sonreía contenta de ver a los jóvenes. Las más pudorosas se pasaron una camisa por encima pero luego no dudaron en arrojarse a los chicos para hacerles ahogadillas. Ellas eran más y ganaban siempre, claro.

Saulum no sabiendo muy bien que hacer se quedó paralizado deleitándose con la diversión de los demás. Todavía con la imagen del desnudo de Baradawen en la cabeza, su cabeza era un revuelo de pensamientos y sentimientos. Sintió una manita que le cogía la suya y al volverse vio allí a Kaela que le miraba con ojos grandes y sonrientes.

- ¿No vienes? – Saulum sonrió y presto comenzó a quitarse la ropa. Captó como Baradawen le miraba y rompía a reír. Cuando estuvo, cogió a la pequeña Kaela y juntos se zambulleron y cuando asomó a la superficie buscó a Baradawen para arrastrarla a lo más hondo y hacerle ahogadillas.

Ctedd y Anion que andaban al quite, fueron al rescate de su amiga y juntas las tres consiguieron sumergir al guerrero que poco podía hacer

ante las tres. Kaela y otras se unieron a la fiesta entre risas y todo era un lío de miembros, cuerpos y rostros sonrientes. Dalem, repuesto del mal trago asistió a su jefe y junto con los demás hicieron un frente contra la multitud femenina que les rodeaba. Ferald, el más grande de todos, comenzó a salpicar a las mujeres las cuales no se acobardaron y le devolvieron el ataque.

En el caos formado, Lati se agarró del cuello de Dalem para sumergirlo y éste pensándose otra cosa se volvió hacia ella y le soltó un beso en los labios. La cara de la chica mudó completamente de la sonrisa a una expresión de ultraje completa. Se revolvió y de un empujón se separó de él. Saulum que lo había visto todo rompió en sonoras carcajadas y sentía que se doblaba en sí de la risa. Dalem se le unió a pesar de la ostensible confusión que sentía.

## Capítulo 7

6.

Una hora después, la ropa de los guerreros estaba colgada de unas ramas secándose mientras estos tomaban el poco sol que traspasaba el techo formado por la arboleda. Todo era calma y lasitud ahora. Las mujeres mayores con Nosiona al frente, limpiaban a conciencia las faldas y vestidos frotando con fuerza mientras otras holgazaneaban o preparaban la cena de esa noche. Dilise y Anion confeccionaban coronas con flores que llenaban las márgenes de la laguna mientras Ctedd peinaba a conciencia a las chiquillas y las pintaba con pinturas que había traído consigo o con tintes que ella misma extraía de unas arcillas que había encontrado río abajo.

A la hora de la cena, todos comieron juntos, hombres con mujeres sin distinciones de grupo. Los ánimos estaban exaltados y todos reían con buena gana, relajados y cómodos los unos con los otros. Los muchachos admiraban bobalicones la belleza de las mujeres con sus cabellos recogidos enmarcados por las coronas de flores y sus ojos perfilados por el excelente trabajo de maquillaje de Ctedd. No dejaban de alabar a la concubina y las más jóvenes se encendían radiantes por la vergüenza o exultantes por los admirados comentarios de los guerreros. Saulum, retraído, observaba en silencio y se admiraba por el cambio, especialmente el cambio de Baradawen; el cabello grasiento, la suciedad en la cara y su rostro tensionado por las preocupaciones no le habían dejado ver la plácida belleza que se escondía debajo y que ahora se vislumbraba. Baradawen, quizás notando la atención de que era objeto por parte del joven, se atrevió a acercarse a este para sentarse a su lado. Coqueta, le regaló una radiante sonrisa y se lo quedó mirando en silencio con los ojos brillantes. Saulum estaba atribulado a más no poder.

- Nunca lo hubiera imaginado. – Comenzó por hablar la muchacha.

- Imaginado, ¿qué?

- Que hubieras sido capaz de mirarnos oculto detrás de un arbusto mientras nos bañábamos. ¡Tan serio y tan adusto, el gran capitán!

- Yo no fui a miraros. – Respondió seco, sintiéndose atacado por las acusaciones. – Sólo cuidaba de que estos no cometiesen ninguna locura. No soy un ruin mirón.

La muchacha rio a gusto y se lo quedó mirando. Su rostro cambiante le contempló de modo más coqueto, entrecerrando los ojos y abriendo



levemente la boca.

- ¿Me estás diciendo que no te atreviste a mirar?

- No, ¡Por supuesto que no miré! – Dijo sin mirarla a los ojos, azorado como estaba. Ella inclinó la cabeza sonriendo ahora.

- ¿No viste nada?

- Nad... – Los nervios le traicionaron y la palabra se le atragantó.

- Pues yo creo que sí. – Su sonrisa se hizo más grande y bella y él captándola, se volvió a mirarla con cierta avidez. Ella se dio cuenta y rio con un sonido cristalino.

Alguien comenzó a entonar unas notas de una canción y ella se incorporó para tomar las manos de Kaela y comenzar a bailar con ella. Baradawen danzó y danzó procurando no alejarse mucho para que el joven capitán no pudiera quitarle los ojos de encima. Saulum notó como su corazón palpitaba a mil por hora y desde luego no podía apartar su mirada.

Dalem tomó asiento a su lado y de un codazo llamó la atención de su amigo. Este le miró un instante para luego volver a buscar a la muchacha la cual ya le sonreía y le dedicaba un guiño.

- Demonios, esa niña me tiene loco.

- ¿Quién? ¿Baradawen? – Preguntó Saulum volviéndose de nuevo a su amigo.

- ¿Baradawen? ¡No, tonto, es Lati quien me tiene loco!

- Ah, claro.

- ¿Ah, sí?, ¿Tanto se me nota?

- Pues...un poco sí.

- Ya lo supuse. ¡Dios! ¿Qué hago? Ya viste lo que me hizo antes. ¿Por qué se pondría así? Sólo le di un beso.

- ¡Ah, sí!, ya recuerdo. – Saulum sonrió al recordar la escena.- Un poco extraña la reacción sí, pero creo que es porque le gustas.

- ¿Tú crees? ¿De veras? ¿Cómo puede ser eso?

- Creo que está claro.

- ¿El qué está claro?

- Mira, ino lo sé muchacho! ¡Vete a saber cómo piensas estas mujeres! Espera, - Saulum silbó a modo de llamada a Ctedd la cual se volvió hacia él con cara de reproche.

- ¿Crees que soy un perro, niño?

- No, no, Ctedd perdona. Ven, por favor, queremos comentarte algo. Más bien, queremos preguntarte algo. Dalem cuéntale lo que ha pasado. – Dalem, escandalizado se volvió hacia Saulum y le recriminó lo que estaba haciendo. - ¡Vamos hombre! Podemos confiar en Ctedd hombre, ¿verdad que sí Ctedd?

- ¿Qué estaréis tramando? Los hombres y sus mentes tan retorcidas. – Dalem superado el primer resquemor le relató lo sucedido. Al término Ctedd rompió a reír y se le saltaron las lágrimas de tanta risa. – Muchacho, una mujer enamorada espera que el hombre sepa encontrar el momento más romántico para dar el primer paso. – Y eso fue todo lo que dijo. Dejando a la pareja muy confundida.

- Saulum, ¿qué crees que ha querido decir? – Saulum se quedó un momento pensativo, encontrándose fascinado de repente por el rostro de Baradawen, por su manera de mirar, sus expresiones, el modo en el que le salían arruguitas cuando sonreía o como le salía un hoyuelo en la barbilla cuando ponía cara de asombro.

- Creo que ha querido decir que...y te advierto que es sólo lo yo que creo que ha querido decir...pues que...cómo decirlo...A ver, Dalem, acércate a Lati, llévatela a un sitio apartado y vuelve a intentarlo. Eso es lo que ha querido decir. – Terminó diciendo y dándole unas palmaditas a su confundido amigo se incorporó para acercarse a la mesa que habían improvisado en el suelo, tomó de Nosiona dos cuencos con dulce de membrillo que aún quedaba y se acercó a Baradawen para ofrecerle uno y sentarse a su lado. Ella aceptó el ofrecimiento con una sonrisa radiante y agachando los ojos le dio la espalda para luego volverse otra vez hacia él y sonreírle de nuevo. Durante resto de la velada, permanecieron juntos el uno junto al otro en silencio, sólo dedicándose sonrisas estúpidas de vez en cuando.

Al día siguiente, como cada mañana, apenas había salido el sol cuando el grupo ya estaba lejos de la laguna. Algunas de ellas todavía lucían sus coronas de flores con el maquillaje que no habían limpiado de sus caras. Caminaban con más alegría y se respiraba un mejor ambiente. Dalem

caminaba junto a Lati y parecían muy cómodos juntos. Ella reía sus comentarios y estaba encantada de estar a su lado. A veces incluso se les veía caminar de la mano.

Saulum había vuelto a su papel de capitán y no permitía ninguna desconcentración por parte de su equipo aunque consciente de la situación trataba de ser un poco más flexible con respecto a Dalem, pero este seguía siendo su mejor explorador así que no dudaba en mandarlo atrás cuando creía que era necesario. Su sentido de la responsabilidad le impedía acercarse a Baradawen y hacer lo mismo que hacía Dalem. Baradawen se le quedaba mirando desde lejos y parecía entender a la perfección por lo que tampoco realizaba ninguna aproximación innecesaria, simplemente se concentraba en el camino y permanecía más en silencio que de costumbre.

Ningún incidente turbaría al grupo hasta mucho después del almuerzo.

Saulum andaba cabizbajo pensando en esto y en aquello cuando escuchó el silbido. Alarmado notó que Traguerd e Isilbar también lo habían escuchado. Era Dalem desde retaguardia. Les hizo una señal para que ellos continuaran y mientras él mismo retrocedía para encontrarse con él. Las muchachas le miraban con cierto desasosiego, extrañadas de que Saulum no siguiera con ellas pero ninguna dejó de caminar.

Ferald, que era el último antes que Dalem, le dedicó una mirada que contenía cierta alarma pero Saulum quiso quitarle importancia y comenzó a correr en pos de Dalem quién estaría en algún lugar mucho más atrás en el camino.

Llevaría cinco minutos caminando cuando volvió a escuchar el silbido. Dalem corría hacia él por el camino y le indicó que se agachara y se escondiese en los arbustos, cosa que hizo Saulum no sin mirar al fondo del camino temiendo ver al enemigo.

- ¿Qué ocurre?

- Un explorador...curelingo. – Jadeaba y apenas pudo articular palabra. Tomó aire y trató de normalizar su respiración. – Ven, sígueme. – Saulum siguió a su compañero sintiendo crecer la alarma. En una terraza junto al camino desde la cual dominaban gran parte de la montaña y el valle, Dalem sacó un catalejo de su macuto y se lo pasó a su capitán señalándole en una dirección. Saulum miró donde le indicase y después de unos instantes de buscar al fin encontró: un curelingo solitario parecía estudiar el camino y avanzaba rápido ascendiendo por la ladera de la montaña. – Y mira más abajo. – Saulum obedeció y al rato encontró a

otros cuatro curelingos que también ascendían con igual decisión.

- Qué crees.

- Quiero creer que... ¡bah! es mentira. Han encontrado el rastro y nos persiguen. Es una quinta completa. – Una quinta era el nombre que designaban a un pequeño destacamento de cinco hombres. – Cinco contra cinco, estamos en desventaja. En clara desventaja.

- No nos dejemos llevar por el pánico. – Dijo Saulum aun estudiando al enemigo a través del catalejo. Sin duda iban armados. Eran cazadores.

- Pero, ¿qué hacemos?, ¿qué podemos hacer?

- Por lo pronto, tratar de aumentar el paso, decirles que vayan más rápido. Más arriba el camino se hace más escarpado y laberíntico. Luchar allí nos dará una ventaja. ¡Vamos!

Saulum corrió seguido de Dalem y en unos instantes alcanzaron al grupo que caminaba a un paso que le pareció al joven espantosamente lento. Las mujeres se volvían nerviosas a mirarle y comentaban entre ellas algo alteradas. Saulum se acercó a Baradawen y se la llevó a parte.

- Traguerd, ¡que no dejen de caminar y que vayan algo más rápidas!

- ¡Sí, señor! Señoritas, ¡Vamos, vamos! – Interpeló Traguerd.

- ¿Qué ocurre Saulum, qué sucede?

- Nos siguen y de bastante cerca. Baradawen, escucha. Te necesito entera. Necesito que las chicas no se me pongan histéricas y que continúen caminando.

- ¿Qué vas a hacer? – Baradawen era toda preocupación. Su mirada se repartía entre los ojos del guerrero y el de los ojos asustados del grupo que se volvían a curiosear.

- Aún no lo sé. Más adelante el camino se bifurca varias veces. Ve primera y guíalas siempre por el camino de la izquierda. Allí quizás podamos perderles. – Mintió Saulum mirándola intensamente a los ojos. Ella asintió varias veces tratando de convencerse a sí misma de aquella mentira. Ambos buscaron las manos del otro y se las estrecharon mutuamente con intensidad. – Ahora vete. – Ella marchó corriendo a la cabeza no sin antes dedicar palabras tranquilizadoras al grupo y dando ánimos pidiéndoles que caminasen lo más rápido que pudieran. Saulum la observó irse y luego se volvió a los suyos. – Preparaos.

Isilbar tenía la aljaba abierta y una flecha descansaba ya en su arco lo mismo que Ferald y Traguerd. Caminaban a buen paso junto al grupo mirando de vez en cuando esperando obtener noticias de Dalem que había vuelto a retroceder.

Las mujeres mantuvieron un buen ritmo durante cuarenta y cinco minutos tras los cuales comenzaron a flaquear. Preocupado, Saulum no dejaba de darle vueltas a la cabeza maquinando qué podría hacer. Seridide se acercó a Ferald. Saulum había observado que Ferald era ahora el nuevo objeto de devoción de la muchacha y era evidente que el muchacho también la correspondía. Se besaron y la muchacha volvió a la fila con el temor en sus ojos. Estaban todas aterrorizadas. Se había corrido la noticia y quizás por la falta de noticias exhaustivas las mentes imaginativas agrandaban el peligro más de lo necesario.

Al fin llegó Dalem. Su semblante era toda seriedad. Mantuvo la mirada de Saulum y este asintió. A una señal, los guerreros se pusieron en fila con Saulum a la cabeza y avanzaron a un paso más veloz que el del grupo. Las mujeres se les quedaban mirando con la consternación pintada en sus caras, sus ojos llenos de interrogantes buscaban el de los muchachos pero estos miraban al frente férreamente mientras marchaban. Sólo Saulum se permitió mirar a Baradawen la cual se lo quedó mirando con gesto lleno de desesperación. Los ojos de Saulum trataron de transmitirle coraje el segundo que se encontraron.

El quinteto de guerreros adelantó totalmente al grupo dejándolo atrás con sus grandes zancadas. Pronto las perdieron por el recodo pero Saulum aun siguió la marcha un poco más. A su orden, Ferald y Traguerd corrieron hacia la margen derecha del camino mientras que el resto se ocultó en la margen izquierda. Dalem quedó atrás y trató de borrar las huellas como pudo. Completado el trabajo se apresuró en subir a un peñasco y se preparó como los demás. Las mujeres aparecieron al minuto. Sus caras eran ya todo pavor y sus jadeos se hacían audibles a kilómetros de distancia.

Los muchachos en tensión y haciendo esfuerzos por no decir nada para aliviar el miedo de las mujeres, esperaron pacientes.

No hubieron de esperar mucho; el primero de los curelingos apareció seguido de cerca por otros tres. Saulum disparó al último de ellos y Ferald y Traguerd le imitaron. Las flechas le cruzaron el cuello de parte a parte al curelingo pero este lejos de caer se revolvió dando la alarma. Isilbar y Dalem dispararon al curelingo que se había parado al lado del primero acertándole en el pecho con algo menos de fortuna pues apenas horadaron el chaleco de conchas que vestía a modo de protección.

Saulum y Ferald desenvainaron y se lanzaron al ataque. El camino que era estrecho beneficiaba a los muchachos que podían atacar a la vez

mientras que el enemigo sólo podía hacerlo de uno en uno. El curelingo debilitado por las saetas en su cuello trató de defenderse pero Saulum que andaba fresco y rápido le propinó un tajo a la altura de las corvas y con un gruñido el curelingo cayó al suelo para que Ferald le clavase su espada justo en el esternón.

Mientras, Dalem e Isilbar habían vuelto a recargar y ya disparaban contra el segundo curelingo acertando en pecho y brazo derecho. Saulum volvió a arremeter pero su ataque fue repelido diestramente por el curelingo que aprovechaba el espacio abierto para con un movimiento circular devolver el ataque con su hacha de guerra. Saulum la desvió como pudo echándose a un lado para no tener que soportar la embestida que sabía podía romper su brazo debido a la gran fuerza del enemigo. Ferald atacó entonces y consiguió otro tajo en el antebrazo del curelingo el cual dio un respingo pero no perdió la compostura. En lugar de arremeter de nuevo cedió su sitio al compañero que tenía detrás el cual ya arrebolaba su arma amenazadoramente. Isilbar, que había estado más adelantado, atacó por la espalda al último de los curelingos con tanta fortuna que abrió un buen tajo a este desde las lumbares al sacro. Indignado, se volvió para hacerle frente. Otra andanada de Dalem y Traguerd fue a dar en el enemigo de Isilbar el cual viéndose superado echó a correr empujando a Isilbar a un lado y este no pudo hacer nada para evitar su embestida.

Saulum apenas llegó a escuchar el grito de advertencia de Traguerd y sintió como el mazo le pasaba a escasos centímetros de su oreja izquierda. Un curelingo les atacaba desde la espalda, probablemente el quinto de ellos que no habían visto venir.

La situación estaba desesperada. Ferald gritó de rabia y atacó con fiereza al curelingo que les había atacado mientras que Saulum se arrojó contra el primer curelingo. Evitó la guardia de este y ciego de ira se deshizo en tajos para abrir el pecho de su enemigo. En estas, Traguerd y Dalem desenvainaron también y se lanzaron en ayuda de Ferald acosando a su contrincante con tajos calculados. El curelingo se revolvió ágilmente y alcanzó a Dalem en una pierna. Con un grito de agonía este cayó al suelo llevándose las manos a la herida que sangraba copiosamente. Sus compañeros no cejaron y trataron de abrir la guardia de este pero no se dejó y en cambio salió corriendo por un hueco que Saulum le había dejado uniéndose al cuarto curelingo que se debatía con Isilbar más pequeño y ágil que el gran curelingo. Ferald y Traguerd volvieron a cargar sus arcos y apuntaron a los curelingos mientras Saulum e Isilbar los acosaban a estocadas.

Uno de los curelingos arrojó un arma a Ferald que tuvo que echarse a un lado cayendo sobre Traguerd que estaba a su lado entorpeciendo a este. Saulum, desesperado, hizo un amago de ataque por la derecha y como un jabato se revolvió para dar un tajo en el costado izquierdo del

curelingo que se dobló de dolor. De una patada echó a su enemigo al suelo mientras se volvía al curelingo que quedaba en pie. Este también muy rápido, atacó a Isilbar que a duras penas atajó el golpe pero no pudo contener un grito de dolor llevándose las manos a los brazos apartándose del curelingo. Este solo tuvo tiempo a volverse para ver como Saulum le cruzaba de parte a parte con su espada. El curelingo, sabiéndose perdido, trató de abrazar al muchacho y hundirle el pecho con su descomunal fuerza pero este estuvo más listo y recuperando su espada dio un salto para alejarse de él mientras caía.

Saulum miró en derredor y contó cuatro curelingos. Apenas se preguntaba donde andaría el quinto cuando escuchó los gritos de terror de las mujeres. Sin pensarlo dos veces corrió sendero arriba con la espada en mano temiéndose lo peor. Ferald corría detrás de él y más rezagado Tragerd. Cuando llegó a donde se encontraba el grupo su mente se llenó de horror; Kaela lloraba su cara roja mientras mecía el cuerpo ensangrentado de Nosiona. Varias de las muchachas yacían en el suelo congeladas como estatuas del terror y miraban sin parpadear hacia lo alto del camino.

El quinto curelingo aun con las saetas sobresaliéndole del cuello sostenía en alto a una de las chicas y amenazaba en dirección a los jóvenes con matarla con su gran mazo. Los chicos quedaron petrificados sin saber qué hacer. La cabeza de Saulum funcionaba a mil por hora sin encontrar la solución a aquel embrollo. De pronto, sin previo aviso, el curelingo gimió y en sus ojos negros se dibujó la sorpresa. Soltó a la muchacha que cayó como un muñeco en el suelo y al volverse todos pudieron ver como Baradawen sostenía una espada herrumbrosa manchada de sangre carmesí.

El curelingo volvió a gemir cuando otra de las muchachas, Ctedd esta vez, le clavó un cuchillo de una hoja de veinte centímetros a la altura de los riñones. Luego llegó Lati que con un rugido embistió al curelingo realizándole un tajo a la altura del vientre. Dilise y Anion se arrojaron después contra él armadas con más de las espadas oxidadas que Saulum les había visto el primer día de conocerlas. Tal fue la rabia del ataque que el curelingo cayó al suelo y fue entonces cuando todas juntas se ensañaron con él mientras gritaban su frustración y dolor por la pérdida de su madre.

Fue Ferald quien se acercó a ellas y las imprecó para que se detuviesen, el curelingo yacía muerto con heridas horribles por todo el cuerpo.

El silencio reinó por unos instantes y luego fue roto por los lloros de las muchachas. Saulum miró en derredor y arrojando su espada a un lado se acercó a consolar a Kaela. Realizó un examen de lo ocurrido: Nosiona muerta, Dilise presentaba una fea herida en un brazo y algunas otras

chicas tenían contusiones pero parecían estar fuera de peligro. La muchacha que el curelingo había tenido presa parecía como ida y perdió la consciencia derrumbándose pero pronto fue atendida por otras.

Lati se volvió hacia Saulum y parecía consternada por algo. Buscaba en derredor y su angustia crecía por momentos.

- Dalem, ¿y Dalem? ¿Por qué no está aquí? ¿Dónde está, le ha ocurrido algo? - Saulum entonces recordó. - Fue alcanzado por uno de los curelingos. Allá más abajo del camino. - Isilbar que llegaba ahora con Traguerd corrió junto con Lati para socorrer al compañero caído. Y mientras el resto del grupo se recomponía, los que podían y no tenían signos de violencia se prestaban a ayudar al resto.

Baradawen se acercó a Saulum y se echó en sus brazos. Él notó como esta temblaba bajo sus brazos. Quiso consolarla pero antes de que pudiera decir nada ella se deshizo del abrazo y limpiándose las lágrimas fue a ayudar al resto. Saulum no pudo más que sentir admiración por la muchacha.

Unas dos horas después habían enterrado a la mujer caída y se habían llevado a cabo los rituales convenientes para la extremaunción. Una de las muchachas más pequeñas también había muerto mientras trataba de interponerse entre el curelingo y la madre. Se trataba de Daveded una chica tímida y reservada. Saulum la recordaba riendo en el río y no pudo evitar un pinchazo de dolor en su pecho. Dalem se apoyaba en un bastón improvisado y se miraba con desaprobación la pierna izquierda. Una pequeña mancha de sangre señalaba donde estaba la herida y no dejaba de quejarse por el escozor que le producía mientras Lati permanecía a su lado atenta a todas las necesidades del muchacho.

Baradawen dio un paso al centro y todas las caras sombrías se volvieron hacia ella. En su cara podían verse los surcos que habían dejado las lágrimas y sus ojos grandes estaban hinchados y rojizos. Les devolvió la mirada a todos y aclarándose la garganta se dirigió a ellos.

- Mi madre ha muerto. Una de mis hermanas ha muerto y aunque me siento rota, destrozada por dentro, aunque preferiría tumbarme aquí mismo y llorar hasta que se secasen mis ojos, voy a continuar y voy a tener esperanza, porque si algo he aprendido estos días es en confiar en mis semejantes y en tener esperanza para continuar. Nuestra madre ha muerto. Alguna de vosotras piensa que es por culpa de los muchachos. Pensáis que nos habían abandonado y que por culpa de ello ahora nuestra madre no está entre nosotros. Quiero que no penséis eso porque es mentira. Ellos han vertido su sangre y arriesgado su vida hasta el final para cuidar la nuestra. Hoy mi madre está muerta pero yo estoy aquí para



dar gracias de que sigo viva y sé por qué sigo viva, por la valentía de estos muchachos. Sé que mi madre así lo entiende. Descanse en paz. – Volviéndose hacia los muchachos se acercó para tomar las manos de Isilbar cuyo rostro sucio se la quedó mirando con inquietud. – Ahora quiero daros las gracias por arriesgar vuestra vida por nosotras. – Con delicadeza susurró unas palabras de agradecimiento mientras besaba las sucias mejillas del sorprendido muchacho para luego acercarse a Traguerd y hacer lo mismo hasta llegar a Saulum. Saulum la miró honestamente a los ojos, emocionado. La vio bella y no pudo imaginar cómo una vez había pensado que ese rostro era feo. Baradawen se puso de puntillas para ganar altura y sin aviso estampó un apasionado beso en los labios del muchacho el cual tras un momento de duda devolvió con la misma intensidad. Baradawen tomó la mano de él y llorando se echó a un lado.

El resto de las muchachas hacía cola para dar las gracias a los muchachos que aun agotados y doloridos encontraron renovadas sus fuerzas ante tal muestra de afecto y sinceridad. Sus ojos se iluminaron con una luz extraña y poderosa. Sus almas estaban conmovidas llenas de una emoción intensa y desconocida, henchidos de satisfacción.

Medio día de camino bastó para que el grupo llegase al valle y dejase atrás la montaña y el bosque. La campiña se extendía verde e inmensa y el día con su sol radiante alejaba de la mente del grupo todo dolor o miedo. Algunas muchachas se permitieron soltar gritos de alegría y danzaban o daban saltos expresando la sensación de liberación que sentían. Todo eran sonrisas o al menos casi todo. Era el final del camino para algunos.

- Si camináis en dirección sudeste pronto encontraréis alguna población que gustosamente os asistirá. Nosotros no os acompañaremos más allá de la linde del bosque.

- ¿Es así como acaba todo? – Baradawen se acercó a Saulum toda seria. - ¿No vendréis con nosotras? – Saulum miró por encima del hombro de la muchacha y no dijo nada. – No significa nada lo que sentimos el uno por el otro, ¿verdad?

- Lo que siento por ti es algo que es inexplicable, Baradawen y nunca me atrevería a frivolizar con el tema. Es que...

- ¿Qué? Dime, ¿Estas acobardado por algo?

- No emplees ese tono conmigo mujer, no me siento acobardado por nada.

- Yo creo que sí. – Y se fue dándole la espalda. – Nos vamos chicas, recoged vuestras cosas.

- ¡Tengo responsabilidades! ¿Entiendes? ¡No puedo dejarlo todo por algo que siento y que ni siquiera entiendo qué es! – Ella no se volvió a mirarlo y se alejó ayudando a otras a recoger.

Saulum encrespado se volvió para ver como a Ferald no parecía irle mejor con Dilise la cual se alejaba llorando. Dalem se acercó cojeando y aclarándose la garganta se dirigió a su superior.

- Saulum. – El pelirrojo miraba fijamente al suelo y no parecía saber cómo empezar. – He pensado que...con esta herida no seré de mucha utilidad en el frente y en cambio con ellas...pues que puedo acompañarlas todavía un trecho y asegurarme de que están bien.

- ¿Quieres insinuarme que estás desertando?

- ¡Desertando, no!, sólo me retrasaría un poco más que vosotros, ¡pero por supuesto que pienso volver! – Saulum se lo quedó mirando construyendo la frase que le diría para desarmar sus argumentos pero pensándolo mejor se relajó y se sintió más benigno.

- Ve tranquilo compañero, ya me inventaré algo que decir a Altero. – Dalem elevó radiante su mirada y no supo que decir. Algo torpe dio un abrazo a Saulum que este recibió con una sonrisa incómoda. Lati reía feliz y daba las gracias al muchacho vehementemente apretando el brazo de este en señal de cariño.

Los compañeros le dieron el adiós no pudiendo evitar comentarios sarcásticos que ponía rojo a Dalem que se iba sonriendo. Los muchachos reían y le felicitaban palmeándole la espalda y deseándole mucha suerte esperando volverlo a ver pronto.

Del grupo de muchachas que se alejaban se volvían algunas para agitar sus manos en señal de despedida. Kaela corrió y de un salto se abrazó a Saulum para soltarle un beso ruidoso a la mejilla de este para luego volver a alejarse con una sonrisa. Ctedd le envió un beso desde lo lejos y le deseó suerte antes de irse no sin antes darle las gracias por todo.

Los compañeros volvían sobre sus pasos por el sendero de la montaña pero Saulum se resistía a irse hasta que al fin se resignó a marchar. Cuando ya había dado la espalda al grupo alguien gritó su nombre desde lejos.

Baradawen corría hacia él.

Saulum salió de la linde del bosque a recibirla y sintió como un nudo se le hacía en la garganta y que su pecho se contraía. Se abrazaron y permanecieron así por un momento. Al fin se distanciaron un poco y ella buscó los ojos de él. Trató de hablar pero de su garganta sólo salió un sonido entrecortado hasta que al fin se aclaró esta.

- Sólo quiero que sepas que lo entiendo – Se acercó a besar su mejilla y sin decir más se alejó corriendo en pos del grupo que la esperaba.

Saulum les dio al fin la espalda y tomó el sendero que llevaba a través de la montaña.

## Capítulo 8

7.

A aquella gloriosa campaña le siguió un año de aparente calma hasta que llegó el momento más amargo para el resto de compañías; en las pasadas semanas dos de las fortalezas defensivas de la marca, Canto de Grajo y Pedregal, habían caído, y sus moradores descuartizados o hechos prisioneros por los curelingos. Esto era un acontecimiento desastroso y tenía a los hombres desmoralizados. Se consideraba a estas fortalezas inexpugnables, distribuidas a lo largo de la frontera, ocultas por la roca y la espesa arboleda.

Si los curelingos habían hallado la manera de encontrarlas estaban todos perdidos.

Aunque dentro de lo malo no ocurrió lo peor. Los Sin Madre que tenían su residencia en sendos alcázares estaban guerreando más al sur cuando ocurrió el desastre y sólo se hubo de lamentar grandes bajas entre los regulares. La suerte, una vez más, estuvo de su parte,

La pérdida de los alcázares supuso un reajuste que fue llevado a cabo muy inteligentemente por los generales, realizada rápida y eficazmente. Se fortificó el resto de fortalezas y trató de rehacerse la línea de defensa lo mejor que se pudo. Aquello había abierto una brecha en cuña que había que taponar.

Este reajuste también se notó en Puerta de Entrada que, aunque alejada de la posición de aquellas, no bajaba por ello la guardia. La actividad aumentó y los nervios estaban a flor de piel. Los soldados clamaban venganza.

Altero hizo llamar a Saulum a su oficina en la torre más alta de Puerta de Entrada, una tarde de primavera y frente a un par de copas de vino habló Altero de esta forma:

– Los generales han decidido que es necesario un ajuste de cuentas. Ha llegado el momento de que les devolvamos sangre por sangre: les llevaremos la guerra a su hogar. Nuestros espías llevan semanas explorando el terreno. Tenemos localizado un emplazamiento curelingo al noroeste de aquí a no más de dos días de distancia. Está alejada de la frontera por lo que la defiende solo una pequeña guardia. Realizaremos un ataque con pocos efectivos. Será un ataque rápido, golpear y huir. Yo lideraré al grupo y quiero que formes parte de él. Les demostraremos que no nos dan miedo y que nuestra mano es larga, que podemos entrar y

salir y hacerles daño como ellos a nosotros. Es necesario. ¿Cuento contigo?

Cinco horas antes del amanecer, veinticinco hombres armados salieron en silencio sepulcral de la puerta de Throll y se adentraron en la espesura del bosque, solapados en la noche. Anduvieron a buen ritmo a grandes y ágiles zancadas siempre bajando al valle, territorio de los curelingos. No clareaba todavía cuando se adentraron en las planicies verdes curelingas temerosos de ser descubiertos en terreno abierto. Pero la noche fue su aliada y ningún ojo enemigo vio a los valerosos hombres. Superado el primer escollo, el resto fue terreno más boscoso donde se movían cómodos y era más fácilmente ocultarse. Comían sin hacer fuego, descansaban las horas justas para cumplir con el apretado programa, siempre en movimiento, sobre todo durante las horas oscuras.

Los espías, durante su escrutinio a los curelingos, habían descubiertos que estos hacían acopio de alimentos y otras mercancías que trasladaban al castillo a través de un pasillo bajo tierra que empezaba junto a un río. Por allí entrarían y por allí saldrían.

Después de día y medio de viaje furtivo por tierras hostiles, llegaron a orillas del río, donde el espía les esperaba para mostrarles el camino a la puerta que daba al pasadizo, no sin antes descansar y reponer fuerzas así como dedicar un tiempo a la mentalización y discusión de los últimos detalles.

Arropados por la oscuridad cayeron sin piedad sobre los habitantes del lugar. El ataque encontró a los curelingos después de la cena y la oposición en un primer momento fue muy débil y muy mal orquestada. Los extraños e inhumanos rostros curelingos expresaron sorpresa e incredulidad y caían bajo las espadas de Los Sin Madre con esa incredulidad reflejada en los ojos. La guardia reaccionó tarde y cuando lo hizo, los grandes salones ardían bajo las llamas al igual que las estancias donde descansaban. Se oían continuos gritos de horror o de auxilio en el extraño lenguaje curelingo y todo era un completo caos. La matanza en pocos minutos se había consumado.

Saulum buscaba nuevas víctimas por entre las habitaciones llevado por la ira y la sed de venganza cuando escuchó la señal que llamaba a la retirada. Cegado por la emoción del ataque se había despistado del resto del grupo y por lo lejano que le había sonado el silbido se daba cuenta de lo mucho que se había apartado. Bajó unas escaleras que le llevaron a las cocinas y allí encontró un guarda curelingo que parecía tan desconcertado como él mismo de encontrárselo allí. El curelingo levantó su sable y con un grito de guerra se lanzó contra él. Con ágil salto se encaramó Saulum a

una alta mesa para luego saltar a la otra.

El curelingo frustrado fue detrás del humano y descargó su furia en el lugar donde segundos antes se encontraba el guerrero. Saulum aprovechó para soltarle un agujonazo en el brazo que hizo que la sangre azul oscura manchase el suelo. Luego corrió y volvió a encaramarse a otra mesa para saltar a otra y luego a otra. Le arrojaba trastos, útiles de cocina y de todo de lo que encontraba, enojando cada vez más al guarda. Este soltaba sablazos a diestro y siniestro tratando de dar con el humano que siempre se escabullía. A Saulum se le acabaron las mesas a las que saltar y el curelingo creyó haberlo atrapado con lo que una sonrisa de burla se dibujó en su rostro. Con una rapidez inhumana fue a ensartar a Saulum pero este ya previó el movimiento con antelación, salvó su guardia por debajo y hundió su hoja a la altura del abdomen. Ser más pequeño tenía que ser una ventaja. La mole fue a caer hacia atrás y en su caída abrió lo que parecía una gran nevera para carnes. Dentro, una veintena de pequeños ojos se le quedaron mirando. El terror dibujado en sus caritas inocentes.

Espada en mano, Saulum se acercó al umbral que daba a la estancia, consternado por lo que estaba viendo. Antes de que pudiera entenderlo del todo, desde su escondite una sombra se lanzó para atacarle. Con habilidad Saulum se deshizo del ataque respondiendo con una patada al vientre que hizo que su atacante acabara en el suelo. Se trataba de una curelinga, una hembra, más baja que los machos. Jadeaba y miraba con una mezcla de rencor y miedo. Una extraña jerga salía de su boca. Sin entender nada de lo que decía, Saulum supo interpretar una clara intención de ruego y de súplica.

Entendió.

Aquellos eran los niños.

Habían ocultado de algún modo a los niños protegiéndolos del ataque y aquel guarda que yacía ahora muerto había sido su última esperanza. Pensó en llamar a Altero para dar cuenta de todos ellos pero se detuvo un momento a pensarlo. Contempló a la mujer suplicándole, su rostro lleno de lágrimas, contraído por el miedo, y luego quedó fascinado por la inocencia de los púberes. Sin decir nada, dio media vuelta y se alejó en la dirección en la que Altero silbaba con urgencia, no sin antes indicar a la mujer el camino por el que debía huir. En el salón, rodeado por llamas exponiendo su vida, Altero y otros dos hombres esperaban.

- ¡Saulum, ¿Qué hacías? Hace rato que di la llamada para retirarnos.

- Lo sé amigo pero algo me retuvo. ¡Vámonos!

Altero palmeó la espalda de Saulum y cuando se disponía a seguirle algo le llamó la atención. Reculó unos metros y se asomó por la

puerta justo para ver como la hembra curelinga arengaba al último de los púberes para que huyese. Esta se volvió para encontrarse los ojos inyectados en sangre de Altero y sin mediar palabra salió corriendo para desaparecer. Altero dio media vuelta y corrió en dirección opuesta para encontrarse con los demás e iniciar la huida.

Aquella noche, tras recorrer gran parte del trayecto de regreso a casa, la pasaron en un escondite preparado y oculto, todavía en terreno hostil. Altero agarró por el hombro a Saulum y se lo llevó a una esquina apartada.

- Vi lo que te retuvo – Altero estaba furioso. - ¡Eran los malditos hijos de los curelingos y les dejaste huir!

- No son mis enemigos, Altero. Nadie que no pueda defenderse es mi enemigo.

- Pero sí son tus enemigos. Esos retoños suyos crecerán y se sumaran a las espadas que mañana arrasarán nuestras ciudades. Esto es una guerra. Acuérdate como ellos no tuvieron piedad y mataron a tus hermanos y a los míos, ¡y no levantaban más palmos del suelo de lo que lo hacían estos de hoy!

- Lo sé Altero, pero yo no mato niños.

- Siempre te guías por tus propias normas, ¿No, Saulum? Harás bien en recordar que son tus enemigos y que ellos no demostrarán piedad alguna, la misma que tuvieron en Pedregal o en Canto de Grajo, ¡Díselo a ellos! ¡Maldita sea, Saulum! Si se corre la voz entre los curelingos de que somos unos estúpidos piadosos, esta guerra no durará ni dos días más.

- Haz lo que debas. Si crees que tienes que ponerlo en tu informe, adelante, estoy en tus manos. Eres mi superior y no puedo hacer nada. He contravenido las órdenes. Hazme juzgar por ello. Pero no me sermonees más. Hice lo que me pareció que debía hacer.

- Está bien Saulum, no contaré más contigo para este tipo de operaciones. No tienes el estómago que hay que tener.

- Me parece perfecto. Devuélveme a primera línea de lucha pero no me involucres más en estas cacerías de niños.

- Es una guerra amigo, tienes que entenderlo.

- Lo entiendo pero no me gusta. En la medida de lo posible, prefiero mantener mi humanidad. Además, - empezó Saulum en tono más amigable, palmeando la espalda de su amigo - anhele que se hagan mayores; que se unan al ejército como tú dices, para que encuentren su

final en mis manos.- Altero rio ante el comentario y juntos fueron a dormir dando por zanjado el tema.



## Capítulo 9

8.

La frontera se reforzó con hombres vigilantes por todo el perímetro puesto que se esperaba una respuesta curelinga que no se hizo de rogar. Los siguientes meses fueron de lucha intensa con periodos intermedios de calma. Los hombres no cedieron un palmo de tierra y sólo se saldó con numerosas bajas, tanto de un bando como de otro.

Saulum, bastante cómodo al mando de la lanza, aún se atrevió a llevar la lucha a la zona dominio de los curelingos, llevando a cabo planeadas escaramuzas contra sus posiciones. Siempre ataques rápidos y furtivos, llevando el caos a sus corazones.

A finales de otoño, tras un periodo de relativa calma, la lanza de Saulum retozaba al resguardo de la espesa arboleda, disfrutando de un merecido almuerzo. Saulum, como era habitual, comía solo con su mirada perdida, pensando o soñando en cosas que sólo él sabía, cuando unos de los hombres que había mandado como explorador irrumpió con gesto apremiante en el improvisado campamento.

- ¡Saulum! ¿Dónde está Saulum?- Preguntó en voz baja, como si temiera ser escuchado. Su rostro reflejaba angustia y tensión. Con señas, le indicaron dónde podía encontrarle. De los nervios cayó a los pies de su jefe. - Saulum, una columna de a tres avanza por el sendero iy se dirige a Puerta de Entrada! - Saulum asintió y poniéndole una mano en el hombro le dijo que se tranquilizase. Mirando al resto les ordenó que permanecieran en silencio prestos para la acción. Pidió al explorador que le guiase y que le enseñase lo que había visto e indicó a su segundo que les siguiera. Se encontraban a apenas cincuenta metros del sendero y no tuvieron que andar mucho para llegar a él.

Desde una posición alta, Saulum contempló a las ordenadas huestes curelingas que avanzaban en silencio. Aquello llamó la atención al joven puesto que aquello era del todo anormal. Contó una centena de ellos, no más, ¿y tan en el interior del bosque?, ¿Qué tramaban? No era una fuerza invasora desde luego, ¿entonces? El sendero no les llevaría a Puerta de Entrada pero sí demasiado cerca como para permitirlo. Con precaución volvieron sobre sus pasos al campamento.

Dio claras instrucciones sobre lo que sus hombres debían hacer. Con la cobertura de los árboles, las flechas de sus hombres darían cuenta de los curelingos pero aun la veintena de hombres con los que contaba no podría con la centena de ellos. Mandó un mensajero a la zona en la que debía de encontrarse la lanza de Fedalar para solicitar refuerzos y él mismo se acercaría a la base avanzada donde se esperaba encontrarse a

Altero.

No tardó ni diez minutos. Jadeante dio la contraseña a los vigilantes apostados en la espesura y aun corriendo entró en la sala de mando del edificio. Ni Altero ni ningún otro superior se encontraba allí en aquel momento. Eso significaba que tendría que ser él quien dirigiera la ofensiva. Mandó a varios hombres para que buscasen a Altero o al general encargado y tomó bajo su mando al grupo de hombres que allí se encontraban.

Cinco minutos después, avanzaba hacia el sendero seguido de dos veintenas de hombres que corrían haciendo el menor ruido posible, camuflados por la espesura de la vegetación.

Uno de sus hombres corrió a su encuentro y le informó de la situación: Fedalar había llegado con sus hombres y se encontraba apostado en el lado derecho del sendero esperando la orden de atacar mientras que sus propios hombres, los de Saulum, controlaban el lado izquierdo. Varios zapadores curelingos habían estado inspeccionado la zona y no se les capturó puesto que estas habían sido las órdenes de Saulum y tal y como este había predicho, los curelingos no parecían saber muy bien donde se encontraba la fortaleza, sino que parecían avanzar a ciegas por el sendero. Saulum se preguntó si andaban perdidos. Estas noticias le tenían más confundido. No tenía lógica esto que hacían los curelingos.

Avanzando en paralelo al enemigo, Saulum los observó oculto entre las sombras. Los curelingos estaban cometiendo un suicidio.

Con una señal clave, Saulum dio la orden de iniciar el ataque. Las flechas silbaron al surcar el aire. Todas dieron en el blanco. Los curelingos eran muy duros y hacía falta más de una flecha para acabar con ellos. Aun dio tiempo para tres andanadas más de flechas, pero luego se hizo necesario el uso de las espadas para acabar de una vez por todas con ellos. Saulum con sus guerreros cayó en medio de ellos y con gran habilidad fue ensartando a sus rivales, sembrando el dolor y el pánico entre ellos. Fedalar hizo lo propio y realizó una carga desde lo alto con sus hombres. Esta segunda ola hizo que muchos curelingos perdieran la vida. Los Sin Madre aullaron de ira y reuniendo toda la fuerza y destreza que pudieron, combatieron a sus enemigos diezmándolos hasta que sólo quedó un solo núcleo de ellos. Saulum se dio cuenta de que parecían proteger a su general, un curelingo ataviado con ropas distintas y lo que parecía una extraña corona. La defensa curelinga era impenetrable, pero otra vez la intrepidez de Saulum hizo que al final cayera derrotada. Superando la guarda de uno de ellos, Saulum realizó un tajo por debajo del ombligo de su enemigo con lo que sus intestinos cayeron al suelo. Antes de que este cayera al suelo, Saulum ya atacaba a otro. Abierta la brecha, los

guerreros entraron por allí matando al enemigo.

Para sorpresa de todos, el que parecía el jefe de ellos y otros cinco, se sentaron entrecruzando las piernas, arrojando sus armas a un lado, las palmas de sus manos hacia arriba y sus cabezas gachas. El jefe de ellos dijo con perfecta pronunciación:

- Nos rendimos. Nos encomendamos a vuestra piedad.

La sorpresa de Saulum fue ya grandísima ¿Un curelingo que hablase su idioma? Nunca se le hubiera pasado por su cabeza. Sin pensarlo alzó una mano y detuvo el ataque. Todos se detuvieron a su orden. Jadeantes y cansados miraron de hito en hito a su jefe y al curelingo. Fedalar se adelantó a Saulum.

- Llevémoslos como trofeos de esta batalla a Puerta de Entrada. Son nuestros prisioneros.

- Espera - La cabeza de Saulum daba vueltas y no precisamente por culpa de la carnicería que acababa de tener lugar. Algo estaba mal. Curelingos tan al sur caminando senderos humanos, curelingos rindiéndose cuando había visto cientos de veces como luchaban hasta el final y morían si era necesario, y ¿Curelingos hablando? - Limpiad la zona y mandad zapadores al norte en un radio de diez kilómetros. Maniatadlos y traedlos. No vamos a Puerta de Entrada.

- ¿De qué hablas? En primer lugar, nunca tomamos prisioneros y si los hacemos hay que llevarlos al alcázar. Digo que los llevemos ahora.

- Hay algo extraño en todo esto y quiero averiguarlo antes de llevarlos a ningún sitio.

Amontonaron los cadáveres de los curelingos a una decena de metros del camino y se llevaron a sus heridos a y a sus muertos. Saulum guio a los prisioneros y las tres lanzas a un lugar alejado del sendero, en un claro entre los árboles. Dispuso a los prisioneros que se sentaron juntos, cerca los unos de los otros. El que iba ataviado con la corona se sentó el primero. Los hombres de Saulum los vigilaban con los arcos dispuestos.

Saulum se acercó a dos metros del cabecilla. Se lo quedó mirando. Se despojó de su arco y puso su espada envainada a un lado y tomó asiento en frente del curelingo, para luego mirarle a los ojos. El curelingo le miró tranquilo, no había miedo en sus ojos. Parecía tener la paz del resignado, del que sabe que no puede esperar mucho de la situación.

- Hablas mi idioma.

- Si - El curelingo que estaba a su lado comenzó a farfullar en su idioma. Parecía enojado, su cara crispada.

- No sé lo que dice y no me gusta. Dile que calle o haré que uno de mis hombres le ensarte con una flecha - El curelingo asintió, se volvió hacia su compañero y le habló en su idioma para luego volverse a Saulum.

- ¿Se lo has dicho?

-Sí.

- ¿Cómo conoces mi idioma?

- Lo aprendí.

- Eso es evidente. ¿De quién?

- De los humanos, por supuesto.

- Ningún humano enseñaría a un curelingo.

- Mis humanos, sí.

- ¿Mis humanos?

- Eso he dicho.

- ¿Tienes humanos que te pertenecen?

- Eso es.

- ¿Y cuantos humanos tienes?

- Muchos - Un rumor creció entre los soldados. Todos habían escuchado la conversación y se movían inquietos -.

- ¿Qué hacíais tan al sur del bosque?

- Buscar...¿Puerta de Entrada? No conocía el nombre de vuestra fortaleza.

- ¿Y qué pensabais hacer cuando la encontraseis?

- Destruirla, claro.

- ¿Sólo con cien guerreros?

- Sí.

- No lo creo.- El curelingo sentado al lado de quien hablaba volvió a murmurar y Saulum le miró molesto. El que hablaba emitió una orden seca y este calló.

- Bueno, no he sido muy cortés, me llamo Saulum. Sólo soy un humilde jefe de lanza. No encontré a mis superiores y ahora están ausentes. ¿Quién eres tú?

- Soy Adaverk, monarca de los curelingos, señor de la guerra. - El rumor entre las lanzas fue aún mayor, todos exclamaban excitados por la gran suerte de haber atrapado con vida al monarca de los curelingos. Saulum enarcó una ceja. Supuso que simplemente tendría que creérselo. El curelingo sentado a la vera del monarca volvió a murmurar apremiante a su señor. Saulum dio una señal y una flecha atravesó la garganta del curelingo, que cayó hacia atrás. El monarca cerró con fuerza sus mandíbulas y cerró los ojos. Las gotas de sudor le caían por la frente y las mejillas.

Saulum aún se lo quedó un rato mirando. Algo seguía sin encajar. Aquel curelingo bien podía ser su monarca o el encargado de las letrinas vestido de rey, porque a sus ojos todos los curelingos le parecían iguales. Sin embargo la entereza con la que parecía afrontar la situación y algo en el porte del curelingo le indicaba que aquel era distinto, especial. Casi le creyó entonces. Volviéndose a su segundo, le indicó que hiciera traer a tres hombres y que allí mismo cacheasen a los prisioneros, los desnudasen e investigasen hasta el último agujero.

Treinta minutos después, Saulum tenía ante sí todo lo que habían encontrado y ya sabía que había encontrado aquello que no había sabido que tenía que buscar; habían encontrado algo anómalo en el oído derecho del monarca. Curiosamente en él y no en el resto de prisioneros. Estaba debajo de este y se adaptaba anatómicamente con lo que hubiera sido difícilmente detectado sin una inspección deliberada. Liberado de la sustancia que la ocultaba camuflándola como si de piel curelinga se tratase, quedaba un pequeño artefacto del tamaño de un haba y de una forma parecida. Parecía frágil en la mano de Saulum y lo más fascinante de este era la vibración, apenas perceptible en los dedos, que emitía con la cadencia del latido de un corazón.

- ¿Qué es?

- Es...- Carraspeo para aclarar la voz. Parecía dudar. - Es un artefacto

diseñado para mejorar la audición de quien lo posee.

- Tú no parecías necesitarlo porque he hablado muy bajo y has escuchado perfectamente mi pregunta - El monarca se mordió los labios y arrugó la frente - En todo caso me parece fascinante.

Saulum se quedó mirando el pequeño artefacto con admiración. ¿Artefactos que mejoraban la audición del que lo poseyera? Le pareció cosa de otro mundo, impensable para los suyos. Recordó la trompetilla que usaba un viejo soldado de Puerta de Entrada y pensó lo útil que lo hubiera encontrado aquel, suponiendo que esto fuera aquello que decía el curelingo. ¿Y qué tal un artefacto que indicase la posición a otro curelingo a kilómetros de distancia cuando era accionado por otro sujeto? También de ciencia ficción. Eso explicaría el misterio de cómo habían dado con las fortificaciones, destruyéndolas. Aunque era sólo una hipótesis. Lo colocó en el suelo, tomó una piedra y de un movimiento seco aplastó el artefacto. Volvió a golpearlo hasta que la vibración desapareció. Se volvió a mirar al monarca. Sus ojos se habían vuelto totalmente inexpresivos, opacos, hundidos. El resto de prisioneros, sin embargo, parecían más abatidos e incapaces de ocultar su decepción. Justo entonces llegó Altero y el resto de generales.

-Saulum, ¿Qué ocurre aquí?

- Altero, llegas justo a tiempo. Los prisioneros están listos para ser llevados a Puerta de Entrada. Tengo muchas cosas que contarte.

## Capítulo 10

9.

Era raro que se hicieran prisioneros a los curelingos pero alguna vez se había hecho. Tras investigaciones realizadas por el estado mayor, se confirmó que previa caída de las dos fortalezas, se habían hecho prisioneros. No sólo eso. Las circunstancias, sino las mismas, sí habían sido muy parecidas. Los supervivientes relataban una incursión fallida curelinga en la que se hacía preso al que decía ser monarca de los curelingos. Se hizo correr la voz: los prisioneros serían cacheados buscando el mismo artefacto que había sido encontrado en el curelingo llamado Adaverk.

A este, y a los que les acompañaban, se les sometió a duras torturas. Sólo por la intermediación de Saulum lograron sobrevivir dos de ellos. Adaverk era uno de ellos. Fueron encarcelados en lo más profundo de las mazmorras de Puerta de Entrada y pronto olvidados.

La guerra continuaba y por lo cruento de las batallas, se decía que hacían lo posible por dar con su rey, o así le parecía a Saulum ya que las más intensas batallas se daban por su zona, donde los guerreros de Adverk habían caído. Parecían movidos por la ira y la desesperación y eso les hacía pelear peor. Saulum los repelía una y otra vez.

Por aquella época fue cuando Saulum comenzó a bajar a las celdas. El celador le procuró una silla bastante cómoda y la situaba enfrente de las rejas en las que un abatido Adaverk lloriqueaba en silencio. Los primeros días no pudo establecer una conversación en toda regla pero, con su insistencia, consiguió despertar cierto interés en el curelingo.

Saulum le traía noticias de fuera, le contaba lo bien que llevaba su campaña contra los suyos y criticaba el hacer de los generales curelingos a quienes tildaba de "fanfarrones estúpidos". Con ello hacía que el curelingo se arrancara su apatía de encima y que defendiera a los suyos con fervor. Después de esto, satisfecho por haber sacado al curelingo de su estado, Saulum llevaba la conversación por otros derroteros. Le interesaba saber cómo era la vida de un curelingo, cuál era su visión de las cosas y del mundo, cómo veían a los humanos y porqué les odiaban tanto.

Cada día bajaba para charlar con quien ya estaba seguro que era el monarca de los curelingos. Pasaba una hora u hora y media con él antes de marcharse a dormir siempre que podía o se lo permitían sus obligaciones. Al principio era una ligera molestia para Adaverk pero pronto

los encuentros eran esperados por el curelingo con gran anhelo. Continuaban temas de conversación durante una semana entera antes de pasar a otro o simplemente se mantenían en silenciosa reflexión separados por los barrotes. Crearon juntos un lenguaje personal y privado, sus propias bromas y anécdotas que les hacían reír y allí curelingo y humano crearon un, hasta entonces, impensable lazo de unión.

Cuando Adaverk superó las primeras reticencias, habló largo y tendido sobre sus costumbres como curelingo a un Saulum ávido de conocimiento. Por supuesto, ocultaba todas aquellas referencias que pudieran servir militarmente al humano, pero en el resto se explayó. Pintaba los relatos con todo lujo de detalles, lleno de una melancolía infinita, nostalgia por la pérdida de todo lo que ya nunca volvería a ver.

- Ya sé que eres quien dices tú que eres. Háblame de los días en que eras rey. ¿Cómo es, ser rey?

Habló y habló sin temor porque como el amigo que conoce a su amigo, leyó profundamente en el corazón de Saulum como ningún hombre lo había podido hacer antes. Saulum tenía curiosidad infinita sin maldad. Luchaba porque tenía que luchar.

Saulum también habló a petición del monarca. Nunca antes había hablado tanto. Si se lo habían pedido alguna vez, él había rechazado la petición con un "No". Aunque salvo Altero o Badera nadie más que se había interesado por él antes. Y Badera siempre hablaba por los dos. No obstante, descubrió que no era tan difícil y que lo hacía con gran naturalidad hasta el punto de incluso gustarle. Adaverk escuchaba atento cada palabra, reía cuando tenía que reír, callaba cuando tenía que callar o hacía los comentarios justos y pertinentes. Con ello descubrieron que no eran tan distintos el uno del otro. Distintos, sí, pero también coincidían.

- Deberías escribir todo lo que te ocurre, tus pensamientos, reflexiones. Tu vida llenaría libros. ¿No escribes un diario? Preguntó una noche de abril Adaverk.

- ¿Un diario? Si ni siquiera sé escribir. No sé leer ni escribir. No había tiempo para eso en la instrucción. Sólo sé leer mapas, señales, huellas de animales...ese tipo de cosas.

- Yo podría enseñarte. Nos sobra el tiempo. Bueno, hablando con propiedad, me sobra el tiempo a mí.

- ¿Escribes también mi idioma? ¿Me enseñarías?

- También escribo tu lengua. Escucha, esto haremos; trae un libro de la biblioteca, uno de letras grandes con ilustraciones. Trae también hojas y



algo con lo que escribir. Empezaremos mañana mismo.

Al día siguiente, Saulum consiguió todo lo que le había pedido el monarca. Mandó colocar dos mesas con sillas para ambos: una del lado de Adaverk y la otra por fuera para él mediando los barrotes entre ellos. Excitado, tomó asiento y como un alumno educado esperó en un silencio expectante. Adaverk tomó una hoja en blanco y una pluma demasiado pequeña para su enorme mano.

- En tu idioma se conocen veintiocho letras que son las veintiocho letras del abecedario. En mi idioma hay treinta y dos. La forman cinco vocales y el resto son consonantes. Las vocales son la a, la e, la i, la o y la u. La a se escribe así. Esto es una a. A ver, prueba tú.

A petición de Adaverk y a escondidas de sus superiores, Saulum le llevaba varios libros que robaba de la biblioteca. Adaverk, avezado lector, encontró una mina de conocimientos en la literatura humana que llenaba sus solitarias y ociosas horas hasta la esperada llegada de su amigo humano. Saulum notó un cambio esperanzador en el curelingo. Anteriormente había estado conversando con alguien que había perdido la esperanza de vivir pero ahora, una persona diferente le recibía cada noche, alguien que había recuperado la ilusión por la vida.

Antes de comenzar la clase, Adaverk dedicaba unos minutos para alabar la belleza y profundidad de los libros que Saulum le traía. Hablaba de ellos embelesado con los ojos perdidos, con lo que Saulum ganaba en motivación para aprender las letras para así poder leer algún día aquellos libros de los que tan bien hablaba el curelingo.

Y así pasaban los días, luchando, vigilando la frontera durante el día, para transformarse en dedicado estudiante por las noches.

Saulum era todavía joven y nada duro para aprender por lo que Adaverk decidió realizar una introducción a su idioma, enseñándole algunas cosas básicas sin profundizar para no interrumpir el rápido avance en la escritura y lectura de su propio idioma, pero sí lo suficiente como para mantener conversaciones básicas.

Dedicaban siempre un rato al final para charlar justo cuando la clase ya se hacía muy pesada y era mejor dejarlo.

- Vuestro último ataque fue especialmente audaz.

- ¿A cuál te refieres?

- Atacasteis mi palacio de verano. Hará seis meses de ello ahora. Tuvisteis a todo el mundo alterado. En pocos días se corrió la voz de que unos infiltrados habían arrasado al palacio, ¡Tan lejos de la frontera! Mis generales no podían creerlo.

- ¡Oh, sí! Pero yo no tuve nada que ver, ¡aunque estuve allí!

- ¿Estuviste allí?

-Sí, pero no teníamos ni idea de que era un palacio de verano o algo así. Creo que nadie lo sabía, seguramente ni nuestro comandante lo sabía. Sólo era un objetivo militar. Nuestro servicio de espionaje es más bien bastante rudimentario. Bien podíamos haber atacado un palacio de verano, una barraca llena de soldados o una porqueriza lleno de puercos. Es curioso como entre nosotros abunda una gran ignorancia sobre vosotros.

- Claro. Entiendo.

- He hablado con espías. Cuando cruzan la frontera es como si fueran a otro mundo. Creo que tienen dificultades en interpretar lo que ven.

- Lo mismo, creo, nos pasa a nosotros, aunque a un nivel distinto.

Ambos quedaron en silencio, pensando en sus cosas.

- Pero – se animó a continuar el curelingo - la fortuna acompañó a mi familia. Estaban mis hijos, sus primos y al cuidado de ellos mi esposa. No disteis con ellos y consiguieron huir. Fui tan feliz entonces cuando pude abrazarlos de nuevo - Saulum enarcó una ceja y prefirió callar. Adaverk que lo observaba también calló y se lo quedó mirando - En realidad no fue así como ocurrió. Daverisa, mi esposa, me contó que fueron descubiertos por un guerrero humano, que no sólo les perdonó la vida sino que les indicó como escapar de allí. ¿Puedes creerlo?

- Si eso que me cuentas llegase a ciertos oídos, ese soldado sería desterrado al instante o algo peor.

- Me dio mucho que pensar aquel acto de piedad. Hizo tambalear el castillo de naipes que es el sumun de conocimientos que tenía sobre los humanos. Lo mismo que llevas haciéndolo tú desde que mantenemos estos encuentros, amigo.

- Lo mismo me ocurre contigo curelingo, lo mismo me ocurre contigo.

## Capítulo 11

10.

Otra noche de un sábado de invierno, hablaban mientras degustaban un vino que Saulum había hurtado del despacho de oficiales. Celebraban el ascenso de Saulum. Tras un año de exitosa campaña contra los curelingos, Saulum era nombrado capitán de Compañía.

Había preferido escapar pronto de la fiesta ofrecida en su honor por el resto de colegas para pasar un rato con su amigo el monarca.

Habían estado leyendo juntos un extracto que Adaverk había encontrado especialmente delicioso de un libro de filosofía y juntos debatían el contenido. En un intermedio, Saulum prefirió cambiar de tema y tras un sorbo del rico líquido bermejo preguntó:

- ¿Por qué combate más ferozmente tu raza en el Desfiladero de las Tres Cruces? Tras años de combatiros he notado que centráis demasiado vuestros esfuerzos en esa área, y se da la casualidad que es el área que yo defiendo y que tiene su acceso al paso que guarda Puerta de Acceso. Sois siempre tan predecibles que francamente, me lo ponéis muy fácil. Sois como olas chocando una y otra vez contra las rocas.

-¿Realmente dices que no lo sabes?

- Ni la menor idea. Lo he comentado con el resto de capitanes y están de acuerdo conmigo. La frontera es basta pero más de la mitad de las veces las mayores trifulcas se montan precisamente ahí. ¿Qué demonios ocurre allí que os tiene tan ofuscados con meter el hocico?

- No puedo creer que me lo estés preguntando, ¿Será que otro mito sobre los humanos caerá esta noche?

- No me dejes con la intriga hombre, ¡habla ya! ¿Por qué lo hacéis?

- Por el Dröm, claro. - Saulum mantuvo el silencio expectante. Daba a entender que no sabía de qué estaba hablando. - El Dröm. El Dröm es, era, un centro de peregrinación de todos los creyentes. Iban por miles todos los años a adorar a nuestra deidad, a nuestro dios. Y para ello habían de hacer parada en Careicarcatuun, que en curelingio significa...

- ¡Puerta de Entrada! ¿Me estás diciendo que vuestro dios está en nuestras tierras? - No podía creérselo -.

- Los humanos crecáis en número a una velocidad que no cabíamos en nuestro asombro. Hubo una época en la que estuvisteis en plena

expansión. El Dröm nunca era vigilado, ino había necesidad de hacerlo! y antes de que las voces de alarma fueran escuchadas tu pueblo había construido ciudades y granjas, arabais la tierra donde antes crecían árboles, construís puentes y dirigíais el curso del río allí donde deseabais, cazabais por estas montañas y estas cacerías incluían más de una vez el asesinato de creyentes peregrinos, curelingos de paz totalmente desarmados, seres que no deseaban la muerte de ningún ser. Mi padre, por aquel entonces andaba más preocupado con otro pueblo, entonces más belicoso que el vuestro. Tomó decisiones que llegaron demasiado tarde, los humanos se hicieron fuertes y desde hace cien años ningún curelingo de fe ha vuelto a pisar Dröm. Es por ello que desde entonces tratamos de abrir una vía que nos permita asegurar esa zona para que muchos curelingos, cientos de miles de ellos, puedan reiniciar su peregrinación, continuar con su vida religiosa.

- No lo sabíamos. Al menos no se nos dijo nada.

- Me hablaste de cómo tus padres fueron asesinados y de cómo a raíz de aquello os enviaron a ti a tus compañeros huérfanos a las fortalezas. Aquella incursión curelinga, esa precisamente, fue el más ambicioso de los proyectos de reconquista que hasta entonces se había proyectado. En muchos sentidos fue un éxito. Reculasteis muchos kilómetros pero en la montaña os defendisteis bravamente y se detuvo el avance. Tan cerca estuvieron de conseguirlo – suspiró -. Hasta ahora.

- Tanto nuestro canciller como mis superiores son todos unos burros. Malquevich podría tener una perla en el culo y no verla hasta que esta se perdiera después de defecar. Dudo de que tengan noticia de que existe ese templo del que hablas en estas montañas. Si lo supieran, imagino que lo utilizarían de algún modo a su favor, ¿no? Yo lo haría.

- Ahora lo sabes - Los dos se miraron en silencio-.

- Sí, es cierto.

- Creo que hablé demasiado. La necesidad de hablar empujado por la soledad y este vino tan delicioso han soltado mi lengua. Espero que mi pueblo me perdone.

- He dicho que lo haría, no que lo vaya a hacer.

- Yo en tu lugar también lo haría. Podría significar el final de la guerra. De saber que su templo se vería amenazado, los curelingos dejarían las armas.

- Ahora sí que estás hablando demasiado.

- Sí, maldito vino. Creo que pararé de beber.

- Si confiara en mis superiores y estuviese totalmente convencido de que tal idea pudiera llevarse a cabo sin que al final lo estropeasen todo, quizás me lo plantease. Pero son unos verdaderos asnos. Estoy triunfando en un mundo donde me limito a destrozar a mi enemigo y me alaban por ello. No me piden que piense. Se limitarían a saquear tu hermoso templo, se llevarían las estatuas, los adornos para sus mujeres, para sus casas... Ni pensarlo.

- Eres un ser peculiar, Saulum.

- Esta peculiaridad me ayuda a sobrevivir en un mundo vulgar y sin sentido. Me mantiene cuerdo.

## Capítulo 12

11.

Dos años pasaron desde que Adaverk fuera hecho preso por Saulum. Dos años haría ese mismo mes y dos años hacía que Saulum bajaba siempre que podía a verlo, a compartir su tiempo con él.

- Este mes cumplimos aniversario, Saulum.

- Lo sé.

- He escrito una carta y me gustaría que se la hicieras llegar a mi mujer.

Saulum permaneció en silencio. Algo dentro de él se rebelaba, fuerzas internas se oponían.

- Toma. Puedes leerla. Sé que lo harás porque tú nunca traicionarías a tu pueblo ni harías nada que pudiera significar traición, así que yo te la ofrezco libremente.

- Siempre podrías haber escrito en clave, amigo.

- No hay nada en claves te lo aseguro, sólo la carta de un curelingo cuyo corazón está roto y su alma destrozada que quiere hacer saber a los que ama que está vivo y que todavía mantiene las esperanzas de volver a verlos, aunque sean nimias.

- No creo que pueda hacerlo, Adaverk. Es mucho lo que me pides, muy arriesgado. Me pides que ponga en juego la vida de los míos y eso es más de lo que haría...por ningún amigo.

- ¡No hay segundas intenciones ni juegos sucios! ¡Ninguna traición, te lo aseguro! ¿Cómo indicarles el camino a este lugar? ¡Llevo cinco años encerrado, cinco! Me trajisteis con los ojos vendados y aunque recordase, qué sé yo... el piar de los pájaros cercanos a este lugar ¿cómo ponerlo en clave escrita para guiarlos hasta aquí? Por los dioses Saulum, ¡fue hace cinco años! No recordaría nada.

- Simplemente el hecho de que supieran que estas vivo...no sé, les infundiría nuevas fuerzas para luchar. Las consecuencias podrían ser desastrosas. He de pensarlo.

- ¡Oh, no! El que mi vida estuviera amenazada podría ser el fin de las hostilidades, al menos por un tiempo. No te traicionaré Saulum. Todo lo contrario amigo: te estoy abriendo el corazón. Lee la carta, ¡léela! Va dirigida a Daverisa, mi mujer. Solo ella sabrá, sólo ella la leerá. Será un

secreto entre tú, ella y yo si tú me lo pides.

- Déjame pensarlo - Después de tanto tiempo, aquella reunión fue la más breve de tantas que se habían sucedido.

Necesitó una semana y cuando tomó la decisión, al instante siguiente tuvo el presentimiento de que habría de arrepentirse más temprano que tarde y quizás lamentarlo por el resto de su vida. Rogó a sus dioses para que no fuera así. No obstante, prometió una muerte lenta y dolorosa a su amigo si este se la jugaba. Adaverk solo quiso abrazarlo tras los barrotes, cosa que no ocurrió. Nunca se habían tocado.

Saulum había leído la carta doscientas veces y no había encontrado nada extraño, sólo palabras sinceras y cariñosas dirigidas a su esposa, escritas con gran sentimiento y entregada devoción. Acordaron que esta iría sellada y que quedaría bien claro el destinatario; Daverisa, con lo cual nadie más leería la misiva, aunque esta parte quedaba un poco al azar, dependiendo de la integridad del mensajero que Saulum encontrase.

Saulum olvidó pronto su recelo anterior y se sintió como movido por una causa justa, haciendo feliz a su amigo a la vez que él se sentía feliz.

La parte más complicada era hacer llegar la carta a su destinatario. Cualquiera idea que se le ocurriera le parecía peligrosa. Algunas por el simple hecho de que no ofrecían garantías suficientes de que llegase a destino íntegramente y otras tantas porque ponían en riesgo su propia vida de manera innecesaria.

A falta de una buena idea, decidió llevarla consigo en sus salidas diarias hasta que se diera una oportunidad propicia.

Y esta se dio a los tres meses.

Fue un encuentro totalmente azaroso en el que la vida del propio Saulum corrió grave peligro. Su lanza andaba algo perdida por culpa de la niebla y por las vagas indicaciones de un explorador novato. El rutinario ejercicio de vigilancia se había convertido en una dificultosa tarea; la de encontrar el camino de vuelta a casa antes de que anocheciera.

No veían a más de quince metros por lo que habían perdido las señales principales de referencia y aquélla parte del bosque era desconocida para

todos.

Lo mismo le debió ocurrir al destacamento de curelingos puesto que cuando ambos grupos se encontraron, parecían bastante relajados, hablando animadamente de lo que sea que hablasen en su extraño idioma y tampoco se esperaron lo que se iban a encontrar.

Casi se dieron de bruces los unos con los otros. Cuando ambos bandos tomaron conciencia de la presencia del otro, se hizo un silencio sepulcral, la sorpresa y la incredulidad dibujada en sus rostros.

Ambos grupos vacilaron. Saulum contuvo la respiración como el resto, realizando rápidos cálculos de probabilidades ponderando la mejor vía de acción que los sacase de aquel apuro y que además le permitiese a él entregar la misiva.

A su señal desenvainó la espada y pronto sus hombres estuvieron listos. Los grupos se medían mutuamente, haciendo amagos de iniciar el ataque para con ello hacer que el otro hiciera un movimiento en falso. Saulum supo mantener a sus hombres con la cabeza fría.

Los humanos los doblaban en número pero los curelingos, al ser más corpulentos, se sabían suficientes para lidiar contra ellos.

Los curelingos cayeron en la trampa. Saulum había aprovechado el tiempo y sin que fueran detectados, había situado a hombres en la retaguardia de los curelingos. Estos atacaron primero y dieron la señal. Tras unos violentos encuentros los curelingos iniciaron la huida y Saulum y sus hombres la persecución. Sus hombres aullaban e insultaban a los curelingos que huían, pero Saulum tenía la mente en otra parte.

Después de superar un recodo, cuál fue su sorpresa cuando se encontró de cara a un curelingo, espada en mano, su cara crispada de dolor. De su pierna derecha manaba sangre a borbotones y le impedía correr. Dos hombres de Saulum llegaron justo entonces y se disponían a acabar con el sufrimiento del curelingo. Saulum les espetó que le dejaran a él, que ese era suyo. Los dos hombres se volvieron hacia él con cierta incertidumbre en sus rostros que luego mudaron en medias sonrisas crueles de complicidad. Les indicó que continuasen con la persecución unos kilómetros más y que luego reunieran a la Lanza donde se había iniciado el enfrentamiento, prometiéndoles que él se encontraría con ellos más tarde allí. Eficientes, asintieron y fueron corriendo a acatar sus órdenes.

Cuando se hubieron alejado, se acercó al curelingo malherido. Este le miraba con odio. Parecía dispuesto a vender cara su vida y no rendirse fácilmente ante su enemigo.



- Dejar tu espada en suelo. Yo curar. - Trató de hablar en el poco curelingo que conocía y esperó que su pronunciación hubiera sido lo suficientemente buena para que le entendiese. Al curelingo se le cambió la cara. Su rostro era toda sorpresa e incredulidad. Como no dejase su arma en el suelo, Saulum volvió a repetir la orden tratando de mejorar su pronunciación añadiendo; - Rápido, no tener tiempo.

- ¿Hablas mi idioma? ¿Cómo...cómo?

- No tener explicaciones para ti. Toma. Taponar herida con esta...piel. - Le pasó unas gasas y unas grandes hojas de una planta medicinal. También una piel, una cuerda y un palo para hacer el torniquete -.

Mientras el curelingo se hacía los primeros auxilios sin dejar de apartar la vista del humano, totalmente confundido por el proceder de este, Saulum escuchaba las voces de sus hombres que se gritaban los unos a los otros en la niebla para volver a encontrarse con el grueso de la Lanza. Trataba de idear una respuesta lógica de lo que allí estaba pasando para dársela a quien le encontrase allí de esa guisa. Aunque rezaba por no tener que darla y rezaba porque el curelingo se diera prisa.

- ¿Cómo hablas mi idioma?

- No hay tiempo soldado...tú hacer algo para mí.

- ¿Quieres que haga algo para ti? Me has salvado la vida pero tienes que estar loco si crees que haré algo por un sucio humano.

Saulum no entendió todo lo que le dijo pero quitó importancia a lo que fuera que hubiera dicho y prosiguió.

- Calla. Escucha. Tu hacer llegar carta a Gran Señora Daverisa. Nadie más que ella poder leer esta carta. Dar en mano a Gran Señora Daverisa. ¿Entendido has?

El curelingo enmudeció sin poder creer lo que habían escuchado sus oídos recibiendo la misiva que el humano le tendía firme. Se quedó mirando como atontado la carta que sostenía en sus grandes manos. El nombre de la reina, escrito en un pulcro estilo curelingo, quedaba claramente visible. No había duda de ello. Aquel humano hablaba un curelingo horrible pero parecía tener sentido lo que quería decirle. Con el asombro todavía pintado en su rostro, estudió de nuevo a aquel humano que le había dado lo necesario para poder cerrar la herida.

Saulum andaba receloso. No estaba seguro de que aquel gran cabeza de chorlito hubiera entendido nada pero confió en que la carta fuese en sí

misma explicación suficiente.

- Carta a Daverisa - repitió con poca convicción.

- Que entregue esta carta a la reina Daverisa. - Repitió el curelingo incrédulo mientras, ayudado de su espada, volvía a retomar la posición vertical.

Saulum asintió. Aquello habría de ser suficiente. Las palomas más tontas lo hacían igual haciendo menos preguntas. Sin dejar de mirar al curelingo reculó para perderse en la niebla, no sin antes indicarle al curelingo que se fuera, cosa que hizo como impulsado por resortes.

Esa noche llegó más tarde que lo habitual a su cita diaria, pero antes de ir a acostarse tuvo tiempo de darle la noticia;

- Entregué la carta hoy. Tu esposa sabrá de ti al fin, o eso espero.

Adaverk se acercó corriendo a los barrotes sonriente aunque algo preocupado.

- ¿Eso esperas? ¿Cómo que Eso esperas?

- No lo sé. Algo en la cara de ese curelingo que convertí en tu mensajero me hizo dudar. Me da la impresión que di con el más tonto de la clase.

Adaverk se lo quedó mirando con la consternación pintada en su cara, casi como desolado.

## Capítulo 13

12.

Altero supo todo este tiempo de los encuentros entre Saulum y el curelingo. Saulum le mantenía al tanto de casi todo lo que ocurría en estas reuniones y de este modo Altero quedaba tranquilo y no había necesidad de que nadie más supiera sobre estos encuentros. Altero no encontraba esto más extraño que otras rarezas de su amigo así que prefirió confiar en él. Además encontraba en extremo interesantes las cosas que Saulum le contaba a veces aunque no podía dejar de prevenirle de que si esto se supiera, los generales no lo verían con ojos tan permisivos como los suyos.

Pero nunca había ocurrido nada.

Saulum discutió con él la posibilidad de que el curelingo pudiera hacer llegar una carta a su familia. Altero se opuso de todas las maneras pero Saulum actuó por su cuenta y Altero se limpió las manos y seriamente fue entonces cuando se planteó denunciar este comportamiento a sus superiores y así amenazó a Saulum pero este, una vez más, le convenció de que nada ocurriría, que él asumiría toda la responsabilidad y que él jamás se vería implicado. Altero, a regañadientes, permaneció en silencio, pero avisó de que no permitiría ningún otro comportamiento que pusiera en peligro la seguridad de sus hombres. Saulum le aseguró de que era la última vez.

Fue Altero el primero en recibir la noticia de boca de uno de sus hombres, junto con una caja de madera de palisandro sellada; un pequeño grupo de curelingos ataviados con exquisitas vestiduras habían levantado una gran carpa justo en el límite de la frontera en un pequeño claro en la falda de la montaña arbolada. Habían situado banderas blancas por todo el perímetro y en general el aspecto del conjunto era amistoso, nada belicoso. Situaron al frente pajes con banderas blancas que enunciaban a viva voz y haciendo uso del dialecto humano, que venían en son de paz portando un mensaje para ser entregado a los grandes señores humanos.

La Lanza de Fedalar, que era la más adelantada, fue la que se encontró este extraño escenario. Tan inusual era que Fedalar no supo que hacer o cómo reaccionar en un principio. Algo receloso, envió a dos hombres al encuentro de uno de estos pajes. Todos estaban preparados para una trampa que nunca estuvo planeada. El paje entregó una caja sellada a los dos hombres - la misma que ahora tenía Altero mientras escuchaba, comprendiendo a la perfección todo lo que estaba ocurriendo - y sin más, se alejó en dirección de la gran carpa. En el interior de la cajita había dos rollos de pergamino lacrado que al ser desenrollado contenía un texto de letras de trazos góticos en color escarlata, uno de ellos escrito claramente

en legibles vocablos del dialecto humano común y, el otro, en curelingo. En el primero se leía la cabecera: A la atención del Señor de la Guerra de la Frontera Noroeste. Para Saulum.

Altero despachó al hombre y mandó llamar a Saulum. Este acudió una hora después. Justo acababa de llegar de una ronda de vigilancia. Cerraron la puerta con llave detrás de ellos y juntos abrieron la caja sellada con ávida curiosidad. Tenía el sello roto. Había sido investigada diligentemente por Fedalar y luego por el jefe de llaves de Puerta de Entrada, aunque ninguno de los dos tenía ni la más mínima idea de lo que ponían pues no sabían leer. El otro pergamino tenía como destinatario, como bien pudo atestiguar después Saulum, a Adaverk.

Leyeron primero el destinado a Adaverk. Saulum tradujo todo lo bien que pudo. En todo caso era una carta sencilla y bien escrita; líneas que expresaban alegría y congoja, esperanza y ansias de reencuentro. Lo demás eran noticias de cosas que habían cambiado en cinco años. No había nada que hiciera pensar en algo extraño. Ambos estuvieron de acuerdo tras una hora de minuciosa exploración del documento.

Luego leyeron juntos la misiva dirigida a Saulum; primero agradecía la bondad de permitir que su esposo se pusiera en contacto con ella. Lo calificaba como un acto de paz que jamás sería olvidado. No olvidaba, no obstante, las formalidades; eran dos dirigentes de bandos opuestos y estaba segura de que juntos podrían llegar, tras pacíficas negociaciones, a un acuerdo por el cual ella reclamaba la repatriación de su marido. Refería que estaba dispuesta a ceder tierras o bienes hasta llegar a una justa transacción. Invitaba al joven señor a reunirse con ella para discutir los términos de la negociación. Ella la esperaba en la carpa dispuesta en la misma frontera al abrigo del Kirierne, la montaña.

Los dos guerreros se miraron en silencio. Saulum hacía tiempo que tenía claro por qué intercambiaría al rey.

- Los hombres y mujeres prisioneros de los curelingos. Adaverk hablaba de miles de ellos. Nuestros hombres por su monarca.
- ¿Y el fin de las agresividades?, ¿El fin de la guerra?
- Es demasiado ambicioso amigo, pero podemos conseguir alguna prerrogativa más, ¡claro! Apuesto a que su reina estaría dispuesta a ceder mucho más.
- El valle de Enon. El valle de los Sin Madre.
- ¡Imagínate, recuperar nuestras tierras sin un solo derramamiento de

sangre más!

Saulum corrió escaleras abajo, hacia las mazmorras, llevando consigo el rollo de pergamino. Era todavía comienzo de la tarde y Adaverk, que no le esperaba, yacía tumbado leyendo. Dejó el libro a un lado y se acercó a los barrotes para tomar el pergamino de manos de Saulum y sentado en el suelo comenzó a leer. Cuando hubo terminado se volvió hacia Saulum.

- ¿Cómo puedo agradecértelo? No puedes imaginar lo que esto significa para mí.

- Junto con esa carta, había otra para mí. Voy a reunirme con Daverisa. Voy a negociar con ella un intercambio y tú serás la moneda de cambio.

- ¿Y por qué vas a intercambiarme?

- Voy a dejarte sin esclavos. - El curelingo le dedicó una primera mirada dubitativa y luego se le iluminaron los ojos al comprender. Los dos rieron juntos.

Saulum a la mañana siguiente partió, tan individualista como siempre, acompañado por un grupo de hombres fieles en dirección noroeste hacia la carpa. El sol, que todavía no había acabado de salir, era una bola roja por encima de la neblina del valle.

Desde lejos, a unos trescientos metros, la carpa se veía ocupada por un pequeño número de personas, sus siluetas entrecortadas contra el lino blanco.

Con sus hombres ocultos todavía en la linde del bosque, Saulum, visible para los ocupantes de la carpa, ondeó una bandera blanca y luego esperó. Al rato, una figura salió de ella y se acercó al humano con paso decidido. Un curelingo cubierto de vestiduras elegantes, con el cabello recogido en coletas aceitadas que le conferían un brillo húmedo, se detuvo a escasos cinco metros y se lo quedó mirando. Luego de un rato de observarle, se dirigió a él en un perfecto dialecto común;

- La Monarca os espera.

- Decidle que es una hermosa mañana y que la temperatura perfecta. La esperaré allí. -Señaló una planicie despejada a unos cien metros a la derecha de la carpa.

Cuando estuvo a escasos diez metros reconoció el rostro de la curelinga. Era la misma mujer que tan valientemente trató de defender a los niños cinco años atrás en el palacio curelingo. Esta vez, su cara reflejaba serenidad y un porte que la diferenciaba, que la señalaba como matriarca de su pueblo. Saulum supo apreciar la belleza de la curelinga y no pudo evitar quedarse admirando el corte de sus ricos vestidos y la belleza del hilado de su capa.

Con la misma serenidad, la reina abrió una silla plegable que traía consigo y tras ponerla en el suelo se acomodó en ella. Entrelazó sus manos en el regazo y con gesto tranquilo se quedó mirando al humano que yacía sentado en la hierba con los pies entrecruzados. No pareció reconocerle a pesar de que por precaución Saulum llevaba la misma máscara con la que ocultaba su rostro hacía cinco años en el ataque al palacio.

- Dudo de que exista, en ninguna crónica hablada o escrita hasta ahora, constancia del encuentro entre un curelingo y un humano. Un encuentro cara a cara, en igualdad de condiciones. Es la primera vez. Esto es historia.

- Y sin embargo, ya ha ocurrido antes.

- Debéis estaros refiriéndoos a mi marido. ¿Le conocéis?

- Bastante bien, y casi puedo llamarlo amigo.

La reina abrió los ojos de asombro y sacudió la cabeza como para despertar del aturdimiento. No parecía poder dar crédito a lo que oía.

Hablaron aunque no extendidamente. Daverisa dio el sí sin regateos. Le pareció, de primeras, un intercambio justo. Estaba desesperada por volver a ver a su marido. Acordaron que, en la mañana del catorce del mes de lluvias, los esclavos serían liberados y que cruzarían la frontera con el permiso de los curelingos. Incluso cedió, como muestra de buena voluntad y en señal de que no planeaba ninguna treta, para que los esclavos fueran liberados antes incluso de que Adaverk estuviera de regreso. El valle de Enon sería abandonado por los ejércitos curelingos, previa entrega del monarca.

Todo parecía satisfactorio para ambas partes. Saulum ni siquiera insinuó el fin de la guerra, no porque Daverisa no hubiera estado dispuesta a negociarlo, sino porque todavía tendría que vérselas con los mariscales, los cuales todavía nada sabían del intercambio con los curelingos.

Sí, ya estaban enterados.

A su regreso le esperaban en la gran sala de reuniones de Puerta de Entrada. Estaban todos y el canciller Malquevich también. Dedicó una mirada cargada de ira a Altero que le esperaba bajo el vano de la puerta.

- Saulum, te avise de que no permitiría nada más que se saliera de la norma. El estado mayor tenía que saberlo.

- ¡Ah! Aquí está nuestro joven capitán. - Un Malquevich algo rechoncho y seboso se levantó de su silla para, conciliador, acercarse a Saulum. - Ven muchacho, quiero felicitarte. ¡Me ha parecido la jugada de un genio, de todo un gran estratega! Todo lo que has hecho muchacho... y ya me dijo Altero que el secreto y la furtividad eran fundamentales para propinarles este gran revés que vamos a asestar al enemigo. ¡Es fantástico! ¿No les parece, señores? Este capitán ha estado nada menos que cinco años intimando con el curelingo con el propósito oculto de vengarse por la muerte de sus padres y al fin, va a hacer pagar a ese sucio curelingo por su sangre derramada. Y ¿cómo? Pues desvelando que en realidad se trataba de su monarca. Utilizando esa información en su provecho... en nuestro provecho, la victoria sobre esos cabrones está más próxima que nunca. ¿Acaso no es grande nuestra fortuna? ¡Nada menos que tener prisionero al monarca cueilingo! ¡Qué momento más dulce! ¿No es así muchacho?

- A sí es desde luego, mi señor. - Saulum mantenía la mirada esquiva, conteniendo la ira y la frustración que sentía por dentro.

- Y bueno chico, ¿Cómo fueron las negociaciones con esa zorra curelinga?

- Inmejorables mi señor. Está dispuesta a liberar a todos los esclavos y a ceder el valle de Enon.

- ¡Fantástico, fantástico! ¿Y cuándo serán liberados muchacho?

- En el plazo de una semana, señor.

- ¿Es eso posible?, ¡Tan pronto! Esta será una victoria sencilla entonces.

- Señor, no cederá las tierras de Enon hasta que su rey sea entregado. La retirada de sus tropas por la entrega del prisionero.

- Ya veo, ya veo. Bueno, has dado tú palabra, ¿no? Te felicito muchacho, serás recompensado. Ahora deja que tus superiores lleven el resto del asunto. Hay mucho de qué hablar aquí y muchos planes que hacer. Muy bien, muy bien capitán. Perdona que te diga esto, pero me pareces un

muchacho poco ambicioso. - Malquevich cerró la puerta y dejó a Saulum con la réplica que murió sin salir de su boca. No le gustó la mirada de complicidad que había entre los mariscales y el canciller. Se la iban a jugar y él no podía hacer nada.

Apremiado por un fatídico sentimiento, fue a reunirse con el curelingo en las mazmorras. Encontró su celda vacía y abierta de par en par. Ya no estaba allí y tampoco estaban sus cosas. Se le habían adelantado. A dónde se lo habían llevado no podía saberlo pero esperaba que no muy lejos.

El celador jefe no pudo contarle mucho; Malquevich vino con sus guerreros de elite y dando órdenes se llevó al prisionero y nada dijo sobre su destino o sobre su nuevo paradero.

Saulum sospechó que Malquevich no se lo había llevado fuera del alcázar. Muy probablemente seguía entre sus muros y, por lo que conocía al canciller y si no se equivocaba, lo habría acomodado cerca de sus propios aposentos.

Saliendo al patio de armas, se acercó a un oficial;

- ¿Dónde se hospeda Malquevich?

- En la torre – le indicó alzando un dedo de uñas sucias y apuntándolo hasta lo alto de la estructura de piedra.



## Capítulo 14

13.

Nubes negras surcaban el rostro de Saulum el soleado día en el que los curelingos cumplieron con su parte.

En cambio, Malquevich, rodeado por su séquito de mariscales y demás oficiales, asistía a la llegada de los primeros liberados con una gran sonrisa de satisfacción en su cara.

Como si se tratasen de colonos que por primera vez pisasen aquellas tierras, la fila de humanos liberados llegaba al bosque con una alegría inmensa en sus rostros. Cantaban y lloraban, se acercaban a abrazar a los guerreros a quienes reconocían como sus libertadores.

Iban cargados con sus pertenencias y su andar era lento pero constante. Humanos de toda la montaña se habían acercado y se apiñaban para buscar a un familiar desaparecido y no era raro ver un reencuentro lleno de emotividad entre un hermano con otro, un padre que reencontraba a su familia o una madre a su hijo.

Saulum, todavía atribulado pero llevado por la curiosidad, caminó al final de la cola de liberados y reflexivo los contempló. Estrechaba las manos que se ofrecían o aceptaba el abrazo de una señora que lloriqueante le daba las gracias; pasaba la mano por la cabeza de niños que se acercaban para que les enseñase la espada o que se ofrecían para enrolarse en los ejércitos.

Todo esto le hizo olvidar por unos momentos y se consoló pensando que al menos algo bueno había hecho.

El último de los liberados era un hombre mayor de barba gris, dos cabezas más alto que el propio Saulum. Se ayudaba con un báculo al caminar y sonriente mantenía una animada conversación con dos jóvenes.

- Perdonadme señor, ¿sois el último de los humanos que estaban presos por los curelingos?

- Sí, al menos el último de los que han querido regresar.

- ¿Perdón? Repita eso por favor.

- Aquí tiene. Es un papel en el que vienen las firmas de todos aquellos que han preferido no regresar. Exponen sus razones y con la firma de este documento esperan se exima de toda responsabilidad a los curelingos.

Fueron firmados libremente, puedo dar fe de ello señor.

Saulum tomó el papel de sus manos y consternado se puso a revisarlo. Se trataba de una lista de más un centenar de firmas y junto a ellas, unas breves líneas: No estoy en contra de mi voluntad...no se me trata con injusticia...deseo morir en esta tierra...soy útil aquí... Las razones eran diversas, tantas como firmas y al final del documento venía escrito Los arriba firmantes, sin otra voluntad que la propia, quedan al margen del acuerdo de liberación. Saulum no salía de su asombro. ¿Humanos que preferían vivir entre los curelingos?

Al inicio de la tarde ya había averiguado donde tenían a Adaverk y al crepúsculo ya lo tenía todo preparado.

La media luna estaba en lo más alto cuando él y otros cinco hombres ataviados con ropas oscuras subían escaleras arriba de la torre. Desarmaron y redujeron a los tres hombres que vigilaban la puerta sin ningún ruido. Extrajeron la llave a uno de ellos y Saulum abrió la puerta entrando como una exhalación en la habitación.

Un asustado e insomne Adaverk permanecía como una estatua de mármol sentado en el borde de la cama.

- ¿Qué es esto?
- Adaverk, te vuelves a casa. Coge lo imprescindible, nos vamos.
- Los libros, ¡los libros! ¿puedo llevármelos?
- Lo siento amigo, no puedo dejar que te los lleves. Vámonos.

Uno de los hombres pasó una manta para cubrir al curelingo y rodeándolo le instó a que saliera.

En formación cerrada en torno al rey, salieron de la torre. Los hombres de las puertas le eran fieles a Saulum y sin comentarios dejaron el camino expedito para que el grupo abandonase Puerta de Entrada.

Los ojos del curelingo y del humano se encontraron por un instante. Los ojos del rey brillaban llenos de gratitud. Saulum tiró de la manta para ocultar el rostro del curelingo y con decisión imprimió velocidad a su paso y al de sus hombres.

Caminaron en la más profunda y calma oscuridad. El silencio era intenso en lo profundo del bosque y sólo se oía el pesado respirar de los hombres

por su forzado caminar.

En dos horas llegaron a la frontera y en lontananza, Saulum creyó identificar a los curelingos enviados para recoger al monarca.

Los árboles se acabaron y comenzó la planicie de hierba verde cimbreada por una gentil brisa. Saulum mandó a sus hombres retroceder, ordenándoles que volvieran a Puerta de Entrada con la mayor premura posible. Caminando todavía, Saulum retiró la manta del rey y se la arrojó al último hombre que esperaba para llevársela.

- Adaverk, más adelante te esperan tus hombres. Malquevich no tenía ninguna intención de entregarte tan pronto. Tenía otros planes más traicioneros y estaba dispuesto a aprovecharse de mi palabra dada, por eso lo precipitado de la despedida.

- Pero entonces amigo, ¡corres peligro!

- No te preocupes por mí, ya inventaré algo. Escucha, me hubiera gustado permitir que te llevases esos libros que tanto te gustan, pero espero que entiendas que no podía hacerlo.

- Están en mi cabeza, Saulum. Gracias por los buenos momentos, por la belleza y por mi libertad.

- Vete ya amigo. ¡Hasta siempre!

- Saulum, ¡espera!, deseo decirte tantas cosas... - Pero Saulum ya corría hacia el bosque y hacia Puerta de Entrada.

## Capítulo 15

14.

Era de madrugada ya cuando se aproximaba al acceso de Puerta de Entrada. Unos hombres, que hablaban en corro, se detuvieron al reconocerle desde lejos haciéndole señas de un modo casi espasmódico. Los reconoció al instante; eran compañeros suyos de los Sin Madre y Brutel, el jefe de llaves encargado de la puerta. Trataban de alarmarlo sin duda para que huyera, para que desapareciera, pero él estaba decidido a dar la cara, seguro de que Malquevich entendería sus razones. Pararon de hacer señas y en silencio ominoso lo contemplaron casi con la piedad esbozada en sus rostros. Hombres de élite de Malquevich ya le rodeaban y tomándole del brazo cruelmente y sin miramientos de ir con cuidado, lo escoltaron al interior de la fortaleza.

Todos los hombres del resto de Lanzas estaban ya en pie y al contemplar cómo se llevaban a Saulum comenzaron a increpar, soltar amenazas y a elevar la voz. Simplemente pedían un trato digno al capitán. Los hombres de Malquevich temerosos de la turba soltaron a Saulum y a una distancia prudencial le escoltaron hasta su señor.

Al entrar en la sala todos le dedicaron furibundas miradas. Malquevich estaba furioso, clavando en él una mirada inyectada en sangre, y el resto de mariscales se tiraba de los pelos. Alguno se le lanzó encima, cogiéndole de la camisa, maldiciéndole y otro se atrevió a escupirle. Los capitanes de Puerta de Entrada salieron en su defensa y crearon un perímetro en torno al capitán.

- ¡Es una calamidad! ¡Es una calamidad!... Eres un deshonor para el cuerpo... ¡Perro traidor!...Espantajo...Amigo de los curelingos...Vejiga llena de pis. - Todos insultaban en atropello, desfogando su ira en palabras, hasta que Malquevich impuso orden, para luego dirigirse a Saulum.

- Capitán Saulum. Has entregado al curelingo en contra de la voluntad del estado mayor.

- El trato era...

- ¡Era tu maldito trato, no el nuestro!

- Por eso mismo me he tomado las molestias de corresponder con el acuerdo yo mismo.

- ¡Me da asco tu cara! ¿Cómo te atreves a responder con tanto orgullo?

¿Cómo te atreves a responderme a mí así? Debería matarte aquí mismo.

- ¡Mátalo, mátalo! - Gritaban los mariscales y capitanes de los regulares y del ejército imperial.

- ¿Les oyes? ¡No sé qué me detiene! El curelingo era nuestra principal baza para llevar a cabo una serie de planes que ahora tú has echado por tierra, muchacho. Horas de trabajo echadas a perder por tu culpa, por culpa de un capitán orgulloso que se pensaba que era algo aquí, una persona con la suficiente autoridad para decidir por un pueblo entero, por una nación. ¿Te creías eso, capitán? Veo que no quieres responder.

- Sólo hice lo que pensé que era lo más correcto.

- ¿Lo más correcto para quien, capitán? No para nosotros, no. Para ellos entonces. Admites que eres un traidor y como un traidor voy a juzgarte. Saulum el traidor, así te recordarán a partir de ahora, y ya sé lo que voy a hacer contigo. Como veo que eres muy amigo de los curelingos, te destierro. Dejarás estas tierras para siempre. Te llevarán a la frontera y allí veré como los curelingos acaban con tu vida. Qué final más trágico, ¿no es cierto? Destruído por sus propios amigos, ¡allí no te valdrán las traiciones! ¡Llévao slo!

Los soldados le despojaron de sus armas, de su capa y de su yelmo y a empellones lo sacaron de la sala entre los gritos airados de los mariscales y las protestas de los capitanes de Puerta de Entrada.

En el patio había división de opiniones y lealtades. Se había corrido la voz y la mayoría estaba ya al tanto de lo que ocurría. Los había que también lo insultaban, incluso entre los Sin Madre, pero eran los menos. El resto permanecía pasivo sin decidirse a interpretar los actos del capitán como traición o como noble acto. La mayoría permanecía intimidada por las numerosas fuerzas del rey que poblaban las almenas con arcos y flechas. Preferían no pronunciarse esperando un mejor momento que aquel, mientras veían impotentes como era pateado como un perro el que fuera antes un valeroso capitán.

En la puerta, lo empujaron y cayó al barro de la entrada. Con barro en los ojos, Saulum trató de incorporarse cuando empezaron a darle patadas. Una le dio en las costillas y dolorido se fue al suelo de nuevo y con las manos trató de defender su cabeza de los golpes malintencionados.

Los hombres de Puerta de Entrada reaccionaron y con las manos vacías empujaron a los hombres armados de Malquevich, separándolos de un maltrecho Saulum, que todavía trataba de incorporarse gateando y arrastrándose por el lodo.

Badera, que también empujaba, se volvió a Saulum y le espetó en un tono de urgencia preñado de compasión - Saulum, ¡levántate! ¡Vete, corre! ¡No podremos contenerlos mucho más!

Dolido, más en el orgullo que en las costillas, dio media vuelta y escapó hacia el bosque sin mirar atrás.

## Capítulo 16

15.

Saulum vagabundeó por el bosque durante meses. Lo conocía a la perfección. Era su segundo hogar. Se limitaba a conseguir la caza que necesitaba para sobrevivir. Conocía todos los riachuelos o fuentes de agua y conocía multitud de plantas de distinto uso así como sabía qué frutas eran comestibles y cuales sólo le darían dolores de estómago. Vivir era más o menos fácil. Le bastaba con evitar las patrullas, las de un bando y las de otro, por lo que tenía que estar alerta a tiempo completo.

Pero se sentía muy desdichado, desamparado. Vivir de ese modo no era algo que él deseaba, pero sobreviviría de ese modo si era necesario.

Pronto tuvo que cambiar de planes. Le habían avistado un par de veces y Malquevich jugó con él a la caza del hombre. La montaña, tan basta ella, no era suficiente espacio para esconderse. De la noche a la mañana ya no era un lugar seguro para un hombre solo. Los grupos de cazadores fueron empujándolo cada vez más contra la frontera curelinga hasta que no tuvo otro remedio que cruzarla para quitárselos de encima.

En tierras curelingas, vagó evitando todo contacto, tratando de pasar lo más desapercibido que podía. Casi desde que pisó las tierras de su amigo, la idea de reencontrarlo le ocupaba su cabeza como una obsesión. Si le encontraba quizás sobreviviera, de otro modo, su vida no valía nada. Utilizó el mismo recorrido que años antes había utilizado junto con el grupo de asalto para atacar el palacio de verano. Rezaba por encontrarle allí y de no ser así, se planteaba entregarse a una patrulla y tratar de convencerles en su idioma de que le llevaran a su señor.

El palacio estaba en ruinas, tal y como lo dejaron él y los hombres de Altero, y no había nadie, absolutamente nadie.

Tomó entre sus manos guijarros del muro derruido y los arrojó con ira.

Caminó ese día algo más despreocupado a campo abierto, inundado por la más oscura desesperanza. Un sendero le llevó a lo alto de un monte y desde allí vio la ciudad de la más impotente belleza que jamás había visto en su vida y en ese mismo instante anheló visitarla. Si iba a morir, al menos lo haría con algo tan hermoso impreso en sus retinas.

Muchos curelingos que pasaban en berlinas o carruajes tirados por extrañas bestias se le quedaban mirando desconcertados. Primero desconcierto, luego cierto temor para sustituirlo finalmente por curiosidad.

Al fin, una patrulla se acercó y violentamente lo arrojó al suelo de un fuerte empujón. Saulum gritaba en el idioma curelingo pidiendo piedad con las palmas de las manos en alto dirigidas a ellos, llorando y rogando clemencia mientras chapurreando trataba de pedir audiencia con el monarca Adaverk.

Mientras, los soldados curelingos le ignoraban y reían con carcajadas crueles. Uno de ellos le puso el pie en la cabeza y comenzó a aplastársela contra el suelo. Bloqueado por el terror, Saulum gritaba una y otra vez las mismas palabras; - ¡Amigo Adaverk, amigo monarca curelingo...amigo Daverisa, amigo Daverisa monarca curelinga! Y como aquello no funcionase prefirió morir luchando y de un movimiento seco se deshizo de la presa del curelingo para luego golpear el bajo vientre del soldado que de no esperarlo se vio sorprendido y ya se doblaba sobre sí mismo.

Ágilmente, el humano se levantó y trató de hacerse con el arma del curelingo caído. Eran muchos y antes que pudiera hacer nada otro de una patada le devolvió al suelo. Saulum les insultó en curelingo y luego les escupió. El que parecía el jefe le agarró de la camisa y lo elevó por los aires.

- ¿Escucháis lo que dice? Creí que hablaba en su idioma perruno pero eso ha sonado a Hijo de Ramera. ¿Puede ser?

- ¡Llevo un rato tratando hablar en tu idioma, so bobalicón! ¡Hablo tu idioma, come mierda!

- ¿Oís? Este enano de verdad habla nuestro idioma. ¿Cómo es eso enano? ¿Cómo un peludo como tú habla el alto idioma curelingo?

- Trataba explicar; ¡Yo amigo de Adaverk! ¡Él enseñar! ¡Yo amigo de Daverisa! ¡Yo salvé su vida y la de sus hijos! ¡Yo le salvé su vida!

- ¿Qué tonterías dice el enano? ¿Qué salvó la vida de nuestra Monarca? Debe de estar mintiendo. ¡Rájalo y olvidémonos del tema.

- ¡No, espera! ¿Y si fuera verdad lo que dice el humano? ¿Cuándo has escuchado hablar de un humano que conozca nuestro idioma? Además, un primo mío, que vino hace poco del frente, me habló de algo...no recuerdo. ¡Da igual! Nos lo llevamos a palacio.

- Vas a tener suerte, peludo. Luego acabaré contigo. - El curelingo dedicó una sonrisa salvaje al asustado humano.



Acabó en un calabozo y pronto su presencia cayó en el más profundo olvido.

Perdió el aliento tratando de hablar con su carcelero, tratando de convencerle de que era amigo de Adaverk. Durante tres días, cada vez que el carcelero venía a darle de comer, comenzaba su retahíla pero el carcelero no se inmutaba. Durante el desayuno, el almuerzo, la cena, cuando venía para limpiar la letrina, siempre que podía.

Al cuarto día descubrió que el carcelero era sordo y que no veía muy bien, además de ser un total analfabeto.

Saulum simplemente se sentó en el fondo del habitáculo y se quedó mirando el techo, y el techo no cambió demasiado en el año que transcurrió allí entre aquellas cuatro paredes.

Al comienzo del segundo año sucedió algo remarcable. La cárcel estaba infectada de ratas. Las ratas correteaban por su lado con total impunidad paseándose libres y descaradas por todo el piso.

Saulum encontró una actividad que le sacaba del aburrimiento; sobrevivir a las ratas. Las declaró ingratas en lo que él consideraba su zona, declarándoles la guerra.

Probablemente aquello no habría llamado la atención de nadie de no ser porque las ratas mordían llegando incluso a ensañarse con el carcelero. No era de extrañar pues él llevaba la comida.

Administrativamente hablando, no sería problemático evacuar los calabozos. Se trataba de los calabozos de una pequeña comisaría militar; no había muchos presos que trasladar.

El encargado, al ver al humano, pensó en acabar con su vida de un modo rápido con un martillazo certero a la nuca. Dudaba de que alguien echara en falta a un humano con tal mal aspecto. Pero algo en el informe que leyó le hizo dudar y prefirió no cargar con la responsabilidad, por lo que realizó el traslado de los presos al completo. Vio como subían al transporte al humano, comenzó a firmar las autorizaciones para la desratización y pronto se olvidó del tema.

El nuevo hogar era un metro cuadrado más amplio. Se sintió exactamente un metro cuadrado más feliz, centímetro más, centímetro menos. Al

menos no había allí ratas.

Acostumbrado a su carcelero sordo, ni siquiera se le ocurrió volver a intentar conseguir su libertad tratando de convencerles sobre su relación con los monarcas. Había pasado tanto tiempo que ya ni lo recordaba.

Por las noches, cuando no podía dormir demasiado inquieto para poder hacerlo, cantaba. Eran viejas canciones que le cantaba su madre para irse a dormir, o canciones de marcha militar de sus tiempos de adiestramiento. Cuando agotaba su repertorio, se atrevía a componer sonetos improvisados a los que añadía él mismo la melodía y el ritmo. Cierta noche se sintió tan desgarrado por dentro que cantó tan alto como nunca lo había hecho antes. Y lloró. Y quedó dormido.

A la mañana siguiente, despertó con la ligera impresión de ser observado. Adaverk le estudiaba desde el otro lado de los barrotes. Sonreía radiante a pesar de que parecía más sorprendido y desconcertado que el propio Saulum.

Mientras se lavaba, cortaba el pelo y se arreglaba la barba, pensaba en su fortuna; a falta de un sitio más próximo, habían trasladado a los presos a los calabozos del palacio. Junto al ventanuco de su celda, había adherida una tubería que serpenteaba ascendiendo a lo largo del muro pasando cerca de las habitaciones de los monarcas. Daverisa había escuchado a Saulum cantar y conmovida por el sentimiento de lo que oía había despertado a su esposo, el cual permaneció en silencio reteniendo la respiración para escuchar mejor; reconocía la letra porque ya la había escuchado antes. En realidad la había leído de uno de los libros que Saulum le había llevado, uno de poemas y canciones populares. Especialmente interesado en una de ellas, pidió a su amigo que la cantase para él, cosa que hizo con una asombrosa voz cálida y melodiosa. Y ahora, esa misma canción le llegaba en la noche, sus notas ampliadas reverberando por una canaleta de bronce de desagüe pluvial.

## Capítulo 17

16.

Más a gusto consigo mismo y con su aspecto, entró en la sala donde le esperaban los monarcas. Permanecían de pie conversando juntos cogidos de la mano. Estaban rodeados por sus cortesanos que al verlo llegar, inclinaban su cabeza ante él a modo de reconocimiento y se apartaban para hacerle sitio.

- Se te ve mucho mejor, querido amigo. ¿Encontraste de tu gusto las ropas con las que te han vestido?

- Son ropas de reyes Adaverk, demasiado lujosas. Pero me encuentro a gusto igualmente. Agradéceselo a tus sastres de mi parte.

- Así lo haré. Saulum, hemos tenido tiempo de indagar los hechos por los que has llegado hasta aquí, hasta las celdas de mi propio palacio, pero los relatos de los interpelados son tan confusos que preferimos oír la historia de tus propios labios. Me imagino que conozco el principio, ¿no es verdad?

Saulum, se sentó en un sillón demasiado grande para él que le ofrecían, y comenzó a narrarles lo sucedido, desde la última vez que se vieran, hasta la noche en la que le escucharon cantar. Del año en el calabozo no hubo mucho que contar. Adaverk le entendió demasiado profundamente y su rostro en este punto se nubló, pero pronto el relato del amigo le hizo olvidar.

Prefirió omitir un par de puntos que no entorpecían en demasía el fluir de su relato y terminó con un suspiro.

- Y ahora no sé muy bien que pasará. Adaverk. Por la amistad que una vez tuvimos, te pido ayuda porque estoy desesperado.

- Saulum, no temas, porque desde este mismo instante tienes la protección de mi marido y la mía propia. Nada malo te ocurrirá entre nosotros, te ofrezco nuestra hospitalidad sin reservas. Pero, hay algo de tu historia que todavía no cuadra con lo que los soldados que te arrestaron cuentan. Ellos afirman que repetías una y otra vez una declaración por la que afirmabas que habías salvado mi vida. Saulum, ¿Es eso cierto? Y si lo es, ¿cuándo y cómo ocurrió?

Saulum apartó la mirada encontrando repentinamente algo muy interesante que inspeccionar en un rincón de la habitación reticente a

añadir nada más.

- Hace mucho tiempo de ello...no lo recordarás.

- Fuiste tú entonces, ¿verdad? Creí reconocerte cuando nos reunimos por primera vez con el propósito de negociar la suerte de mi marido. Antes de ahora todos los humanos erais iguales a mis ojos. Creí reconocer tu máscara y el modo intenso en el que fijabas la vista cuando estabas preocupado. Eras tú, no me cabe ahora ninguna duda.

- Estoy muy perdido. Saulum, esposa, ¿quiere alguien explicarme lo que está pasando?

- Acuérdate esposo, el palacio de verano.

- Encontré a tu esposa con todos aquellos jóvenes curelingos. Recuerdo el terror reflejado en sus caras. Mi deber era acabar con sus vidas pero entonces creí que no era mi estilo. Que moralmente era incorrecto. No debía hacerse. Indiqué a Daverisa como sortear el fuego y la vigilancia de los hombres de Artero para así poder escapar. Luego hui con mi compañía y a parte del propio Artero, nadie supo de mi irregular comportamiento.

- Hablamos de esto, ¿verdad? Sospeché que te guardabas algo y que no eras del todo sincero conmigo, pero entonces elegí respetar tu silencio.

- Bueno, ¿qué importancia tenía? Entonces no le di ninguna.

- ¿Cómo que qué importancia tenía? Una vez más pusiste tu propia vida en riesgo en un gran acto de piedad y conmiseración sin parangón entre nuestras razas. Salvaste a la Monarca de Curelingia nada menos, ¡a mi esposa! Toda Curelingia habría estado perdida si ella hubiese muerto. Créeme.

- Siempre les hubiera quedado su rey. ¿No?

Adaverk rio sin maldad, casi afectuoso, como si Saulum fuera un niño que hubiera realizado una travesura sin importancia, mientras que Daverisa simplemente sonreía cándida, contemplando embelesada a su marido. - Saulum, no comprendes. ¿Crees de veras, que la primera cabeza del reino, se dedicaría a servir de cebo para destruir fortalezas enemigas exponiendo de ese modo su vida como hice yo el día en que me capturaste?

- Ah, ¿No?

- No. Curelingia es un matriarcado, Saulum. No sé cómo aún no te has

dado cuenta quién lleva aquí los pantalones. En Curelingia, las mujeres gobiernan.

## Capítulo 18

17.

Saulum siempre había dormido en el suelo y aquella cama le pareció excesivamente cómoda, excesivamente blanda.

Así, cuando quedaba solo en su alcoba, cogía las ropas y las echaba al suelo para dormir en ellas. A la mañana siguiente, las recolocaba de tal modo que el servicio no notase nada.

Incluso la habitación le incomodaba de algún modo; era una habitación curelinga, incluso excesiva para las medidas de un curelingo, por lo que para él, era un espacio inmenso. Nadie en su tierra tenía una habitación tan grande y dudaba de que alguien jamás la hubiera tenido, ni siquiera Seadar IV en sus tiempos ni Malquevich ahora.

Tenía personas que se ocupaban de él, nombrados a dedo por los monarcas, y le procuraban todo lo que necesitaba esforzándose a todas horas por complacerle. Él se dedicaba a rehuirlos poniendo el mismo esfuerzo.

Aun desacostumbrado a su recobrada libertad, vagaba por el inmenso palacio sin destino concreto, admirando el simple diseño arquitectónico, contemplando la colección de aves de presa perteneciente a los monarcas, deleitándose con la belleza del jardín de hielo y de agua, prestando atención a conversaciones en la todavía extraña lengua curelinga, admirando su musicalidad e inflexiones, aprendiendo nuevas cosas cada día de aquel asombroso pueblo de maneras tan finas, contemplando amaneceres y atardeceres desde el balcón más alto que jamás hubiera concebido que pudiera jamás existir, maravillándose con el tamaño de las estalactitas y estalagmitas de la caverna más hermosa y vasta que jamás hubiera visitado, atendiendo a la música más delicadamente interpretada que jamás sus oídos habían disfrutado antes, observando a los curelingos practicar deporte, impartir justicia, deliberar decisiones de estado, bailar...

Su rincón favorito, después de un tiempo de estar deambulando, fue la biblioteca. Como fuera, ya en la fortaleza Puerta de Entrada, ya en el palacio, monarca y guerrero se reunían todas o la mayoría de las noches, para continuar con las clases de lenguaje. Saulum adelantaba ya bastante y leía a los grandes autores curelingos. Apuntaba aquellos fragmentos que no entendía y se los consultaba esa noche a su amigo, o apuntaba reflexiones personales y escribía borradores de ensayos sobre moral y ética, una idea que había tenido recientemente al notar con alegría que adquiriría soltura con las letras; sus ideas quedarían impresas sobre el papel. Aquello le producía cierta excitación que encontraba muy

gratificante.

Vivía con cierta felicidad, ignorante de todo lo que ocurría fuera de aquel destierro tan dulce.

A pesar de las comodidades, Saulum era un hombre de actividad. Gustaba de sentarse a leer un libro pero su cuerpo le pedía acción. No podía practicar los deportes de sus anfitriones; se basaban en la altura y la corpulencia de estos y estas diferencias filogenéticas le hacían inapropiado como humano. Pero no era inapropiado para todos los deportes.

Los fines de semana el palacio se vestía de gala y en la sala principal se habilitaba un ring en el que avezados luchadores combatían entre sí. Se trataba de un cuadrilátero de unos cinco por cinco metros y las reglas eran sencillas; utilizaban unos bastones largos con los extremos mullidos para la seguridad de los combatientes, que iban puntuando con tres puntos cuando el árbitro daba por bueno un golpe en sus tres áreas principales, a saber, cabeza pecho y abdomen. El que primero llegaba a diez puntos, ganaba el combate. Puntuaba más el golpe en el abdomen por su dificultad. Existía un ranking de gladiadores; una victoria contaba con tres puntos, el empate no era posible y perder no puntuaba. Al final de la temporada se condecoraba a los ganadores. Saulum asistía a estos juegos en compañía de los monarcas y con ellos realizaba apuestas, pasando un buen rato en la mutua compañía. Saulum comenzó a tener sus luchadores favoritos y aprendía con ellos sus tácticas de lucha. Gustaba de acercarse a estos para charlar de estrategias. Al principio aceptaban su presencia con cierta renuencia pero poco a poco fueron aceptándole y escuchaban con respeto lo que el humano tuviera que decir.

Cierta vez se trataba de luchas de exhibición y en el momento álgido de los combates alguien insinuó que el humano podía salir a combatir. Comenzó como un murmullo que fue creciendo entre el público para terminar todos a coro pidiendo la presencia del amigo del rey. Querían verlo en acción pues se había hablado de lo buen guerrero que había sido en las campañas contra los curelingos. Los aplausos fueron creciendo en intensidad y Saulum, algo perplejo, se volvió hacia los monarcas. Adaverk le hizo gesto de invitación y Saulum como impulsado por un resorte se incorporó de un salto para dirigirse al cuadrilátero.

El público rugió y le animó aunque también hubo voces de abucheo de la facción que estaba en desacuerdo de que un humano compartiese la misma mesa de los monarcas. Saulum notó la adrenalina mientras bajaba al ring. Se desvistió dejando su torso desnudo y con una sonrisa aceptó el bastón que uno de los gladiadores le brindaba. Lo sostuvo calibrando el peso y aunque era algo grande para él aún estaba en forma y no era más

difícil de manejar que su propia espada. Ensayó un par de golpes hasta encontrar sensaciones y luego asintió para sí. Había observado a los luchadores todo aquel tiempo y sabía qué tenía que hacer.

El juez anunció a su contrincante, Brisel, uno de los gladiadores favoritos de Saulum a quien dedicó una inclinación respetuosa a modo de saludo continuando con las normas de protocolo del juego. Brisel, un curelingo alto y fornido le devolvió el saludo y al inclinarse su coleta calló a un lado de su cara llegando hasta su pecho. Este hizo lo propio y ejecutó un par de movimientos marciales que trataban de impresionar a su adversario. Daverisa dio permiso y el árbitro dio la señal de inicio de la contienda.

Ambos adversarios giraban en torno al centro del cuadrilátero observándose mientras el público no paraba de rugir. Saulum se sentía feliz notando sus músculos en tensión, su cuerpo listo para la acción. Saulum atacó primero, dando aviso a Brisel de que no se confiara porque no le iba a poner las cosas fáciles. Por su menor estatura descartó la posibilidad de atacar a la cabeza y repartió sus ataques entre el pecho y el vientre. Aunque Brisel lo tuviera más difícil por el menor tamaño de su contrincante, Saulum no dio la menor oportunidad para que el gladiador abriera su guardia. Fue la primera de tres victorias esa tarde. Cayó en la cuarta ronda, más por cansancio y falta de fondo que por inhabilidad ante el asombro de los curelingos que le rodeaban corriendo felicitarle y alabarle su gran habilidad con el bastón y para muchos, se hizo evidente el porqué del fracaso en las campañas contra los humanos.

Admirados con él, el instructor de armas del cuerpo de elite de palacio, los Corazas Rojas, lo invitó a las sesiones de entrenamiento que llevaba a cabo todas las mañanas, cosa que Saulum aceptó agradecido. Allí recibían su instrucción los dos hijos fruto del matrimonio entre Daverisa y Adaverk; Folge y Dreidus, con quienes comenzó a entablar una agradable relación de amistad. No dudaba de la calidad y profesionalidad de los instructores pero le parecieron tan rudos como los que él tuvo en sus tiempos de instrucción. Al verlos, entendió de donde provenían todos los errores que él había descubierto y sacado partido en el pasado para aplastarlos y derrotarlos. Mucho arte marcial pero poca cabeza, le pareció a él. Buenas posturas, mucha elegancia pero nula eficacia.

Al parecer, Dreidus, el mayor de los hermanos, estaba de acuerdo con Saulum.

Una tarde, a una hora cercana a la puesta de sol, abandonaba el patio con aparente mal humor y con un semblante que expresaba frustración. Saulum hacía flexiones bajo un árbol y no le oyó llegar hasta que este comenzó a soltar todo lo que tenía dentro, quejándose de lo atrasado e inútil de lo que estaba aprendiendo. Habló y habló. Elevó la voz, golpeó el suelo y su pecho, escupió y dio patadas en el suelo mientras Saulum



callado le observaba.

- Lo que distingue a un buen guerrero de otro mediocre, es que no se frustra fácilmente. Tiene paciencia y espera su momento. Cuando este llega es flexible, ágil y actúa movido por la decisión. Antes de aprender a fintar, devolver un ataque o incluso moverte, aprende eso.

El curelingo se detuvo y se lo quedó mirando. Pareció pensar en lo que había oído. Respiró hondo y en la larga expiración sus hombros cayeron y su rostro se relajó.

- Mi padre dice de ti que para ser un humano eres un luchador formidable y yo mismo te he visto en los juegos. Es realmente asombroso lo que haces con el bastón. ¿Me enseñarías tú algunas cosas?

- ¿Para ser un humano...? ¿Son esas las palabras exactas que utilizó tu padre?

- No. Esas las he añadido yo.

- Ya me parecía a mí... ¿Y, estarías dispuesto a que un humano te enseñara a ti, a un curelingo?"

- Sí, ¿por qué no? Ya antes me enseñaron cosas. Un humano me enseñó tu lengua, por ejemplo.

- Si quieres que yo te enseñe algo tendrás que aprender primero a no verme como un humano solamente, un humano tal y como tú lo entiendes, sino como algo más...o como algo menos. No dejes que tu cabeza te mate primero antes de que lo haga la hoja de tu enemigo. A menudo, la cabeza mata antes. Aprende eso.

- No entiendo lo que quieres decir.

- Lo entenderás. Estaré aquí mañana a esta misma hora.

Al día siguiente Dreidus estuvo a punto de no ir atribulado por la indecisión. Sus prejuicios quizás, o la certeza interior de que iba a perder totalmente el tiempo. Pero cuál fue su asombro cuando comprobó aquella noche cuan molido se fue a la cama terminada la sesión, y de que había disfrutado enormemente, por lo que al día siguiente volvería y al otro también.

Saulum era imaginativo enseñando y se le daba bien. No paraba de hablar todo el tiempo dando instrucciones, reforzando o extinguiendo aquello que

no le gustaba, guiando sutilmente y animando.

Más tarde, eso mismo se convertiría en un aliciente, pero, la primera vez, no fue el modo ameno y práctico de enseñar de Saulum lo que le hizo volver al día siguiente; aquel primer día Dreidus había combatido con Saulum. Dreidus veía ante sí un ser pequeño y débil, un humano. En cambio él, un curelingo, un cuerpo o dos más grande, tres o cuatro veces más fuerte y potente no tendría ningún problema en abatirlo: ese mismo humano le destrozó sin piedad y de una manera tan formidable que Dreidus no sintió más que admiración.

Lo mismo ocurrió el resto de las veces y esto serviría de acicate para que el joven curelingo lo usase como incentivo para superarse cada día.

Al cuarto día, Folge, el hermano pequeño, se unió y semanas después otros jóvenes curelingos quisieron sumarse.

- Aquí tenéis una clara muestra de lo que siempre os digo;- enseñaba Saulum una tarde - no dejéis que vuestra cabeza os mate antes de que lo haga vuestro enemigo. Mi adversario sólo me vio como un humano. Y, ¿qué es un humano? ¿Dreidus?

- ¿Un humano?

- Sí, ¿cómo ve un curelingo a un humano?

- Un humano es débil, lento, inferior. Una hormiga que aplastamos. Un humano no es nada.

- Salvo en lo último, en el resto os equivocáis. Un humano es nada...y lo es todo. No dejéis que vuestros prejuicios, vuestras ideas, vuestras concepciones guíen vuestro brazo, de ese modo, la cabeza os matará. Esperadlo todo del enemigo. Un enemigo no es digno de ser infravalorado porque en primer lugar, si fuera inferior a vosotros no sería vuestro enemigo. No os digo con ello que sea vuestro igual. Puede ser vuestro par, superior o inferior. Lo que os digo es que liberéis la mente de esas ideas que os entorpecen...no las necesitáis, os matan, os hacen perder de antemano, os hacen predecibles, ineficaces...muertos andantes.

A esta tarea se dedicó feliz los años que pasó en el palacio. Enseñando y transmitiendo conoció una faceta de sí mismo que le llenaba. Le mantenía fluido. Cuando enseñaba, estaba allí y dejaba de estarlo. No pensó entonces en las posibles consecuencias que tendrían aquellas clases. Las compaginaba con sus visitas a la biblioteca y los entrenamientos con el resto de gladiadores que, interesados por sus clases, cada vez le pedían

más su participación en los entrenamientos.

A finales de un mes de la temporada de estío, en el palacio estaban de fiestas y todo se había llenado de colores, música y festines. Los juegos duraron todo el día y Saulum que había participado quedó en un honorable tercer puesto de setenta participantes. El público lo adoraba y coreaban su nombre cuando subió al podio. Guirnaldas de papel y flores de mil colores flotaban de modo irreal al ser arrojados desde las almenas más altas de las torres del palacio. El ambiente se llenó de una música hipnótica y todos bailaron al son de esta. Saulum, olvidado por un momento el agasajo del público, buscó la fuente de tan maravillosa música hasta que al fin en un estrado encontró a la banda que tocaba sus instrumentos con sus rostros inmersos en un profundo trance. Como fuera de sí, se quedó mirando a los talentosos músicos y hasta después de un rato no se percató que uno de los músicos que tocaba era una joven humana de hermoso cabello color miel. Por un instante los ojos de ella se abrieron y parecieron centrar su mirada en los ojos de él, pero más pareció un espejismo porque ella no pareció reconocerle como un semejante sino que continuó interpretando las notas sin un solo error. Allí quedó prendado de la belleza de la melodía. Terminada esta, de un salto se acercó a la intérprete y la saludó tímidamente. Ella devolvió el saludo y se lo quedó mirando sonriente a la expectativa.

- Me llamo Saulum.

- Yo Dara.

- ¿Qué haces aquí?

- Lo mismo podría preguntar yo aunque por supuesto que lo sé, todos conocen al gran Saulum, el gladiador.

- Pues ya sabes más de mí que yo de ti.

- Soy una esclava.

- Pero, ¿Cómo puede ser? Todos los esclavos fueron liberados.

- Pero no todos volvieron.

- Cierto, lo recuerdo. ¿Por qué no regresaste tú?

- Porque aquí se aprecia lo que más quiero. Tengo una vida cómoda en este palacio de sueños donde lo único que se me exige es hacer lo que más deseo: tocar mi violoncelo. – Saulum admiró el instrumento un momento. – Ahora os ruego que me dejéis. Va a comenzar la siguiente

pieza.

Saulum acudía siempre que podía a visitar a Dara, la hermosa concertista. Ella le regalaba con nuevas piezas musicales y el muchacho se pasaba horas escuchándola sin cansarse. Sin saber cómo, iniciaron un apasionado romance. Ella le instruyó en el manejo del violoncelo e introdujo a Saulum en el mundo de la música. Con ella conoció a los grandes y antiguos clásicos y aprendió a apreciar los distintos estilos. Él la correspondía con ardorosa pasión de joven adolescente y juntos aprendieron del amor más carnal. Saulum vivía un revuelo de sensaciones que le tenían excitado y alborotado todo el día y contaba los minutos para encontrarse con ella para embarcarse en conversaciones sin fin, escuchar música y unirse en ardorosa pasión.

Tal idilio no duraría por cuestiones que confundieron a Saulum y cuando más tarde se preguntase qué es lo que había pasado, menos pistas tendría para darle una explicación. Ella comenzó a actuar de modo extraño y mostrarse más distante y desdeñosa, rechazando abiertamente al muchacho para consternación de este. Un día fue a su habitación pero esta había desaparecido. Más tarde supo que había partido con la orquesta en una gira por el país que duraría al menos seis meses. No dejó nota alguna, sólo un vacío intenso en el corazón de Saulum.

## Capítulo 19

18.

Tras la partida de Dara, Saulum trató de ahogar su melancolía en los entrenamientos.

Dreidus fue desde el principio su alumno más aventajado y entre alumno y maestro se creó una unión especial que perduraría mucho tiempo después, incluso cuando conseguida la licenciatura con la máxima calificación, fue enviado a la frontera norte del país para combatir a los Arakocs, pueblo muy agresivo de facciones y cuerpo simiesco con el que mantenían también una guerra que ya duraba mucho.

Las noticias que llegaban de la frontera eran siempre muy buenas; Dreidus había heredado una cualidad innegable para la estrategia de su padre y de Saulum había aprendido a combatir. Juntas, esas dos cualidades, pronto se convirtió en un general de éxito, implacable y siempre vencedor. Nunca antes la frontera con los Arakocs había estado tan bien defendida ni nunca antes habían llegado tan buenas noticias de tantas victorias.

Los humanos mientras, en el sur, se habían vuelto muy atrevidos. Llegaban noticias de puestos avanzados destruidos, de ejércitos aniquilados, de campos de cultivo quemados y de habitantes de ciudades obligados a evacuar por culpa de la amenaza de invasión. El ejército imperial de Malquevich junto a facciones de Los Sin Madre, avanzaban sin oposición. El valle de Enon fue perdido ante su avance. Construían fortificaciones y hacían suya la tierra de nuevo después de tantos años.

Después de las exitosas campañas en el norte, Dreidus fue destinado al sur y en cuestión de meses modificó el estado de la balanza. Su empuje e ideas revolucionarias hicieron retroceder a las fuerzas humanas y tras nueve meses de conflicto bélico, les hizo recular de nuevo hasta las montañas. Dreidus estaba henchido de victorias, cegado de gloria y anhelaba aún más.

Saulum, reunido con el resto en la sala de recepción, escuchaba las noticias y trataba de permanecer neutral, de no sentir nada. Veían a Dreidus gracias a un interesante aparato que proyectaba su imagen en tres dimensiones y podían escuchar sus palabras gracias a unos altavoces en forma de pequeñas cajas de madera que atrajo la curiosidad del muchacho. Él también podía verles a ellos.

Transcurridos varios meses en los que ni Dreidus avanzaba ni los humanos conseguían derrotarle, tuvo lugar una de esas transmisiones. El hijo del monarca parecía abatido y alterado al mismo tiempo. Relataba su frustración a su familia; estaba cerca de la total victoria pero siempre sus soldados eran repelidos por el maldito bosque y en concreto por los Sin Madre.

- Saulum, esas fortalezas son la razón de que mis planes fracasen. No dejan de nutrir de hombres al bosque. Si las encuentro y las destruyo esto habrá terminado. Tú sabes dónde se encuentran. Imagino que Puerta de Entrada se encuentra en las estribaciones de la montaña, cerca de Careicarcatuun pero sigue oculta a mis espías. ¿Dónde se encuentra el resto? Dime donde están para que pueda ganar esta guerra para mi madre. ¿Dónde están, Maestro?

- No me pidas eso Dreidus. Nunca te lo diría.

- Escúchame bien Saulum: no debes nada a esos humanos. Nosotros somos tu pueblo ahora. Si debes lealtad a alguien debiera ser a nosotros por todo lo que te hemos dado. Con lo que tú sabes, esta guerra terminaría al final de esta semana, o incluso mañana... hoy mismo quizás. Los barrería. ¿No respondes Maestro? Voy a ganar esta guerra, ¿me oyes? Tú me enseñaste que en combate hay que aprovechar todas nuestras ventajas. Esta es una guerra que voy a ganar y si para ello tengo que sacarte esa información por la fuerza lo haré, ¿Entiendes?

- Hijo mío, ¿Cómo puedes decir eso?

- Madre, me serviré de los medios a mi alcance para conseguir lo que quiero. Dentro de una semana estaré allí. Saulum, hablaremos. - Finalizó la transmisión desde el otro lado.

Huir era una posibilidad. Pero no tenía a donde. Adaverk juró y perjuró que como exiliado político bajo su protección nada le ocurriría y Saulum no dudaba de sus buenas intenciones pero se daba cuenta de que Dreidus se había hecho fuerte, muy fuerte en el ejército, tanto que no le sería difícil imponer su voluntad. Lo que restaba por saber es si lo haría por encima de la voluntad de su madre, la Matriarca de Curelingia, si se atrevería a llegar a tanto.

Estaban en el salón del trono discutiendo cuestiones políticas cuando llegó la noticia de que Dreidus había llegado a la ciudad, acompañado por un destacamento armado. Saulum también estaba allí y supo de su inminente llegada. Mesándose la barba tomó asiento en un

banco y esperó contemplativo.

- Tu hijo me va a matar. Me llevaré la información que él pretende a la tumba.

- No dejaré que eso ocurra, le haré entrar en razón.

Dreidus llegó y en la sala se hizo el silencio. Su paso era tranquilo y amenazador como el de un felino que ha avistado a su presa y lo domina la firme determinación. Saludó con un ademán breve a su familia e hizo intención de acercarse al humano. Adaverk se interpuso y realizó una declaración de intenciones:

- Si le haces algún daño... - No pudo terminar la amenaza. Las palabras se le quebraban en la boca. Dreidus con una presión suave pero constante le apartó de su camino. Daverisa sí pudo hablar y desde el trono se dirigía a su hijo pero este parecía no escuchar.

- Querido Maestro. Sabes qué anhelo. ¿Me lo dirás o habré de sacártelo de malas maneras?

- Querido alumno. Sabes qué no te diré nada. Ni siquiera me opondré. Antes me sacarás mi sangre que una indicación.

Esta respuesta no satisfizo a Dreidus que enojado tomó al humano con sus manos y lo zarandó gritándole amenazas terribles. Cuando Adaverk y los suyos quisieron reaccionar, los hombres del general se interpusieron en su camino deteniéndolos e impidiéndoles actuar. Dreidus llevó a Saulum en volandas acercándolo a un gran ventanal amenazándolo con arrojarlo al vacío. Daverisa visiblemente enojada profería amenazas y fue la única que ningún soldado se atrevió a tocar. Se acercó a su hijo y ordenando y suplicando le pidió que no cometiese ninguna tontería. Saulum veía ante sí a un Dreidus desfigurado por la ira y la frustración, su mirada prometía lo que sus palabras decían.

Eso era un instante. Al instante siguiente, sus facciones volvieron a ser las del alumno que recordaba. Posó a su maestro con cuidado en el suelo y trató de alisar sus ropas con cuidado, casi con afecto.

- La representación ha terminado. - Todos le miraron confusos, sin poder creer el inusitado y repentino cambio. - En realidad dudaba de que esta treta surtiera efecto. Sabía que por las buenas nunca lo dirías así que pensé que quizás sí lo harías bajo la influencia de las amenazas, aunque conociéndote debería haber sabido desde un principio de que no te dejarías quebrantar. Normalmente con los humanos funciona así, ¿no? Tú me enseñaste eso. Disculpa a mis padres, amigo, ellos saben que en tiempos de guerra un general puede irrumpir de esta manera y comportarse de este modo desoyendo a la misma Monarca si los motivos

lo justifican. - Acercándose a su madre, la tomó entre sus manos y la besó. - Nunca hubiera deseado tener que hacer esto delante vuestra, madre, pero decidí que las circunstancias me otorgaban la justificación necesaria. Tenéis mi lealtad y cariños eternos. Padre, espero que con el tiempo encontréis la manera de perdonarme. Saulum, nunca hubiera podido tocarte...aunque antes te movías tanto que has estado a punto de resbalarte de mis manos. Por cierto, ¿los humanos tienen alas para volar?

- Desde luego que no, puñetero saco de mierda ¡El susto que me has dado!

- Eso suponía. Buenas tardes.



## Capítulo 20

19.

En tablas las hostilidades con los humanos, Dreidus se hizo de nuevo necesario en el norte donde los Aracoks volvían a estar activos, amenazando con desbaratar los avances conseguidos mediante la victoriosa campaña de Dreidus del pasado año. El joven general rogó a Saulum para que le acompañara a la frontera y le sirviera de consejero y este, necesitado de salir de los muros de palacio decidió aceptar la invitación con la condición de que no le preguntase más sobre la localización de las fortificaciones humanas. Dreidus rio la idea sumamente divertido y prometió que eso no sucedería, que una vez y no más. Además, sentía que tenía una deuda que pagar con él, como si fuera necesario recuperar la amistad y la confianza perdida.

Viajaron juntos al norte en un largo trayecto que permitió a Saulum tomar conciencia de la vastedad del reino curelingo y de su enorme variedad. Quedó impresionado y prendido de la belleza de sus gentes y de sus ciudades. Al unirse al ejército, ambos quedaron inmersos en un ajetreo continuo en el que el humano volvió a sentir la adrenalina corriéndole por las venas y el sentido de propósito largamente perdido. Junto al curelingo y el resto de generales dirigió la defensa y contraofensiva contra el enemigo. Cierta vez incluso participó activamente blandiendo su espada contra los simiescos rivales; seres parecidos a monos peludos algo más altos que los curelingos. Quedó impactado por la fuerza de aquellos seres y su bestialidad; comprendió que, de no ser por los curelingos, los humanos hacía tiempo que habrían perecido a manos de aquellos seres brutales. Incluso en el bosque serían rivales mortales. Gracias a la pericia del humano en la lucha en el bosque que tanto se esforzó por transmitir a los curelingos, estos desarrollaron en unos pocos meses la capacidad de respuesta necesaria. Las técnicas y estrategias que el humano les enseñó, les fue de gran utilidad y pronto aprendieron a contrarrestarlos más eficazmente. Saulum se ganó un nombre y su respeto entre los guerreros que le saludaban efusivamente cada vez que lo veían pasar. Se ganó el afecto de todos ellos.

Tras unos meses en el norte, Saulum bajó a ciudad capital para celebrar unas festividades en compañía de los monarcas. En el palacio supo que en los calabozos retenían a varios presos humanos y no pudo reprimir la curiosidad por saber de su tierra, y con el permiso de Adaverk, volvió a bajar a las profundidades años después. Lo que encontró allí le disgustó y en el último instante prefirió desechar la idea de hablar con ellos, pero

uno de ellos se acercó a los barrotes cuando se percató de su presencia.

- ¡Tú!, no puede ser, ¡te creíamos muerto!

- Ya ve, general. Parece que el destierro que me prometía el infierno y la muerte me ha procurado el paraíso...y la vida. - Se trataba de uno de los generales de Malquevich.

- ¡Maldito traidor! Debimos haber sospechado que tus amigos curelingos no te matarían sino que te darían un agujero en el que esconderte como la rata que eres. - El hombre siguió desvariando en insultos e imprecaciones y cuando Saulum lleno de hastío ya se iba deseando poner distancias, uno de los hombres que había permanecido tumbado detrás en una esquina oscura se acercó y empujó a un lado con brusquedad al andrajoso general asiendo los barrotes con unas manos sucias de barro, dirigiéndole una mirada de asombro con unos ojos que brillaban con una intensidad que el muchacho creyó reconocer.

- Saulum amigo, mis ojos se sienten dichosos de verte vivo. - Se trataba de Fedalar. Su relación se había matizado los últimos años en los que ambos fueron capitanes de Lanza y Saulum también se alegró casi de verle, aunque fuera en aquellas condiciones.

- No hagas caso de este patán. Por su culpa y sus decisiones erróneas varias Lanzas cayeron en una trampa y ahora lo pagamos todos. Las cosas andan mal por la marca y la frontera ya no es lo que era. Los Sin Madre están sin guía.

- ¿Qué dices Fedalar? ¿Le ha ocurrido algo a Altero?

- Altero está preso en el castillo de Malquevich. Fue tu principal defensor y esto no gustó a nadie. No era popular entre los mariscales y estos acabaron con él tan pronto les surgió la oportunidad. Fueron unos rastreros que no valoraron su pericia como estrategia cuando tomamos el valle de Enon.

- ¿Él tuvo algo que ver en eso?

- ¡Desde luego que sí, puedes apostar tus cojones a ello! Después, los mariscales se lo llevaron a él y pusieron en su lugar a un palurdo de provincias: una foca sebosa y aburguesada que lo echó todo a perder en sólo seis meses. Fue un desastre total. Los Sin Madre aun pudimos rehacernos pero el resto eran ejércitos del interior, señoritos de cortijo, y como ya te puedes imaginar, fueron masacrados. En cambio con nosotros no pudieron. No les permitimos que entren al bosque y si lo hacen les damos una bienvenida a base de zurras. Allí somos imbatibles, ya lo

sabes.

- Sí, lo sé.

- Tienes que volver Saulum. Los Sin Madre se alegrarían de nuevo de verte y ahora es el momento. Hay una revuelta civil en la capital y Malquevich está hasta arriba de problemas.

- ¿Qué me dices hombre? ¿Una revuelta?

- Sí, el pueblo está descontento. Hay mucha hambre y pobreza. Malquevich ha resultado ser un tirano que chupa la sangre del pueblo. Su administración ha llevado a la economía a una bancarrota y el ejército está también a punto de sublevarse. Falta un líder, hermano, alguien que enderece las cosas. Parece que eres amigo de los curelingos, ¿te dejarán ir? Altero y los demás te necesitamos. Bueno, yo no. Supongo que pasaré los años y me pudriré aquí entre estas sanguijuelas.

- Fedalar, ahora tengo muchas cosas en las que pensar. Esto que me cuentas resulta perturbador. Volverás a saber de mí, icuídate!

Saulum habló con Adaverk y juntos debatieron el tema. El humano sentía cierta nostalgia para él hasta entonces desconocida y aunque admitía que, como se sentía junto a los curelingos no se sentía en ningún lugar, no podía permanecer impassible ante la suerte de sus antiguos compañeros de armas. También tuvo que admitir que le parecía tentadora la posibilidad de volver y ver caer a Malquevich. Antes lo habría negado, incluso ante sí mismo, pero extrañas fuerzas le impelían a volver. Se sentía imbuido de una extraña urgencia. Daverisa, que había escuchado todo a cierta distancia por educación, no pudo reprimir hacer un comentario:

- Saulum, vuelve con los tuyos y comprueba de qué naturaleza es esa extraña urgencia que tira de ti y te urge a regresar. Si luego resultase que no era nada, no necesito recordarte que aquí siempre tendrás un hogar y unos amigos que te quieren.

Saulum no supo cómo expresarle toda la gratitud que sentía y se limitó a plantar un gentil beso en la mejilla de la Monarca para luego volverse a su amigo y estrechar su mano antes de partir a hacer los preparativos del viaje que tenía por delante.

## Capítulo 21

20.

Los curelingos liberaron a Fedalar y al resto de hombres elegidos a dedo por el propio Saulum.

Fedalar llevaba consigo unas claras indicaciones: al amanecer del tercer día se encontraría con él en la frontera para informarle de la situación actual y comprobar si era prudente que Saulum volviera.

Esos tres días se le hicieron interminables. Finalmente llegó la hora y con una pequeña guardia de curelingos se acercó al punto de encuentro. Era de madrugada y una neblina cubría el valle junto a la linde del frondoso bosque. Saulum aguardó paciente a que Fedalar llegase, pero no fue a él a quien se encontró de improviso surgir de la niebla. Un joven guerrero andaba cauteloso con su arco preparado con una flecha armada y no parecía haber notado su presencia todavía. Saulum se acercó desde un lado y poniendo la mano sobre el arco del guerrero se dirigió a él:

- Muchacho, relájate o alguien saldrá herido. - Este dio un brinco y se lo quedó mirando.

- Entonces Fedalar no mentía, ¡Estáis vivo mi señor!

- ¡Ah! Ya te reconozco, eres Gray y estabas en mi lanza, ¿verdad?

- Sí señor, pero ¡cuidado señor, curelingos, detrás suya!

- Tranquilo Gray, son amigos, no tienes que temer nada de ellos. Ahora dime, ¿está Fedalar contigo?

- ¿Fedalar? ¡Y todos los capitanes de Lanza y algunos segundos, señor, nadie ha querido perderse esto!

- No puedo creerlo. Y deja de llamarme señor, que soy sólo tu igual – el joven asintió no demasiado convencido – Bueno, ¿y a qué estás esperando? ¡Llévame ante ellos raudo! Pero aguarda antes un instante – dirigiéndose a la guarda de curelingos – Abriur, di a los monarca que vuelvo con los míos pero que volveré a verlos. Enviad a este mismo lugar a un mensajero cada tres días. Alguien estará aquí de guardia esperando para mandarle noticias mías. Ahora partid, nos veremos pronto.

Saulum tomó del brazo a Gray y juntos se perdieron en la espesura del

bosque.

No anduvieron más de veinte metros cuando toparon con el comité de bienvenida. Todos los capitanes de los Sin Madre estaban allí tal y cómo le había dicho Gray; al verlo llegar jalearon su nombre y se acercaron a él para abrazarlo y para subirlo en volandas. Saulum paró aquello rápidamente puesto que le incomodaba pero agradeció aquella muestra de afecto y no dejó de dar un abrazo a todos ellos también contento de volver a verlos y de volver a estar entre humanos.

Luego pidió que le pusieran al día y todas sus caras mudaron; estaban rabiosos, inquietos y asustados. La compañía se encontraba al borde de la disolución. Muchos habían caído en los campos de batalla por la pésima guía de los mariscales y Altero se encontraba en prisión entre otros fieles. Todo era caos en las ciudades y en el campo los granjeros se levantaban contra Malquevich. Sólo los hombres de elite conseguían a duras penas mantener la situación pero estaban al límite.

Saulum escuchó atento todas las noticias y una sombra de preocupación nubló su cara; estaban las cosas peor incluso que cuando Fedalar se las contara.

- ¿Cómo están los Sin Madre?, ¿permanecen unidos, podremos contar con ellos?

- ¡Desde luego! Somos todavía una piña, ¡cuenta con ellos!

- ¿A quién más tenemos?

- Existen facciones del ejército imperial que nos seguirían. Hay mariscales descontentos que cambiarían de bando por menos que promesas. ¿Qué haremos Saulum?

- Escuchadme bien. No hay tiempo para explicaciones pero podéis confiar que lo que os digo es cierto. No tendremos que preocuparnos al menos durante un tiempo por la frontera, los curelingos no atacarán.

- ¿Y cómo es eso, Saulum?

- Os digo que no hay tiempo para explicaciones. Los Sin Madre bajaremos al valle, a la marca y lucharemos hasta restablecer el orden. Malquevich tiene que caer. - Todos gritaron de alegría y se sintieron fortalecidos con nuevos ánimos.

Juntos iniciaron el regreso a Puerta de Entrada.

## Capítulo 22

21.

El siguiente mes fue de una actividad endemoniada. Saulum, tras poner al día de todo a su amigo Adaverk obtuvo de este y de Daverisa la promesa de que se mantendrían al margen. Supo no obstante que no podría ser de otra manera; los Arakocs habían iniciado un intento de invasión al norte y todas las fuerzas eran allí necesarias. No tuvo tiempo de pensar las consecuencias de ello.

Fueron enviados mensajeros a todas las fortalezas - a Refugio de Gavilán, a El Jorobado, La Tronera... a todas ellas - y la llamada a la unión de los Sin Madre recorrió la montaña de punta a punta y en menos de tres días todos volvían a luchar bajo el mismo viejo estandarte, el del oso abatiendo al árbol. Saulum procuró que estuvieran pertrechados con lo necesario y aplicó un sistema de reabastecimiento que había aprendido de los curelingos; no quería que la energía de la que hacían gala se fuera al infierno sólo porque no tenían pan. Realizó reformas en el organigrama de poder y encarceló a los mariscales que trataron de oponérsele. En siete días las montañas eran suyas y nadie se le oponía. Obtuvo el apoyo también de los pueblos de la montaña que se ofrecieron para reabastecimiento, como porteadores; para lo que hiciera falta. Saulum agradeció toda ayuda ofrecida y continuó hacia delante.

La bajada al valle atrajo la curiosidad de muchos parroquianos que se acercaban a admirar al gran ejército y a unirse a él. Cuando llegaron a la primera ciudad eran cerca de setenta mil y el número seguía creciendo.

La primera de las ciudades abrió las puertas y con los brazos abiertos saludaron a los libertadores. Saulum habló con el alcalde quien habló de cifras y de realidades; no había mucha simpatía por el canciller.

Al decimoquinto día los Sin Madre fueron interceptados por el gran ejército del valle, todavía diezmado por la desgraciada campaña en el vale de Enon. Los Sin Madre eran guerreros del bosque pero no se dejarían intimidar y presentarían fiera batalla a pesar de su menor número. No fue necesario; la primera carga fue ordenada por el mariscal del ejército del valle y sus hombres se limitaron a amordazarlo y a acercarse a Saulum para ofrecérselo como prisionero de guerra. Hombres de uno y otro bando se acercaron para darse la mano, abrazarse y reír juntos. El viejo amigo de Saulum, Badera, guiñó un ojo a su amigo; todo estaba preparado hacía una semana. Fue entonces cuando Saulum reconoció el talento en habilidades de negociación y diplomacia de su viejo

a migo y realizó nota mental para recordarlo en el futuro.

En veinte días, los Sin Madre estaban a las puertas de la ciudad capital de la marca, último baluarte del canciller Malquevich. El asedio no fue necesario; el pueblo rebelado desde el interior, les abrió las puertas y les permitió franco el paso. Todo eran salves y alabanzas para el ejército invasor; la fama de los Sin Madre les precedía ya una decena de años; eran los hijos de todas las mujeres de la marca y como si de verdad fueran sus madres, recibieron así a los guerreros: como a sus hijos.

El cuerpo de elite de Malquevich le fue fiel hasta el final. Se hicieron fuertes en el casi inexpugnable palacio fortaleza y el asedio prometía ser largo y penoso pero fue desde dentro desde donde se produjo la conquista: fue Altero, dirigiendo a hombres rebeldes contrarios a la causa de Malquevich, el que logró quebrantar la defensa. Durante los precedentes meses, las cárceles del palacio se habían visto engordadas con las revueltas y sólo bastó un carcelero descontento para que todos ellos quedaran libres y resueltos a combatir contra la tiranía. Se hicieron hábilmente con el rastrillo y el puente levadizo para que Saulum y los Sin Madre entrasen e hicieran frente a los soldados fieles a Malquevich.

Cuatro horas de lucha sangrienta después sólo quedaba Malquevich y un nutrido número de soldados acantonados en la sala del trono. Badera trataba de negociar con ellos la rendición, pero un desquiciado Malquevich sólo insistía en hablar con el traidor, con Saulum. Este, concedió dialogar y desde detrás de la gruesa puerta de la sala de palacio escuchó;

- Ahora me doy cuenta de mi gran error. Aquel día debí haberte clavado una lanza y haber acabado con tu vida ¿Me oyes Saulum? Una lanza grande y gorda que te entrase por el ano hasta tus putrefactas entrañas de traidor, ¡y lo hubiera hecho yo mismo! ¿Me oyes?

- Le oigo canciller. ¿Cuándo va a dar por terminada esta inútil espera? Está acabado. El pueblo quiere verse libre de usted. Está cansado de su tiranía y quiere respirar libre.

- Y ahora, ¿quién gobernará? ¿Lo harás tú, mequetrefe? El poder hará contigo lo mismo que hizo conmigo. ¡Te maldigo Saulum! ¡Maldigo a los Sin Madre! ¡Maldigo a los ineptos de que me he rodeado todos estos años!

- A través de la hoja de la puerta le escucharon maldecir aún más y oyeron como su voz se alejaba y seguía gritando desquiciadas palabras de amenaza. Lo último que se escuchó fue un grito de terror.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y los desconcertados hombres de la guardia real depusieron las armas. Entraron a la sala del trono y allí Saulum se encontró después de mucho tiempo con su amigo Altero que venía de luchar en pisos inferiores acabando con los últimos

focos de resistencia. Se abrazaron contentos de volver a verse y juntos supieron del final del canciller; llevado por su locura, se había arrojado por un ventanal encontrando en los diez pisos de larga caída su horrible final. A través del enorme agujero abierto en el techado de madera de una pocilga, contemplaron ajenos de emoción el cuerpo reventado del canciller rodeado de un charco compuesto por su propia sangre, medio hundido en el lodazal de barro y heces de puerco. Superado el pánico producido por lo inesperado de la aparatosa caída, los gorrinos se arremolinaban ahora para alimentarse de lo que quedaba del pobre infeliz.



## Capítulo 23

22.

Saulum dedicó el siguiente mes a poner orden; encontró los almacenes del castillo repletos a reventar de alimento que entregó al pueblo. Las arcas estaban al máximo de su capacidad con el oro de los impuestos. Se utilizó aquel oro para reconstruir todo lo que había sido destruido por las revueltas, invirtiéndose en infraestructura, comunicación, hospitales, ayudas a necesitados y a todo lo que, al grupo de consejeros espontáneamente creado alrededor de Altero y de Saulum, pudiera ocurrírsele. En definitiva, se dedicó a un saneamiento profundo, a un intento de restablecer el orden mínimo necesario para la correcta convivencia. Había trabajo para años y felices se dedicaron a la tarea.

No llevaba ni seis meses con ello cuando las noticias que le llegaban de Daverisa le despertaron del sueño de trabajo intenso que ahora era su vida. Adaverk estaba en el frente; los Arakocs habían roto la línea defensiva de los curelingos y marchaban implacables hacia la ciudad capital. Todo lo que intentaban él y su hijo Dreidus parecía inútil para detener la ola enemiga. Era un momento crítico para la nación curelinga.

Saulum recordó el empuje de los Arakocs y su fiereza en la lucha y lo vio claro; si Daverisa y los suyos caían, ellos serían los siguientes. Reflexionó sobre ello pero fue la intensidad de la imagen en su mente de sus amigos en peligro lo que lo puso en movimiento con urgencia.

En cuestión de horas organizó un concilio en la sala del trono y todos los que eran alguien en el nuevo orden estaba allí.

De pie delante de ellos, tomó aire mientras ordenaba sus ideas antes de exponerlas.

- Amigos, colaboradores. De todos es ya conocida mi relación de amistad con los curelingos y si para alguien a estas alturas le era desconocida ahora yo aquí mismo la declaro. Algunos ya conocéis mi historia y me entendéis mejor y para el resto pues...no hay tiempo para relatos, sólo espero que como hasta hora, confiéis en mí, en mi criterio y en que sólo busco lo mejor para mi pueblo y que nunca he sido un traidor. Los dioses saben cuántas veces ha estado en mi mano el traicionar a mis iguales y nunca eso sucedió. Horas oscuras se acercan y más que nunca debemos estar unidos. Sé que lo que voy a pedir os va a resultar inverosímil, chocante cuanto menos, pero creedme que si lo hago es porque yo, que estoy en posición de contemplar todo el cuadro, os pido a vosotros, que sólo podéis ver unas pequeñas pinceladas, que me creáis si os digo que

nuestro pueblo corre peligro.

- Dinos ya que quieres de nosotros. Te seguiremos ciegos. - Altero habló y todos los asistentes afirmaron bruscamente con sus cabezas.

- Los curelingos están bajo amenaza de invasión por un pueblo vecino. Su capital está asediada y el que resista o no marcará nuestra supervivencia futura.

Al principio gritos de alegría se oyeron en la sala; su enemigo de siglos caía y los enemigos de estos sólo podían ser amigos, pero Saulum había hablado fuerte e inalterable y las últimas palabras habían enmudecido las risas y gritos de alegría.

- El que nuestro pueblo supere prejuicios de siglos y abra su mente es, en este momento, lo único que nos salvará de perecer. Sólo una coalición con los curelingos para repeler esta amenaza nos dará la esperanza de ver un nuevo día, y aun así, no guardo muchas esperanzas...

- ¿Es posible que esos que dices que amenazan a los curelingos sean tan invencibles?

- Les he visto luchar, Altero, y créeme si te digo que si no es por los curelingos, los humanos habrían sido sometidos hace siglos. Nunca hubiéramos tenido la oportunidad de llorar a nuestras madres, amigo. Son simiescos, brutales y de una astucia salvaje. Los curelingos han mantenido a raya su empuje todos estos años; piensa que su mayor envergadura y fuerza física les hacía más apropiados para combatirlos. Han sido el muro que los ha mantenido alejados de nuestras casas todo este tiempo. Si ahora caen ellos, nos quedamos sin muro y ni el bosque de la montaña será ahora seguro.

Todos enmudecieron tratando de digerir lo que ahora sabían. El silencio se hacía espeso y nadie hablaba. Badera al fin habló:

- Vayamos a auxiliarlos, ino perdamos tiempo!

- Los Sin Madre están ya en la montaña y listos para combatir. ¡Vamos Saulum! - Un jaleo se levantó entonces. Todos de acuerdo, hacían planes para poner en marcha los preparativos para crear el ejército más grande inimaginable y así ayudar a los curelingos. Parecían excitados y ansiosos por partir.

Saulum, agotado por la tensión, tomó asiento y se los quedó contemplando pensativamente. Estaba feliz por su respuesta tan efusiva y positiva. En un principio había temido que le llevaría más tiempo convencerles. Poco a poco se fueron volviendo a él y se hizo el silencio entre ellos. Todos mantuvieron un aire respetuoso y de aceptación

solemne que extrañó al joven.

- ¿Qué?

Badera señaló en silencio al estrado donde se encontraba su amigo. Sin darse cuenta se había sentado en el sillón del trono.

## Capítulo 24

23.

Esa misma noche Saulum se encontró pensando en los acontecimientos del día y tuvo la impresión de que el fervor inicial pronto se apagaría si no hacían algo con premura. Quizás lograría conseguir el ejército y quizás lograrse llevarlo a la frontera pero dudaba de que, más allá, los espíritus siguieran imperturbables. Pensó que tendría que luchar contra los prejuicios, contra cientos de años de odio y temor alimentado por engaños, mentiras y malentendidos. Sus compañeros debían llegar a conocer a los curelingos como él los había conocido y de ese modo quizás surgiría la comprensión. A la luz de un candelero comenzó a escribir. Fue un escrito lleno de sentimiento, muy sincero. Hablaba del respeto e incluso amor que sentía por los curelingos. Describía tanto sus virtudes como sus defectos, sus aficiones, preferencias, miedos y temores. Trataba de acercarlos lo más posible al posible lector, abrir la puerta a un nuevo mundo que desterrase la ignorancia.

Al día siguiente, mandó llamar a cincuenta monjes y les pidió que hicieran cientos de copias. Cuando las tuvo, ordenó entregarlas a los hombres del ejército y al pueblo. Aquellos que supieran leer que se la leyera a los que no supieran, que se hiciera la máxima publicidad al escrito, que todos se la aprendieran de memoria. Él mismo organizó pequeños foros en los que les hablaba a reducidos grupos contestando todas las preguntas que les quisieran plantear acerca de los curelingos. Varias veces se reunía con los notorios de distintos pueblos y en las plazas mayores daba largas charlas para que conocieran mejor al pueblo que se disponían a socorrer.

Su plan de formación aun continuó iniciado el viaje hacia las montañas y a ello dedicó todas sus energías. Se acercaba el día en el que entrarían en tierras curelingas.

Sólo bastaba esperar la respuesta de Adaverk y Daverisa; sin su consentimiento, todo quedaba paralizado. Saulum se había asegurado de que recibieran la propuesta de auxilio. Él mismo le había entregado el mensaje sellado al mensajero curelingo.

La respuesta se hizo esperar dos semanas:

Querido amigo Saulum.

Expusimos tu propuesta de auxilio al consejo de ancianos y estos expresaron unánimemente su rechazo, pero ahora, la situación es tan crítica, que incluso las voces más radicales claman esa misma ayuda que antes desairaban. El enemigo se abastece de agua del río que riega el valle en el que se encuentra la ciudad capital.

Quizá sea ya demasiado tarde y vuestros corazones se hayan enfriado, pero por si aún quedase un resquicio de esperanza, te ruego que acudas cuanto antes, amigo: que los humanos y los curelingos superen siglos de enemistad y unidos venzan a un enemigo superior, o que juntos caigan luchando hombro con hombro.

Los Dioses nos contemplan con benevolencia. Es ahora el momento. Ven.

Daverisa, Monarca de Curelingia.

El mismo Saulum fue el primero en pisar tierra curelinga y a su orden la oleada de hombres descendió de la montaña para entrar en el valle y para entonces parecía claro que su entrada en tierra enemiga no era en el papel de conquistadores, sino de auxiliares.

Cuando llevaban avanzados diez kilómetros, un ejército curelingo les esperaba preparados para la acción. Saulum temió que presentasen batalla, no informados por la resolución de la Monarca. A paso rápido acompañado de unos cuantos hombres avanzó al encuentro del general curelingo mientras este hacía otro tanto. Al verlo lo reconoció y le dedicó un saludo marcial.

- Saasz, general del cantón sureste le saluda. Somos lo que queda de la línea de defensa sur. Hace días que no sabemos de los mandos. La última orden fue proteger la frontera en caso de incursión humana. Por supuesto que tuve conocimiento de que obtuvisteis el permiso de la Monarca para acudir en ayuda de la ciudad capital, pero a nosotros no nos han dicho nada. Parece que se olvidaron de incluirnos en sus planes. En lo que a mí respecta, usted es la máxima autoridad entre nosotros. Le pregunto, mi general: ¿podemos unirnos a ustedes?

Había hablado en un más que correcto dialecto humano y todos le entendieron perfectamente. Se sonrieron los unos a los otros y no pudieron reprimir su satisfacción al escuchar al curelingo hablar de ese

modo.

- Nos sentiremos orgullosos de caminar junto a sus hombres, mi general. Toda ayuda es poca. Partamos cuanto antes, no hay mucho tiempo.

- El curelingo parece que te ha reconocido. Has estado haciendo muchos amigos durante este tiempo de exilio según veo, amigo – comentó Altero en voz baja para ser sólo escuchado por el círculo formado por los amigos.

- Todos conocemos al Culemnolungio, aquí señor. - Replicó un soldado curelingo de afinado oído.

- ¿Culemno...qué?

- Durante la campaña contra los Arakocs me llamaban Culemnolungio. Enano guerrero. Nos llaman a los humanos Enanos, Medianos. Culemns.

- Están todos locos estos curelingos.

Al tercer día de viaje de marchas forzadas, divisaron las torres de la ciudad que para alivio de todos seguían en pie. El ejército enemigo asediaba la ciudad a las faldas de la muralla.

El ejército de Saulum con disciplina y organización, tomó posiciones altas. Pronto dispuso a los arqueros que dispararon la primera de muchas andanadas de flechas que ascendían al cielo ocultando el sol como un enjambre de langostas. Muchos se sintieron desfallecer al identificar al enemigo; era realmente intimidante verlos, pero Saulum mantuvo el orden entre las filas. Hizo sonar los cuernos para avisar de su llegada y sembrar el desconcierto en el enemigo. Para su asombro, el ejército Arakoc reculó y abandonó las posiciones de asedio para hacerle frente a él, y luego recular aún más en dirección norte. Seguramente su general consideró que era imprudente quedar entre aquel ejército y los muros.

Las puertas de la ciudad se abrieron y como si se tratase de una boca que vomitase, comenzó a salir el ejército curelingo. Saulum reconoció el estandarte de Dreidus y el de algunos otros generales que había conocido. Dreidus se le acercó cabalgando para saludarlo.

- Querido amigo, llegaste a tiempo. No hubiéramos resistido mucho más y ya casi daba la orden para salir a campo abierto y hacerles frente a pesar de la inferioridad. ¡Me alegro de verte, todos nos alegramos!

Juntos planearon perseguir el enemigo. No cejarían hasta que

abandonasen las tierras curelingas.

Durante tres semanas, acosaron a los Arakocs que se batían en retirada despavoridos. Saulum sospechaba que contemplar el inmenso ejército que había reunido junto con el hecho que ambas razas – humanos y Arakoc – no se conocían, había hecho crecer la suspicacia de los invasores, optando cautamente por abandonar sus propósitos de invasión.

- ¿Quieres que te diga lo que yo pienso? Uno de esos monos se acordó de cierto Culemnolungio y de cómo a duras penas consiguió sobrevivir a su arte con la espada. Al ver todo un ejército de Culemnolungios prefirió salir huyendo para contarlo otro día. - Dreidus rio hasta sentir dolor en el estómago, doblándose por la mitad.

## Capítulo 25

24.

De nuevo a la sombra de los muros de la ciudad, los curelingos se asomaban curiosos a observar al ejército de humanos mientras estos les devolvían las miradas desde el campamento con misma curiosidad. Los soldados de uno y de otro mando se observaban cautelosos incapaces todavía de compartir la misma familiaridad con la que Saulum y los monarcas se movían.

Cierta vez, un curelingo alto y esbelto se acercó a un grupo de humanos y por señas trató de comunicarse con ellos. Saulum que andaba cerca y apreció como positivo aquel acercamiento, se aproximó para servirle de traductor. El curelingo proponía iniciar un partido de baloncesto; curelingos contra humanos. Los humanos aceptaron el reto aunque no conocían en qué consistía el juego. Tras explicaciones del curelingo, traducidas por Saulum, iniciaron el partido.

Hubo ciertos rifirrafes pero en general el juego fue bastante fluido; se instituyó un árbitro de cada raza por lo que las infracciones se pagaban y todo parecía más o menos justo. Más o menos, porque la altura de los curelingos era una gran ventaja ante la que los humanos, a pesar de que se defendían bien, nada podían hacer. Ambos bandos no obstante parecían estar pasándolo bien. Desde las almenas y los muros, los curelingos animaban al equipo local y reían ante la incompetencia de los humanos.

Saulum notaba el desánimo de sus hombres y cuando ya la paliza era contundente, se acercó al centro y tomó la pelota. Adaverk, que presentía lo que iba a ocurrir, empezó a reírse a carcajadas. Saulum le guiñó un ojo.

- Bueno amigos, ya es suficiente. – Echó la pelota al suelo y la retuvo con un pie. - Ahora vamos a enseñaros nosotros un juego, un juego que practicamos los humanos. Se llama balón pie. Estas son las normas.

El ejército humano irrumpió en carcajadas y en vítores, ante el desconcierto y desconfianza de los curelingos que no obstante consintieron ávidos en aprender. Hay que decir en honor de los curelingos que jugaron muy dignamente. Incluso anotaron en una ocasión (en propia puerta).

Varios cientos de hombres quedaron en Curelingia; ayudarían en la reconstrucción y en todo lo que hiciera falta a las órdenes de Dreidus. En



el cambio, varios curelingos, principales consejeros de Daverisa, acompañaron a Saulum de regreso para ayudarlo en la dura tarea de reordenar el país cosa que llevó su tiempo y arduo esfuerzo.

## Capítulo 26

25.

Saulum, Badera, Altero, Fedalar y algunos otros elegidos, contemplaban en silencio la larga hilera de antorchas que se aproximaba con paso solemne entonando cánticos y salves. Se encontraban en el bosque de la montaña, más concretamente en el Desfiladero de las Tres Cruces. El sol hacía una hora que se había escondido tragado por el horizonte.

Caminaban por una escalera excavada en la roca que hacía siglos ningún curelingo había ascendido, y ahora, cientos de miles de ellos, la subían llenos de regocijo; iban al encuentro de la morada de su dios y creador.

Saulum, junto con unos pocos elegidos a los que se hizo jurar que guardarían el secreto, inició la búsqueda del templo del que una vez Adaverk le hablase: El Dröm. Le tomó una semana y media hallarlo y cuando al fin se logró, ocurrió de casualidad; los peldaños de extraño diseño, llevaban por caminos sinuosos que ascendían por rincones oscuros y jamás explorados por el hombre adentrándose en lo más recóndito de la montaña. Conducían a un edificio de arquitectura inverosímil y de una belleza de otro mundo, imbuida de un poder extraño e innegablemente mágico, magnético. Por respeto, ningún hombre osó entrar en el templo. La sola visión de este fue suficiente premio. Sin más dilación, el humano informó a su amigo que acudió presto al lugar. Al verlo, se hincó de rodillas y rompió a llorar en tenues sollozos.

La comitiva la abrían los monarcas y sus hijo,s que al acercarse a ellos, detuvieron el avance unos instantes.

- Una vez más, querido Saulum, te debemos mucho. Haces dichoso a nuestro pueblo al permitirle de nuevo recobrar su legado espiritual. Esta noche rogaremos por ti y por tu pueblo. Qué humanos y curelingos convivan en paz. Ese es nuestro sincero deseo. - Así habló la Monarca Daverisa.

- Los curelingos pueden orar tranquilos y honrar a su Dios hoy y siempre en el futuro. Me haré cargo de que nadie ose impedirlo. Nunca más curelingos de paz serán amenazados en tierras de los humanos por los propios humanos o por otra especie. Espero que esta sea suficiente

muestra del sincero deseo de convivir en paz.

Dirigente humano y monarca curelingo se acercaron el uno al otro y sonrientes se fundieron en un abrazo que duró unos segundos. Adaverk volvió a la fila y con ojos brillantes continuó el ascenso hacia el lugar santo, iniciando un canto al que pronto el resto de la comitiva se unió.

Los curelingos, al pasar junto a los humanos, les saludaban y les dedicaban palabras de gratitud.

Con la impresionante imagen de los miles de peregrinos ascendiendo la montaña, Saulum y el resto de amigos se adentraron en la espesura del bosque, dejando que la raza amiga llevase a cabo sus ritos en la intimidad.

Al cabo de un rato, Saulum ya anhelaba el hogar, y para su sorpresa, se descubría a sí mismo pensando en el cabello largo del color de la madera y en la sonrisa coqueta de unos labios afrutados por los que había notado crecer su estima durante los meses anteriores. El azar había querido que Baradawen volviera a su vida. La había encontrado afanada cuidando de niños huérfanos, víctimas de la política egoísta del anterior canciller, durante la época en la que se dirigía al pueblo para preparar el auxilio de los curelingos. Tenía entonces el largo cabello recogido en una coleta y aunque estaba de espaldas, Saulum habría reconocido aquella manera de moverse decidida y terca en cualquier parte del mundo y bajo cualquier circunstancia. El muchacho no pudo retener el impulso de correr a saludarla y aunque al principio la joven se mostró un tanto a la defensiva, el brillo de sus ojos la traicionó y no pudo ocultar la inmensa alegría que le producía volver a encontrarse con él. A aquel encuentro y tras la victoria sobre los Arakocs, se sucedieron decenas de encuentros robados a las horas de sueño en los que ambos sintieron crecer las bases del amor que más tarde les uniría definitivamente.

Dibujado en su rostro una expresión casi bobalicona, Saulum visualizó los surcos rosados y sinuosos de sus labios deseando repentinamente estar junto a ella para poder besarlos. Decidió entonces que no quería esperar más y que deseaba vivir junto a ella. Llevado por ese impulso, obligó a sus amigos a apretar el paso y así llegar cuanto antes.

Saulum se sentó más a menudo en el trono y no por despiste como sucediera la primera vez, sino como dirigente electo por el nuevo senado constituido. Aceptó algo reticente, pero tenía el apoyo de todos y el pueblo lo quería así porque así lo había manifestado, no encontrando más argumentos para oponerse.

Los siguientes meses fueron de euforia colectiva. Se respiraba confianza en el futuro y seguridad por primera vez en siglos; el enemigo eterno era ahora un aliado y la mutua colaboración y cooperación prometía cosas muy buenas para ambos.

Durante este tiempo de calma y felicidad Saulum contrajo al fin matrimonio con Baradawen, la joven que torturaba su mente con el deseo infinito de su cuerpo y de su presencia, condenando sus noches a no disfrutar del placer del sueño. El romance que vivieron juntos, solo ellos pueden narrarlo. Baradawen resultó ser una buena mujer, inteligente, bella y lo suficientemente fuerte para estar junto a un hombre de las características de Saulum.

Sólo en su compañía podía entreverse en el nuevo rey un atisbo de vulnerabilidad, pues para amar de verdad hay que abandonarse a ese estado de vulnerabilidad. Saulum lo supo desde el primer instante en que posó sus ojos sobre ella, allá en el Torreón donde la conoció.

La boda fue la más hermosa y fastuosa de todas cuantas se habían celebrado en el palacio de la marca, doblemente especial al tener tantos invitados y tan de renombre, como eran los monarcas de Curelingia, sus hijos y su corte. Sus regalos fueron los más increíbles y fantásticos que jamás pareja alguna habían recibido en el día de su unción. Los dos pueblos vivieron una celebración unidos como nunca dos pueblos con tan pocas similitudes lo habían hecho antes en la historia registrada.

Adaverk acudía a la biblioteca del palacio de Saulum de tanto en tanto. No era raro verle vagar por allí sólo y abstraído, embelesado en la lectura de alguno de los grandes escritores humanos. Las charlas entre los amigos continuaron hasta el final de los días del monarca humano.

Los encuentros de balón pie y balón cesto se sucedieron entre los dos pueblos y la rivalidad en ese sentido creció. Los pueblos anhelaban excitados los choques entre los distintos equipos y en los distintas disciplinas, ambas razas adquirieron una pericia encomiable por lo que dichos encuentros se caracterizaron por su alta competitividad. Solían coincidir en la época en la que se recordaba el día de la liberación y la llegada del ejército humano, pero más tarde, y con la aparición de numerosos equipos y distintas peñas, hubo de crearse una liga, fortaleciendo aún más los lazos entre las dos razas.

Sulum tuvo nueve hijos, dos varones y siete hembras. Cada uno, llegada a la edad de dieciocho años, era enviado a la casa de Adaverk para iniciar sus estudios en la lengua curelinga así como de las materias que su tío considerase necesarias. A Adaverk le encantaba la literatura humana y de eso nunca faltaba. Además estaban las clases de esgrima; la escuela que crease Sulum seguía abierta años después y se impartían sus enseñanzas, fieles a su fundador. Dreidus era el instructor jefe y se encargaba personalmente del adiestramiento.

En el reinado de Sulum hubo prosperidad y crecimiento en muchos sentidos, en muchos más que se escaparían a un observador, incluso a uno experimentado.

Adaverk y Sulum, con su amistad sincera y espontánea, su valor, nobleza e integridad, unieron a dos pueblos que de otro modo hubieran estado condenados a desaparecer, obsesionados con una antipatía que hubiera significado su fin irremediable. La evolución de los acontecimientos lo hubiera probado sin duda con el transcurrir de los años.

Juntas, las dos razas se complementaron hasta cotas inimaginables, superando numerosas pruebas que otras razas no supieron afrontar feneciendo en el olvido. Sobrevivieron conviviendo pacíficamente caminando cogidas de la mano por los siglos de los siglos durante cientos de generaciones hasta convertirse finalmente en una y hegemónica nación.

Fin